

Paloma Sánchez Cortés

LA CIUDAD
— DE LAS —
VIUDAS



LA CIUDAD
DE LAS VIUDAS

PALOMA SÁNCHEZ CORTÉS

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2016 *Paloma Sánchez Cortés* Título: *La ciudad de las viudas* Edición publicada en junio de 2021

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

Paloma Sánchez Cortés

LA CIUDAD
— DE LAS —
VIUDAS

A José por ayudarme a reescribir esta novela
y por estar siempre a mi lado.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela la escribí durante varios años pese a ser corta y la acabé en 2005. La he reescrito varias veces. Y la historia que subyace se me ocurrió al leer un artículo en un semanario de los domingos y fue así como la comencé. Nuestra protagonista Andrea tiene que hacerse cargo de una herencia al fallecer su abuela y es así viajando a la tierra de sus padres como descubrirá un gran secreto de su pasado y encontrará su destino. Por el tema que toco he de comentar que esto es solo una historia de ficción. Nada que ver con la realidad. No voy a hacer *spoilers* ya os iréis enterando de a qué me refiero. Espero que os guste. Es una historia en la que caben el misterio, los sucesos paranormales, el romance y los secretos del pasado de la protagonista. Es muy distinta a lo que he publicado hasta el momento y solo espero que la disfrutéis y me pongáis vuestras opiniones en Amazon. Os doy las gracias por adelantado por escogerme y leer esta historia a la que siempre he tenido especial cariño.

CAPÍTULO 1

La primera vez que oí hablar de La Ciudad de las Viudas creo que tendría alrededor de unos cinco años. Fue mi abuela quién me contó la historia. Ella era una gran contadora de cuentos. Y ese, era mi favorito, aunque pueda resultar extraño.

Es la historia de una pequeña ciudad de provincias llamada Las Viudas aunque se la conocía más popularmente por el sobrenombre de La Ciudad de las Viudas.

Todo el mundo o al menos casi toda su población, estaba compuesta por mujeres viudas de todas las edades aunque también había algunos hombres, hijos y ancianos solteros que nunca habían contraído matrimonio.

Así comenzaba el cuento y entonces era yo la que preguntaba: —Abuela, y ¿por qué eran viudas? —y mi abuela replicaba—. Porque los maridos de esas mujeres se morían al poco de casarse en rarísimas circunstancias.

Aquel lugar estaba maldito decía mi abuela, todo aquel que se casaba terminaba cavando su propia tumba. La maldición de la gitana era la culpable de todo.

Hacía como unos 85 años, había llegado a la ciudad un circo, con sus carromatos y sus artistas, en su mayoría gitanos. Parecía ser que una de aquellas mujeres, que iba vestida como una zíngara y que se dedicaba a leer el futuro, se enamoró de un guapo mozo que habitaba en el lugar. Se trataba de un mozo rico que le prometió matrimonio.

Aquel la dejó encinta y no quiso casarse con ella y la gitana lanzó su maldición: todo hombre oriundo de aquella población que contrajera matrimonio no viviría mucho tiempo y aquel lugar quedaría lleno de mujeres viudas, hasta que pronto quedara despoblado por la ausencia de natalidad. La única forma de huir de aquella maldición era escapar de allí, vivir en otro municipio, pero a veces, la maldición, alcanzaba a aquellos que se creían a salvo de ella.

Cuando yo le pregunté a mi abuela si había algún modo de romper aquel hechizo me dijo que sí, que solo si un descendiente varón de la gitana se enamorara y casara con una mujer descendiente de aquel mozo, la maldición terminaría y ya nunca más alcanzaría a ninguno de sus habitantes. Aquel relato me subyugaba. Se lo hacía repetir una y otra vez. Y la abuela me lo contaba a regañadientes. Solo cuando me fui haciendo mayor me percaté de la mirada acuosa y triste que se le ponía a mi abuela cuando me contaba aquel cuento.

Jamás de niña caí en la cuenta de cuánto le afectaba aquella historia que yo creía de ficción. No fue hasta que cumplí 32 años que fui atando cabos.

Fui criada por mi abuela ya que mis padres murieron cuando yo era todavía un bebé, aunque aún no sabía cómo, puesto que mi abuela nunca quiso contármelo. Era un secreto que ya no podría revelarme.

Una mañana, al entrar en su dormitorio, la hallé extrañamente quieta y pálida. Cuando la toqué para despertarla su piel estaba extremadamente fría y entonces comprendí que la había perdido para siempre.

Nadie que no haya perdido a un ser querido puede saber lo desamparada y sola que me encontraba. El dolor de aquella pérdida, de aquella mujer que era la única madre que yo había conocido fue inmenso. Tuve que hacerme cargo de su entierro y de su funeral, al que acudieron pocas personas, amigos míos y algunos vecinos del barrio.

Pasé unos días muy malos tras el entierro de mi abuela. Lucinda se había ido, con ochenta y cinco años recién cumplidos. Había sido mi madre y aunque siempre me había educado de un modo un poco estricto perderla había sido como un hachazo inesperado. Tenía buena salud y no esperaba que un ictus cerebral se la llevara de mi lado de forma tan rápida. Ya no tenía más familia y saber que estaba sola en el mundo me desoló por completo. Pasé unas semanas en casa sola sin saber qué hacer, sabiendo que la única persona a la que amaba ya no estaría más a mi lado. Fue duro tener que recomponerme sobre todo porque en ese momento no tenía un trabajo al que dedicarme para no pensar tanto en su fallecimiento y a pesar de que algunos amigos estuvieron ahí para consolarme fue un trago muy difícil de digerir.

A los pocos días recibí una llamada de un despacho de abogados que me notificaba que mi abuela había dejado escrito un testamento y que yo, era la única beneficiaria. Hasta el momento no había imaginado que mi abuela tuviera alguna propiedad que dejarme en herencia que no fueran los escasos muebles y enseres de la casa donde vivíamos, que ni siquiera era nuestra.

Decidí aquella tarde acudir al bufete de aquel letrado porque me moría de curiosidad por

saber qué era lo que me tenía que decir. Cuando atravesé el umbral de la oficina de Don José Miraflores me encontré ante un despacho austeramente amueblado, que contaba con los muebles justos, a saber: un escritorio con su correspondiente asiento, una librería y unas paredes que aparecían ante mí desnudas de cuadros o de cualquier otro adorno a excepción, claro está, del título de abogado que se encontraba suspendido en el aire en un marco bastante antiguo y ya de por sí un tanto estropeado.

Tras la mesa se encontraba un señor de mediana edad, con una calva incipiente y unas gafas de cristal con un aumento tal que su mirada verde aparecía ante mis ojos multiplicando por dos su tamaño. El buen hombre era bajito, según pude comprobar cuando se incorporó de su asiento para estrecharme la mano; bajito y rechoncho. Le sobraban algunos kilos, pero eso sí, parecía muy agradable, o al menos esa era la impresión que me causaba su rostro; una cara normal, ni guapo ni feo, pero sí graciosa, sobre todo por el modo que tenía de abrir los ojos, muy, muy abiertos con una expresión de sorpresa continua. Llevaba un pequeño bigotito e iba vestido con un traje algo pasado de moda.

—Encantada de recibirla, siento mucho la muerte de su abuela.

—Muchas gracias.

—Siéntese por favor.

—Gracias, de modo que mi abuela ha dejado testamento.

—Pues sí, hace cosa de un año vino aquí y me nombró su albacea. Espere que busque el documento, sí, aquí está. —Sacó un sobre lacrado de un cajón y lo abrió, extrayendo el documento que me depararía algunas sorpresas.

—Pues bien, creo que le interesará que le lea el documento.

—Como usted supone sí, adelante.

—Bien pasaré por alto el lenguaje jurídico, en resumen que su abuela le lega una casa en Las Viudas, un pueblo pequeño conocido popularmente como La Ciudad de las Viudas y el dinero que guardaba en su cuenta corriente, cantidad que asciende a 12 millones de pesetas.

—¿Ha dicho usted La Ciudad de las Viudas? ¿Pero ese lugar existe?

—Claro que sí —se levantó y extrajo de una estantería un atlas de España.

Lo abrió y me señaló un punto entre Córdoba y Sevilla. Me quedé anonadada, petrificada, aquello era increíble. Yo, que había crecido en la creencia de que aquella historia era un cuento de hadas, ahora resultaba que aquella ciudad existía, y que encima aparecía en el mapa, lo cual me resultaba absolutamente asombroso. ¿Por qué mi abuela nunca me habló de ello?

Me quedé en la silla mirando a mi interlocutor como una boba a la vez que observaba el punto que señalaba su dedo índice. Lo ponía clarísimo Las Viudas. Estaba empezando a pensar

que había muchas cosas que mi abuela no me había contado.

—¿Tiene alguna foto del lugar?

—No, pero sí de la casa, la foto es algo vieja pero puede hacerse una idea.

Me la entregó y vi una casa señorial, en perfecto estado. Preciosa, de dos pisos, toda pintada de blanco, con jardín. La foto era en blanco y negro y estaba algo ajada por los años.

—Imagino que no sabía de la existencia de esta casa.

—Pues no, estoy sorprendida.

—Ahora debe firmarme unos papeles y le daré las llaves de la casa que ya es suya y cuando quiera puede retirar el dinero de la cuenta de su abuela.

—Está bien.

Firmé los papeles y me hizo entrega de las llaves de la casa junto con la fotografía. Me explicó cómo llegar y me dio una carta de mi abuela, que yo estaba esperando leer ávidamente, en soledad, cuando ya estuviera en la calle.

Salí de allí envuelta en una nube, estaba alucinada, la existencia de aquella casa en La Ciudad de las Viudas. ¿Sería real aquel cuento? Eso era imposible. Yo no era supersticiosa y para colmo era bastante escéptica con esas cosas. Me sentía como si tuviera otra vez cinco años.

Yo sabía que mi familia procedía de Andalucía. Mi abuela era de allí. Según parece decidieron emigrar a Valencia porque por aquellos años no había trabajo en el sur. Yo había crecido en Valencia. Eso era todo lo que ella me había contado a lo largo de todos aquellos años y que mis padres habían muerto en un accidente de tráfico. Lo cierto es que nunca había preguntado más, había respetado su silencio.

La curiosidad me corroía. En cuanto me encontré en la calle abrí el sobre y saqué la hoja de papel que mi abuela había escrito, imagino que para darme algún tipo de explicación. Reconocí enseguida su letra picuda y menuda. La carta decía así:

Querida Andrea:

Si estás leyendo esta carta eso significa que ya no estoy entre los vivos. Habrás hablado con D. José Miraflores y te habrá leído mi testamento. Imagino tu sorpresa al

averiguar la existencia de La Ciudad de las Viudas. Jamás te conté nada al respecto porque me traía muy malos recuerdos. Tus padres murieron allí cuando tú eras solamente un bebé y después de su fallecimiento decidí que debíamos marcharnos de allí. Nada bueno nos esperaba en aquel lugar maldito.

Si ahora te hablo de ello es porque quiero que conozcas el lugar donde naciste, dónde tienes tus raíces. Supongo que estará muy cambiado. No sé qué es lo que encontrarás allí. Pero deduzco que tu reacción será ir a visitar la ciudad para ver la casa de tu familia, o lo que quede de ella y quedarte un tiempo. Solo te pido que vayas con cuidado y no tomes a la ligera la maldición. A lo mejor te ríes de las palabras de tu vieja abuela, debes pensar que estoy loca, pero he visto morir a muchos hombres por esas tierras y me tomo muy en serio la leyenda.

Sé también que te dejo sola pero ya eres mayorcita para vivir por tu cuenta. Espero que pronto sientes la cabeza, pero no allí, ni se te ocurra. Y elige a un buen muchacho que te cuide y que te quiera. Sé feliz, es todo lo que te pido.

Un abrazo de tu abuela que te quiere,

Lucinda.

Así terminaba la carta que me dejó sin respiración. Y no sé cómo resolví hacer aquel viaje sin pararme a pensar en las consecuencias. Algo me arrastraba a ir a allí, visitar la tumba de mis padres era un motivo suficiente para hacer un viaje y comprobar por mí misma el estado de la casa; conocer a sus gentes, era posible que aún viviera alguien que recordara a mi familia.

En ese mismo instante ya nada me ataba a Valencia, porque la muerte de mi abuela me había pillado sin trabajo. Llevaba varios meses en paro y vivía del subsidio del Servef. Pero tenía aquellos 12 millones de pesetas y tiempo para encontrar un nuevo empleo. Hasta entonces me había dedicado a restaurar y rehabilitar casas antiguas. Trabajaba por libre y de vez en cuando me salía un trabajo que podía durar de entre seis meses a un año pero hasta que otro proyecto se presentara podía pasar una eternidad. Me encantaban los edificios antiguos y sería una satisfacción para mí poder rehabilitar aquella casa dejada de la mano de Dios, que posiblemente en aquellos momentos se encontraría en mal estado. Me gustaría intentarlo. Ver aquel lugar de mis sueños infantiles, conocer a sus habitantes y comprobar si aquel cuento era tan cierto como mi abuela me lo relataba. Simplemente tendría que hacer las maletas, despedirme de unos cuantos amigos y coger el coche.

No lo medité mucho y una semana más tarde me encontraba metiendo mi equipaje en el maletero de mi Ford Fiesta gris plateado camino de La Ciudad de las Viudas. Partí a primera

hora de la mañana, me esperaban muchas horas de viaje y no quería llegar demasiado tarde. Esperaba encontrar algún hotelillo o pensión donde alojarme, al menos hasta que encontrara un lugar mejor, porque mi casa no sería muy habitable.

Paré a comer por el camino y llegué a allí a eso de las seis de la tarde. No me costó demasiado encontrarla, más que una ciudad era un pueblecito grande. Todas las casas del mismo color, de un blanco inmaculado, de dos o tres alturas como máximo. Las calles eran estrechas y el silencio que reinaba infundía cierto temor. No se veía a nadie en la calle, las luces de las casas estaban encendidas porque era ya de noche, pero ni un ligero murmullo rompía aquel silencio sepulcral que no fueran los ruidos que producían las ruedas de mi coche al circular por tan solitarias calles. Sentí un escalofrío. De noche era tan fúnebre aquel lugar... Sobre todo la figura de la Iglesia que se erguía orgullosa en la plaza mayor. La oscuridad dominaba aquella ciudad.

Estaba buscando siquiera un bar, cuando tuve la suerte de ver al párroco salir de la iglesia por la puerta de atrás. Salí corriendo del coche en su busca para que me indicara un lugar donde alojarme. Se llevó un buen susto el pobre hombre cuando le toqué el hombro por detrás para llamar su atención. Tuvo un pequeño sobresalto pero se recuperó de inmediato. Me miró y me preguntó qué quería.

—Buenas tardes, perdone si le he asustado.

—No ha sido nada, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buscaba un sitio para pasar la noche.

—Ya, pues tiene la pensión de Doña Marcela, es el único lugar que puede encontrar aquí. Está a dos manzanas, suba por esa calle, va todo recto y tuerza a la derecha. Lo encontrará, no tiene pérdida.

—Muchas gracias.

—Perdone, usted no es de aquí. Conozco a todo el mundo.

—No.

—Está de paso.

—No exactamente, vengo a quedarme un tiempo, soy la nueva dueña de La Casa Grande, creo que es así como la llaman.

—¿La Casa Grande? Pero si está abandonada hace años...

—Pues ya no, por cierto, ¿dónde puedo encontrarla?

—Está muy cerca de la pensión, creo que hasta podrá verla desde su habitación, pero está hecha una pena.

—Mañana le echaré un vistazo. Lo siento, no me he presentado, soy Andrea Herrera.

—¿Tiene usted algo que ver con los antiguos dueños?

—¿Los conocía?

—Sí, llevo aquí muchos años, y a mi edad conozco a todo el mundo que ha vivido aquí los últimos treinta y cinco años.

—Pues soy la nieta de Lucinda Herrera.

—La nieta, aquella pequeña...

—Pues sí, esa soy yo.

—Encantado de conocerla, yo soy el Padre Jaime Luján. ¿Y cómo está su abuela?

—Murió hace dos semanas, por eso estoy aquí.

—Lo siento, que Dios la tenga en su gloria.

—Padre, me gustaría hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Cuántos habitantes tiene este pueblo?

—No más de trescientos, en sus mejores tiempos llegamos a ser cerca de tres mil quinientos habitantes.

—¿Y cuántos hombres hay?

—Actualmente creo que unos veinte.

—La Ciudad de las Viudas, mi abuela tenía razón.

—¿Qué le contó su abuela?

—Una historia que parecía una leyenda, compruebo que no mentía.

—¿Y le contó algo más?

—¿Cómo qué?

—Bueno, en cuanto se extienda la noticia de que está usted aquí quiero que sepa que es posible que no sea muy bien recibida.

—Y eso, ¿por qué?

—Le va a parecer mentira, pero si ya está en antecedentes de la historia fue su bisabuelo quién atrajo la maldición. Don Nicolás Herrera, murió unos meses después de casarse con su prometida, no sin antes concebir un hijo. Lo que nunca hemos llegado a saber es qué fue de aquella gitana.

—No me diga más, esto ya parece de película.

—No se ría, tómese lo muy en serio. La gente que vive en este lugar es muy especial, lo notará enseguida. Por cierto, no quisiera que se llevara ninguna sorpresa desagradable cuando habite en La Casa Grande. Pero es que hace tiempo que se ven luces por la noche en las ventanas y todo el mundo está convencido de que está encantada.

—Padre, ¿qué crédito le da usted a todo esto?

—Que quiere que le diga, como Ministro del Señor, poco, pero como hombre... He visto morir a muchos hombres jóvenes nada más contraer matrimonio y los había casado yo. Es para tener dudas y creer en la brujería, aunque yo soy muy escéptico. Pero he visto demasiadas cosas que no tienen explicación alguna.

—Ya, me gustaría tener una charla con usted, tranquilamente, un día de estos.

—Estoy a su disposición, ya sabe dónde encontrarme.

—Por supuesto.

—Espero que sea usted una de mis feligresas.

—No se preocupe, Padre me verá en misa más de un domingo —aunque sólo fuera para hablar con él, pues hacía siglos que no pisaba una iglesia.

—Gracias por la información y buenas noches.

—Buenas noches.

Regresé al coche y conduje hasta la calle que me había indicado. Sí, ahí estaba la pensión, pensión “Las viudas”, así se llamaba, eso ya tenía delito, mira que ponerle ese nombre...

Yo estaba cada vez más sorprendida. Después de lo que me contara el padre no podía creer que estuviéramos en el siglo XXI. La gente creía en maldiciones, gitanas que leían el futuro, casas encantadas... ¿Cómo era posible? Me parecía que de un momento a otro iba a despertarme de un sueño, no sé si bueno o malo, pero sí bastante fantástico.

Bajé del coche y saqué mis maletas. Llamé a la puerta y a los pocos segundos apareció tras ella una mujer de unos cincuenta años, de figura enjuta y huesuda, toda vestida de negro y que poseía unas facciones nada tranquilizadoras.

El edificio era de dos plantas, pintado de blanco, aunque el tiempo había dejado su huella en él; la pintura se estaba descascarillando y observé un par de grietas no muy alentadoras.

—Sí, ¿qué desea? —me espetó con mucha seriedad.

—Pensaba pernoctar aquí si tiene habitaciones libres.

—Sí, claro, pase —entré en la casa y la seguí hasta la escalera. Subimos al primer piso y me mostró la habitación. Nada del otro mundo, una cama, una mesita de noche, un espejo, muebles muy antiguos... muy sobrio y a la vez desolador, eso sí, muy, muy limpio.

—Aquí tiene la llave.

—Gracias.

—La cena se sirve a las ocho y media. Por cierto, dígame su nombre.

—Andrea Herrera, ¿y usted cómo se llama?

—Marcela Castillo.

—Encantada, ¿hay muchos clientes en la pensión?

—No, muchos no, solo un hombre joven y un señor que es viajante. Los conocerá a la hora de la cena, sea puntual.

—No se preocupe, lo seré, muchas gracias.

Se fue sin decir nada más cerrando la puerta tras de sí. La mujer era de pocas palabras. Me senté sobre la cama y dejé las maletas apoyadas en el armario del fondo. Al menos no parecía haber reconocido mi apellido, claro que no le había dicho nada sobre la Casa Grande, ya veríamos qué sucedía después de eso. Según el sacerdote me esperaban muchas sorpresas. La primera de todas ocurrió al asomarme a la ventana. Podía ver la silueta de la casa perfectamente, a pesar de la oscuridad. De repente vi una luz en una de las ventanas, casi me muero de la impresión. Aquello no era posible, no estaba sucediendo, estaba deshabitada. Cerré los ojos y los volví a abrir. La luz había desaparecido. Quería convencerme a mí misma de que no había visto aquello, que había sido producto de mi imaginación. Después de escuchar el relato del cura mi mente me estaba jugando una mala pasada. Me hacía ver cosas que no existían. Volví a mirar, nada, la luz se había esfumado por completo, ni rastro de ella. Corrí de nuevo las cortinas y me tumbé sobre la cama. Cerré los ojos de nuevo pensando en qué me depararía mi estancia en aquel lugar. Probablemente muchas sorpresas y no me equivocaba demasiado.

No sé cómo fue, que perdí la noción del tiempo, me quedé un rato traspuesta y cuando abrí los ojos eran ya las ocho y media pasadas. Me incorporé de la cama y tras echar un rápido vistazo a mi aspecto en el espejo resolví bajar a cenar, no fuera que me quedara sin probar bocado, ya que el viaje me había abierto el apetito.

Bajé las escaleras y me sorprendió el silencio, no escuchaba voces, ni siquiera susurros. Cuando me asomé al comedor me encontré con dos personas sentadas a la mesa. Dos hombres, uno mayor en torno a los cincuenta y tantos que estaba muy absorto en la ingestión de su sopa; y el otro, que era más joven, que tendría más o menos mi edad. No conversaban, parecían abstraídos cada uno en sus propios pensamientos.

—Buenas noches —fue mi saludo.

Levantaron la cabeza un momento para responder a mi saludo y volvieron a bajarla. Entonces apareció la dueña que se disponía también a cenar.

—Buenas noches señorita Herrera, tome asiento. —Así lo hice, donde ella me indicó. Había

ya un plato de sopa puesto sobre la mesa, no tenía mal aspecto.

Tras sentarme me decidí a comer pues no sabía qué decir. Aquella mujer me cohibía y aquellos dos hombres parecían mudos. El joven, ahora que lo veía más de cerca era guapo, tenía los ojos azules como el mar y su cabello era rubio. Tenía los ojos rasgados y una nariz y una boca que, desde luego, harían suspirar a cualquier muchacha del lugar. Repentinamente posó sus ojos en mí y nuestras miradas se cruzaron durante unos breves segundos muy intensos. Me sentí como cogida en falta y pronto desvié la vista pero a él no pareció disgustarle lo que miraba. Sus ojos seguían fijos en mi persona y eso me estaba poniendo nerviosa.

Yo continué con mi sopa y tras terminarla, aquel otro hombre, el viajante, me preguntó que qué me había llevado hasta allí. Yo le contesté que volver al pueblo donde vivió mi familia y que yo hasta ahora no conocía y hacerme cargo de una herencia. Fue entonces cuando Doña Marcela interrumpió nuestra conversación preguntándome que quién era mi familia.

—Me llamo Andrea Herrera —fue toda mi contestación y pude observar cómo su cara se encarnaba y se ponía lívida.

—Herrera, de los de La Casa Grande.

—Me temo que sí.

—Hace mucho tiempo que ustedes abandonaron este lugar, ¿por qué ha tenido que volver?

—Soy la nieta de Lucinda.

—Sí, conocí a su abuela, pero ¿por qué ha vuelto?

—No creo que esta señorita tenga que darle tantas explicaciones —intervino el joven.

—Antonio, no se meta en esto, usted no sabe nada de esta ciudad. Los Herrera trajeron la desgracia y desde entonces esta nos persigue.

—Pero, ¿de qué está hablando? —repuso el viajante.

—Parece que haya visto un fantasma Marcela, ¿se encuentra bien?

—No sé cómo no caí antes, con lo del apellido, pero ahora que la miro es el vivo retrato de su madre.

—¿Ah sí? Nunca he visto una foto suya, no sé cómo era, he venido a visitar las tumbas de mis padres y a rehabilitar La Casa Grande.

—Debería irse de aquí, nada bueno nos espera con un Herrera en la ciudad.

—Creo que está exagerando Doña Marcela, mi presencia no traerá ninguna desgracia, no sucederá nada.

—¿Cómo puede estar segura?

Nuestros dos acompañantes dejaron su cena para atender a tan delirante y sorprendente conversación. Estaban boquiabiertos.

—Pero, ¿qué pasa aquí? —preguntó el tal Antonio.

—Se trata de una leyenda —respondí yo.

—¿Qué leyenda si puede saberse? Quisiera conocerla.

—Usted no será bien recibida aquí y lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé Doña Marcela pero no me culpe por algo que hizo un antepasado mío.

—Desde entonces la población ha disminuido, ya no quedan hombres, solo mujeres viudas.

—Espero que pueda estar un tiempo bajo su techo, que esto no impida...

—No lo sé, esto cambia las cosas —repentinamente se levantó de la mesa retirando su plato y se marchó escaleras arriba. Ya no sabía qué pensar, si aquello era una locura, continuar allí; si estaba teniendo una pesadilla, pero era real como la vida misma.

Yo, sentada, sintiendo dos pares de ojos fijos en mí, deseando escuchar alguna explicación reveladora que les diera indicios de qué sucedía allí. Y yo no sabía cómo contarles aquello, era de locos.

—Andrea, ¿estaría dispuesta a contarnos la historia? Parece muy interesante —insistió Antonio.

Les conté todo y me sentí hundida. Había perdido a mi abuela y ahora no era bien recibida en aquel pueblo. ¿Qué iba a hacer? No lo sabía, esperaba que el día siguiente fuera mejor, me terminé la cena y sin contestar al aluvión de preguntas que me formularon ambos, subí a mi dormitorio con la única determinación de dormir y despertarme pronto de aquel sueño que tenía visos de pesadilla.

CAPÍTULO 2

Las luces de la mañana penetraron en forma de rayos de sol por mi ventana dándome directamente en el rostro. Me desperté de pronto sintiendo la caricia de aquella luz que inundaba mi habitación. Abrí los ojos y de súbito recordé dónde me encontraba, los sucesos de la noche anterior, el rechazo de Doña Marcela a que siguiera hospedada allí tras conocer mi identidad, el silencio que se respiraba en aquel lugar...

¡Qué pueblo tan extraño! Parecía salido de una película de terror. Me incorporé de la cama y recorrí las cortinas para ver cómo era La Casa Grande de día. Allí estaba, destantalada se erguía en medio de pequeñas casas blancas y pese a su estado ruinoso no perdía toda su magnificencia. Tenía que ir a verla de cerca. Eran las nueve y media. Me ducharía y bajaría a desayunar. ¿Conseguiría persuadir a Doña Marcela y hacerla entrar en razón? Esperaba que sí.

A las diez bajaba las escaleras y acudía a la cocina ya que no había nadie en el comedor. Doña Marcela estaba de pie, mirando por la ventana de la cocina aquel día claro pero sin embargo frío, que nos acogía en aquel mes de noviembre. Vestía de negro y estaba muy quieta y abstraída en lo que fuera que observaba porque cuando escuchó mi voz se sobresaltó y dio un respingo.

—Buenos días Doña Marcela.

—¡Ah es usted! No son tan buenos, no he podido dormir mucho gracias a su presencia.

—Lamento oír eso, pero creo que todo esto raya en la superstición y no creo que mi presencia provoque ningún desastre...

—No lo sé, pero desde que ustedes se fueron han muerto muy pocas personas, estando ahora aquí no sé qué pasará.

—No va a pasar nada, absolutamente nada, se lo aseguro. Solamente he venido para conocer el lugar donde nací, ver las tumbas de mis padres y rehabilitar la casa. Cuando lo haga probablemente la venda y me olvide de este pueblo.

—No es nada personal, no la conozco. A usted seguramente todo esto le parecerá absurdo, irreal, y producto de una leyenda, pero mi hijo murió a las pocas semanas de contraer matrimonio. Tenía una salud de hierro y una noche le asaltaron unas fiebres y murió de un fallo

respiratorio. ¿Se imagina lo que sentí?

—Lamento mucho su pérdida, a mí también todo esto me sobrepasa, pero entenderá que quiera saber algo sobre mi familia, mis padres, cómo murieron... Es algo que nunca me contó mi abuela. Ella me dijo que murieron en un accidente de tráfico y hasta hace unos días no sabía que murieron aquí.

—Es mejor que siga ignorándolo, por su bien.

—No sé por qué dice eso.

—Yo no soy la persona más indicada para decírselo, además, de verdad, creo que sería mejor que continuase ignorándolo.

—¿Cómo eran mis padres? Ni siquiera he visto una foto suya.

—Eran una pareja muy agradable, su madre era muy guapa, la recuerdo bien, y su padre un hombre muy apuesto.

—No entiendo a qué viene tanto misterio...

—Desayune y luego vaya a visitar si quiere la tumba de sus padres, detrás de la casa encontrará el cementerio.

—¿Detrás?

—Sí, allí yacen los restos mortales de su familia. Es un cementerio particular, encontrará muchas lápidas. Su familia se estableció aquí en 1800. Se puede decir que ellos construyeron esta ciudad.

—¿Le apetece un poco de café?

—Un café estaría bien, con leche, gracias.

No pude sonsacarle nada más a aquella mujer de aspecto adusto y poco dada a la charla.

Desayuné y me fui caminando hasta mi casa. ¡Qué raro me resultaba lo del cementerio! ¡Qué tétrico! Como para ir por allí de noche. Cuando llegué pude contemplar el estado desastroso en que se encontraba la casa, al menos por fuera. El jardín que la rodeaba parecía más una selva. El césped campaba por sus respetos y lo cierto es que ya iba necesitando las manos de un jardinero. Habría que recortar las malas hierbas y quizá plantar algunas flores.

Abrí la verja que cercaba la casa y atravesé el jardín. Dos enormes pinos daban sombra a aquella casa que ya era mía. Me quedé unos instantes inmóvil frente a ella, expectante, mirándola e imaginándomela en todo su esplendor. Imaginando cómo fue hacía 31 años cuando mi abuela y yo nos marchamos de allí. Yo solamente tenía un año, así que no recordaba nada. Esperaba encontrar algunos muebles y a lo mejor hasta algunas fotografías, ya que mi abuela, en su afán de protegerme, jamás me enseñó fotos de mis padres. Algo que siempre me había parecido extraño.

Me situé frente a la puerta. Toda la casa había sido inmaculadamente blanca, aunque ahora estaba sucia por las lluvias y el paso del tiempo. Introduje la llave en la cerradura y me costó un tanto abrirla, pues la cerradura estaba un poco oxidada, pero al fin cedió. Cuando abrí la puerta me pegué un susto de muerte porque salió un pájaro volando dejándome muda de asombro. Quizás se había metido por alguna ventana ya que varias de ellas tenían los cristales rotos.

Atravesé el umbral y me encontré con un vestíbulo muy amplio, lleno de telarañas y muebles cubiertos con sábanas blancas. Me acerqué a una de las ventanas y la abrí de par en par. Aquella parecía ser una de las pocas que conservaban los cristales intactos. Entró mucha luz, justo la que necesitaba para ver con claridad todo lo que tenía a mi alrededor. Descubrí algunos muebles tras despojarlos de las sábanas, llenos de polvo pero muy bonitos. Una mesa de comedor de caoba, con sus correspondientes sillas, un sofá, una librería... Había una escalera de caracol que subía al piso de arriba. Subí lentamente los escalones y cuando llegué arriba me encontré con un pasillo largo repleto de puertas cerradas. Abrí la primera de ellas y una oscuridad cegadora me obligó a encender el mechero que llevaba encima. Estaba intentando dejar de fumar, llevaba varias semanas sin hacerlo, pero todavía no me acostumbraba a pasar sin él, no sé por qué. Era un dormitorio. Destapé los muebles y me topé con una cama pequeña, un armario, un escritorio y una estantería llena de libros. Y para mi sorpresa sobre la estantería había algunas fotos. En una reconocí a mi abuela tras descorrer las cortinas que impedían que la luz se filtrara por la ventana. Estaba mucho más joven y llevaba un bebé entre sus brazos. Ese bebé podía ser yo. Ella tendría unos cuarenta y tantos y estábamos las dos sentadas en un balancín. Otra de las fotografías la representaba a ella, con un hombre, mi abuelo supuse, en actitud muy cariñosa. Después hallé otra en la que aparecían una mujer y un hombre el día de su boda saliendo de la iglesia. Quizás mis padres el día en que se casaron. Abrí algunos cajones del escritorio y del armario y no descubrí más que papeles que no tenían significado alguno para mí y algunas perchas vacías.

Salí de aquel cuarto y entré en el siguiente. La cama era de matrimonio; la habitación era mucho más grande que la anterior y exquisitamente decorada. Manipulé el tirador que abría el armario y allí, sí hallé ropa. Trajes de hombre, vestidos y pantalones de mujer, jerseys, blusas, había de todo aunque olían a humedad terriblemente. La ropa era de los años 60 y 70. Saqué con curiosidad todos los cajones, el escritorio, las mesillas de noche y dentro de uno de ellos encontré un sobre con un montón de fotografías. Me senté sobre la cama a mirarlas. En color muchas de ellas, de mis padres en su viaje de novios supuse; y otras de mi madre con otro hombre joven que se parecía mucho a ella, debía ser su hermano. Aunque yo no sabía si mi madre había tenido hermanos, mi abuela jamás me habló de otros hijos. Tenía razón Marcela mientras más contemplaba las fotografías de mi madre, más me daba cuenta de cuánto me parecía a ella. Aunque, desde luego, con mi padre no encontraba semejanza alguna.

Era muy alto y rubio, de ojos azules y muy apuesto. Mi madre sin embargo, era morena, de ojos negros y muy delgada. Yo tenía la misma nariz que ella, la barbilla, la frente despejada, pero no sabía de dónde había sacado aquel color pelirrojo del cabello y los ojos verdes. Mi abuela era morena también. Bueno, mi padre era rubio, no sé... volví a mirar al que suponía que era mi tío,

el hermano de mi madre y caí entonces. Me parecía muchísimo a él, pelirrojo y con unos ojos verdes que traspasaban el papel couché. Ya sabía de dónde me venía aquel pelo rojizo. No le di mayor importancia. Pasé a las demás habitaciones y descubrí otra de matrimonio, quizá la de mis abuelos, mucho más sobria que la anterior, y otra que perteneció a algún niño, a lo mejor la mía con una cuna y un empapelado de lo más infantil. Otra de las habitaciones parecía un despacho; otra un cuarto de jugar, de niños, lleno de juguetes de otros tiempos.

El resto de estancias hacía tiempo que no se usaban. Estaban vacías. Mi curiosidad me llevó más allá y tras inspeccionar de nuevo el piso inferior, con su cocina, salón, biblioteca y comedor retorné a arriba para intentar abrir lo que deduje era el desván. Tenía la pequeña puerta atrancada y después de un gran esfuerzo, ayudándome con un bastón que encontré en el cuarto de mis abuelos conseguí abrirla.

Encendí de nuevo el mechero y subí por la pequeña escalerilla. Esperaba encontrar posiblemente un montón de trastos viejos almacenados, pues no, lo que descubrí fue una habitación; una cama no muy grande, de cuerpo y medio, una mesilla y un secreter precioso. No estaban cubiertos con sábanas, pero sí por una gruesa capa de polvo. Abrí el pequeño ventanuco de la buhardilla y entró algo más de luz. Me quedé allí plantada. ¿Por qué tendrían montado un dormitorio allí? Al principio pensé que habían dejado allí aquellos muebles, pero no, aquello era una habitación, con sus cortinas, su mesa camilla, una silla, un armario... ¡Qué raro me resultaba! Intenté abrir el secreter, pero no pude, estaba cerrado con llave y yo no la tenía.

Tenía una curiosidad tremenda por saber qué ocultaba ese secreter. Lo descubriría cómo fuera, aunque no disponía de los medios para ello. Tendría tiempo para hallar la solución. Salí de allí y bajé a la planta de abajo. Salí por la puerta de atrás que daba al cementerio. Había una valla que separaba el terreno de la casa del campo santo. Imponía mucho la imagen de todas aquellas lápidas. El cementerio estaba muy descuidado, las hierbas crecían sin orden ni concierto y le daban un aspecto aún más fúnebre si cabe. Había muchas lápidas, pude al menos contar casi 30. Las más antiguas databan del siglo XIX. La mayoría de los hombres de la familia habían muerto a muy temprana edad a partir de 1920, excepto mi abuelo que había llegado a los 60 años, en cambio las mujeres habían llegado muchas a octogenarias. Los hermanos de mi abuela también habían fallecido a temprana edad antes de llegar a la treintena, aunque eran hermanastros pues la mujer de mi bisabuelo se volvió a casar al morir este. En cambio mi abuela enviudó muy tarde casi a los 50. Mi abuelo vivió hasta los sesenta años. Era algo que me extrañaba. ¿Por qué no le afectó a él la maldición? Bueno mi abuela me contó que se casó dos veces quizá solo afectó al primer marido, qué raro. Y para colmo un detalle me llamó la atención, todos los hombres habían fallecido desde mi bisabuelo el mismo día, un 9 de noviembre. ¿A qué fecha estábamos?

A cinco de ese mes. Busqué las tumbas de mis padres, Esperanza y Antonio y finalmente las encontré.

Esperanza Herrera Miranda 1950-1974, 24 de diciembre. Antonio Castillo 1945-1974, 24 de diciembre. Habían fenecido el mismo día, el día de Nochebuena. Un escalofrío me traspasó entera. ¡Qué día para morir! Al lado de sus tumbas había otra, Carlos Herrera Miranda 1947-1974, 24 de diciembre. Su hermano también había muerto el mismo día. ¿Qué habría pasado? Doña Marcela no estaba dispuesta a contarme qué había sucedido. Sospechaba que nadie querría contármelo, ni siquiera mi abuela había sido capaz de hacerlo. Era tan extraño todo. Tres personas, de la misma familia mueren el mismo día, ¿qué suerte de desgracia cayó sobre ellos ese día fatídico?

Se levantó de repente un viento frío y empecé a tiritar. Sentí que aquello que acababa de descubrir me helaba la sangre, no sé por qué, pero algo turbio y desagradable debió suceder aquel día. Me subí el cuello del abrigo y decidí irme de aquel lugar que me daba escalofríos. Salí a la calle y regresé caminando a la pensión. Ya allí, me encontré a Antonio, uno de los huéspedes que volvía para comer de un pueblo cercano donde había estado haciendo algunas fotografías. Era fotógrafo, estaba haciendo fotografías de casas antiguas para una exposición. Era de Córdoba, tenía un acento cordobés delicioso y cálido.

—¿Qué tal, ya ha visto su casa?

—Sí, vengo de allí.

—¿Y qué le ha parecido?

—Necesita una buena rehabilitación, mucha pintura, arreglar paredes y ventanas... pero esa es mi especialidad, rehabilitar edificios.

—Debió ser una casa impresionante en sus tiempos.

—Sí, debió serlo, pero volverá a tener su antiguo aspecto. Todavía no sé qué haré después, si la venderé, me la quedaré, la verdad ahora no tengo ni idea de qué haré en el futuro. ¿Lleva usted muchos días aquí?

—No, hace tan solo tres días. Estoy preparando una exposición sobre casas antiguas. Cuando llegué aquí me llamó mucha la atención, este pueblo, con su casa, tan imponente... pero hay algo muy raro en este lugar. Las gentes son muy hoscas, y esa historia que nos contó anoche es tan fantástica.

—Lo sé, pero puedo asegurarle que es cierta. Estuve en el cementerio familiar y todos los hombres de mi familia que han muerto a causa de la maldición fallecieron el mismo día, un nueve de noviembre.

—Puede que fuera el día en que la gitana echara la maldición ¿no?

—Es posible, y solo quedan cuatro días para el día nueve. ¿Ocurrirá algo? Tengo un poco de miedo, no es que sea supersticiosa, pero si muere alguien aquí nadie querrá que yo continúe en el pueblo.

—Es cosa de locos, que la gente piense que usted tiene la culpa si sucede algo, esperemos que no sea así, pero parece mentira.

—Lo sé, todavía no me creo lo que he visto. Ayer además vi luces en la casa, me quedé helada.

—Dicen en el pueblo que está encantada.

—Eso dicen, yo ya no sé qué pensar, pero desde luego la noche no me pillaré en la casa.

Entramos en la casa de Doña Marcela dispuestos a comer lo que hubiera en la mesa pues teníamos mucho apetito. No hablamos mucho durante la comida. Doña Marcela seguía circunspecta, muy seria, y tenía un aire de preocupación en la cara que daba qué pensar. Cada uno se sumergió en su comida y yo estuve dándole vueltas a cuál sería el siguiente paso que daría para averiguar cómo murieron mis padres.

El descubrimiento que había hecho por la mañana me había dejado un regusto amargo en la boca. Tenía la sensación de que algo muy grave había sucedido y yo estaba dispuesta a averiguarlo.

Después de comer me fui un rato a mi habitación a descansar. Me tumbé en la cama pero no conseguí conciliar el sueño. Solamente pensaba en qué habría ocurrido aquel día, probablemente algún trágico suceso, algo que nadie estaría dispuesto a contarme. También me preocupaba lo que pasaría el día nueve. ¿Realmente creía que podía morir alguien? Había tantas cosas inexplicables en aquella historia que no sabía ya qué creer. Finalmente acabé por incorporarme del lecho y decidí dar una vuelta por los alrededores. Estaba segura que no conseguiría dormir la siesta. Salí a la calle y pensé en comprar un periódico. Caminé unas cuantas calles pero no pude encontrar ningún quiosco. Caminé sin rumbo fijo y terminé frente a una planta baja donde pude leer el rótulo de biblioteca. Me preguntaba si estaría abierta. Eran las cuatro de la tarde. Llamé a la puerta y tiré de la manivela. Se abrió enseguida y pasé adentro. Ante mí una sala no muy amplia, repleta de estanterías llenas de libros y unas cuantas mesas de estudio. No parecía haber nadie y me acerqué a curiosear qué clase de libros tendrían. No estaba mal surtida la biblioteca, no, tenía incluso las últimas novedades del mercado editorial. Cuando acababa de sacar una novela de su estante para hojearla oí una voz detrás de mí que me sobresaltó.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Cuando me di la vuelta no estaba preparada para enfrentarme con aquel hombre. Cuando posé mi mirada sobre sus ojos negros, la fuerza que irradiaban me dejó sin habla. Tenía ante mí a un hombre de unos cuarenta años, de pelo negro muy rizado, de constitución fuerte y metro ochenta de estatura. Era muy moreno, tenía unos rasgos muy varoniles y una expresión un tanto huraña. Parecía que le estuviera molestando mi presencia allí. Me miraba de una forma... como si estuviera estudiándome.

—Hola, estaba mirando algunos libros, soy Andrea Herrera.

No dijo nada, me miró de arriba abajo y volvió a preguntarme qué deseaba.

—Bueno pues quería saber si tienen en la biblioteca algo sobre la historia del pueblo.

—¿Qué busca exactamente? ¿La historia de los Herrera? —preguntó con sorna. Percibí desdén en su tono de voz. Sabía quién era yo y no le gustaba mi presencia.

—Solamente periódicos de los años setenta, del setenta y cuatro exactamente.

—La fecha en que murieron sus padres ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Yo tenía doce años entonces, su muerte conmocionó al pueblo.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabe?

—No, mi abuela nunca me habló de ello. Solo sé lo que vi esta mañana en el cementerio, que mis padres y mi tío fallecieron la Nochebuena del setenta y cuatro.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—Siento ser tan crudo, pero su madre los mató a los dos y después se suicidó. Eso es lo que pasó.

—¿Por qué?

—Hay alguna conjetura al respecto.

—¿Cuál?

—Creo que sería mejor que lo averigüe por sí misma.

—Quiero saberlo, si usted lo sabe debe decírmelo.

—Es mejor que no lo sepa. ¿Por qué ha venido después de tanto tiempo?

—Quería conocer este lugar, saber qué fue de mis padres y rehabilitar La Casa Grande. Mi abuela me la dejó en herencia.

—Ya, pues hubiera sido mejor que se hubiera quedado en su casa.

—Ya veo que no soy bien recibida en este pueblo, que mi apellido es un lastre, pero creo que pudiera molestarse en ser un poco más educado.

—Siento no parecérselo, creo que será mejor que se vaya. La biblioteca no está abierta por las tardes y a menos que quiera llevarse algún libro...

—Me está echando, no se preocupe, ya averiguaré lo que quiero saber por otros medios. Buenas tardes.

Salí precipitadamente de allí muy enfadada, ¡pero qué tío más mala sombra! ¿Por qué todo el

mundo tenía que ser tan hosco conmigo? Ni siquiera me había dicho su nombre. Estaba oscureciendo. Decidí volver a La Casa Grande. Me daba un poco de miedo entrar de nuevo, pero resolví no arredrarme. Iba a abrir como fuera aquel secreter que contenía alguna información valiosísima para mí. Seguro que habría algo que me diera una pista. ¿Por qué los mataría? ¿Y cómo?

Cuando me encontré delante de la casa dudé en entrar. Pero al final saqué la llave del bolsillo de la chaqueta y la metí en la cerradura. Empujé la puerta y atravesé el umbral. Después encendí mi mechero y subí al desván. No podía negar que no me gustaba estar allí a oscuras, pero mi necesidad de saber era más grande que mi miedo. Subí las escaleras en dirección al desván y una vez allí me planté frente al secreter y decidí descerrajarlo. Solo llevaba conmigo unas horquillas del pelo, me las quité e introduje una de ellas en la cerradura, pero no obtuve resultado alguno. Me estaba impacientando pero recordé que llevaba un bolígrafo en el bolso, quizá me serviría para mi propósito. Lo extraje y lo metí en ella, estuve un buen rato hurgando y haciendo fuerza, hasta que oí un chasquido que me llenó de esperanza. Me había cargado mi improvisada herramienta, se había partido en dos, pero la puerta del secreter había cedido. Acerqué el mechero y vi varios cajones. Comencé mi búsqueda. Fui abriendo uno a uno. Encontré algunas cartas y un diario. Sentí una enorme alegría que se trocó en escalofrío al oír un ruido en la planta de abajo. Agudicé el oído y empecé a sentir verdadero miedo. Parecían pasos que subieran la escalera. No podía ser. Eran alucinaciones. Aquella historia de que la casa estaba encantada era una tontería. Pero la maldición no lo era en absoluto. Me puse al lado de la puerta del desván que había dejado abierta. Los pasos desde esa posición eran más audibles. Me armé de valor y decidí salir de mi escondrijo. Bajé la escalerilla y me situé en medio del pasillo del primer piso. Desde allí podía ver la escalera. Alguien subía, podía escuchar el sonido de unos pasos perfectamente, ¿O eran imaginaciones mías? De repente el sonido cesó. Se hizo el silencio y eso me alarmó aún más. Avancé hasta la escalera con el mechero encendido pero no pude ver nada. Intenté conservar la calma pero cuando comencé a bajar los peldaños escuché el ruido de una puerta que se cerraba, seguramente la del desván, me estremecí. Habría sido una corriente de aire, intenté convencerme de ello. Seguí bajando pero oí otro sonido sordo que me heló la sangre. Otra puerta que se cerraba de golpe. Me agarré a la barandilla y continué mi descenso. Cuando ya estaba al pie de la escalera sentí que algo o alguien tocaba mi mano. Fue una sensación tan real que el pánico se apoderó de mí y pegué un grito descomunal. Salí corriendo como alma que persigue el diablo y fuera de la casa me topé de bruces con el bibliotecario que pasaba por allí de camino a la suya.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loca o qué?

Tropecé con él de frente y casi caímos los dos al suelo.

—Lo siento.

—Ha salido corriendo como loca, ¿qué le pasa?

—Si se lo cuento no me creerá. Estaba en el desván y oí unos pasos subiendo la escalera, fui a ver y no había nadie. Cuando iba bajándola se cerraron dos puertas de golpe y sentí como algo

o alguien me tocaba la mano. Sentí tanto pavor que salí corriendo.

Se me quedó mirando como si yo estuviera delirando. Parecía incrédulo. Yo tampoco hubiera dado crédito a ello si no me hubiera sucedido. Era una locura, pero aún tenía el corazón que me palpitaba a mil por hora. No sabía si podría dormir tranquila esa noche.

—Imagino que pensará que estoy loca.

—No, no lo creo, está usted muy pálida.

—No sé si la historia de la maldición me ha sugestionado y he creído sentir como esa cosa me tocaba o si ha sido real.

—Ha sido real sin duda.

—¿Cómo? ¿Usted también cree que está encantada?

—No lo creo, lo está.

—No entiendo nada.

—Se cuenta que los espíritus de sus padres y su tío vagan de noche por la casa. Que se encienden y se apagan luces, yo mismo las he visto.

—También yo las vi ayer, desde la habitación de la pensión. Pero es que no puedo creer que estas cosas pasen.

—Pues pasan, esta ciudad no es una ciudad corriente.

—Ya sé, la maldición de la gitana, ¿sabe usted quién era y qué fue de ella?

—Sí por supuesto, pero conozco una persona que se lo contará con más detalle. ¿Quiere acompañarme hasta mi casa? Le presentaré a mi padre.

—Claro.

—Perdone, pero creo que no me he presentado, me llamo Andrés Alcántara.

—Mucho gusto.

—Sígame.

Le seguí hasta su casa. Vivía dos calles más abajo. Cuando abrió la puerta de la casa salió una niña de unos ocho años que se echó en brazos de su padre.

—Papá, ¡ya has vuelto!

—Sí cariño, pase por favor —me invitó a entrar—. Nena, te voy a presentar a la señorita Andrea.

—Encantada señorita.

—Mi hija Ana.

—Igualmente preciosa.

Llevaba una cola de caballo y tenía el pelo negro azabache. Se parecía mucho a su padre, era morena, ¡y cómo no había caído antes! gitana. A su padre se le notaba menos. Pero esa chiquilla era de raza gitana como su padre. Comencé a atar cabos. ¿Tendrían algo que ver con la gitana de la maldición? Algo me decía que sí.

—Pase y siéntese —me condujo hasta una sala de estar. Tomé asiento en un sillón marrón de orejas y esperé a que volviera. La niña se sentó a mi lado en un escabel. Se me quedó mirando con mucho interés.

—¿De dónde es usted? —me preguntó ella.

—Soy de Valencia.

—¿Y qué hace aquí?

—Bueno, aquí nací yo y quería conocer este lugar.

—¿Y qué le parece?

—Bueno pues...

—Basta de preguntas Anita, deja en paz a la señorita —un hombre mayor, de en torno a los ochenta años se acercó a mí. Vestía unos vaqueros azules y una camisa blanca con una chaqueta azul marino de punto.

—Con que usted es la nieta de Lucinda.

—Sí Señor, me llamo Andrea.

—Yo soy Rosario.

—Encantada.

—El placer es mío —se sentó a mi lado en un sofá junto a su hijo.

—¡Cómo se parece usted a su madre!

—Sí, eso me han dicho.

—Aunque su madre era más morena, usted sacó el pelo y los ojos de su tío Carlos.

—Sí, vi unas fotos tuyas.

—Su madre era una muchacha encantadora. Y su abuela, ¡qué decir de ella! Toda una señora.

—¿Las conoció bien?

—Sí, sobre todo a su abuela. Tuvimos un flirt cuando éramos jóvenes, nada serio, antes de que se casara con su abuelo. Fue una mujer muy guapa. Creo que murió hace poco.

—Sí, hace un par de semanas ¿cómo lo sabe?

—Las noticias vuelan en un pueblo tan pequeño, cualquier cosa que diga o haga lo sabrá el pueblo entero al día siguiente.

—Ya veo.

Le miré a los ojos. Tenía la misma mirada que su hijo, aunque parecía mucho más afable. Tenía el pelo totalmente blanco y muchas arrugas surcaban su rostro. Pero pese a su estatura, un metro ochenta nada desdeñable, se erguía con mucha dignidad. Debió ser un hombre muy atractivo en su época.

—Creo que quiere conocer la historia de Alba.

—Alba era la gitana ¿verdad?

—Sí, era mi madre.

—¿Su madre?

—Sí, pertenecía a un circo ambulante que llegó aquí a trabajar. Ella era pitonisa, muy bella. Se enamoró de su bisabuelo Nicolás y éste la dejó encinta. Su bisabuelo se casó con otra, ya estaba comprometido, y mi madre me tuvo sin apoyo de nadie. Cuando dio a luz me dio en adopción a un matrimonio sin hijos que vivía en la ciudad, los Alcántara y esa es la historia que me contaron mis padres adoptivos. Mi madre echó una maldición sobre el pueblo, maldición que nunca afectó a nuestra familia. Supongo que conoce cómo se rompe la maldición.

—Sí, me lo contó mi abuela. Supuestamente si un descendiente de mi familia y otro de la suya se enamoraran y contrajeran matrimonio la maldición dejaría de tener efecto. Hasta hace dos semanas seguía creyendo que esta historia era un cuento de hadas. Mi abuela me la contaba una y otra vez y a mí me subyugaba. No supe que era cierta hasta la lectura de su testamento.

—¡Qué sorpresa verdad!

—Y tanto, pero desde que llegué ayer no dejo de sorprenderme. Esta mañana visité el cementerio familiar. Me enteré que mis padres y mi tío murieron en la misma fecha y su hijo me ha informado que fue mi madre quién los mató para posteriormente suicidarse.

—Sí, así fue y parece que quiere saber por qué.

—Si, he encontrado en la casa un diario que es de mi madre y estas cartas. Estoy ansiosa por echarle un vistazo a todo esto.

—Lo imagino, pero creo que sería mejor que lo averiguara por usted misma.

—¿Por qué?

—Es un tema delicado.

—Si es de conocimiento público no veo por qué no puede decírmelo.

—¿Quiere saberlo?

—Sí, insisto.

—Anita, por favor, vete a tu habitación, esta es una conversación para adultos.

—Pero abuelo, ¿por qué no puedo quedarme?

—Anita, obedece a tu abuelo —dijo su padre.

—Está bien —dijo con resignación pero con la cara enfurruñada. La niña subió las escaleras en dirección hacia su cuarto. Me preparé para oír cualquier cosa pero lo cierto es que no podía imaginarme lo que Rosario iba a contarme, me quedé de piedra.

—Bueno Andrea, no sé cómo decirle esto, es muy fuerte.

—Suéltelo, estoy preparada —pero no lo estaba en absoluto.

—Está bien, su madre solo tuvo un gran amor en su vida, y no fue precisamente su marido.

—¿Quién era entonces?

—Su propio hermano.

—¿Qué dice?

—Lo que oye Andrea.

Me quedé muda, estaba empezando a sospechar de dónde provenía el color de mi pelo y de mis ojos.

—Y mi padre no era Antonio, sino mi tío Carlos ¿verdad?

—Sí Andrea, mantenían relaciones sexuales, pero eso no es lo peor.

—¿Y qué puede haber peor? ¡Eso es incesto! —Estaba verdaderamente horrorizada, y escandalizada al mismo tiempo. No es que fuera ninguna mojigata pero aquello superaba cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Me sentí verdaderamente avergonzada de mis orígenes.

—Su madre se casó con Antonio a petición de Carlos. Pensaba que esa era una buena manera de ocultar su relación, si ella se casaba no darían lugar a habladurías. Lo que no sabía su madre es que Antonio y Carlos eran amantes y que era la forma menos sospechosa de que pudieran estar juntos. Fue por eso que los mató. Los descubrió juntos y eso pudo con ella. Se sintió traicionada por su hermano y acabó con la vida de ambos. Después de hacerlo imagino que se arrepintió de lo que había hecho y decidió poner fin a su vida.

Aquello era ya increíble. Comencé a sentir la boca seca y la cabeza empezó a darme vueltas. Me estaba mareando de la impresión.

—Andrea, ¿se encuentra bien? —me preguntó Andrés.

—Creo que no, ¿podría traerme un vaso de agua?

—Claro —me quedé callada, sin habla, intentando digerir lo que Rosario me había contado.

Ahora entendía por qué mi abuela me había sacado de allí. Mi presencia hubiera sido un recordatorio continuo de aquel escándalo. Y aquel pueblo realmente no era el mejor lugar para criar a una niña. Me apoyé en el respaldo del sillón y cerré los ojos. Me sentía mal, casi hubiera sido mejor no saber nada de mi pasado, no haber venido, como había dicho Andrés. ¡Qué razón tenía! Aquello me había dejado hecha polvo, no sabía qué decir, no tenía mucho sentido continuar allí. Todo el mundo me miraría con desprecio y me harían sentir sucia y bastarda. ¿Pero qué iba a hacer con la casa? Me había sumido aquella historia en una tremenda confusión. Respiré hondo e intenté enfrentarme a mis dos interlocutores. Andrés me tendió un vaso de agua que yo le agradecí. Bebí un par de sorbos y les miré entristecida.

—Ahora ya sé por qué no querían contármelo. Es desagradable y difícil de explicar.

—No se sienta mal, lo que hicieran sus padres no tiene por qué afectar a su vida. Es muy duro saber esto, pero usted no es culpable de nada.

—Solo soy el fruto de un incesto ¿no? ¡Dios Mío! ¡Ojalá no hubiera venido! Ha sido un error, venir aquí, no sé lo que esperaba encontrar. Desde luego esto no.

—Andrea, ¿qué va a hacer ahora? —preguntó Rosario.

—No lo sé, pero algo he de hacer con la casa, aunque después de lo de esta tarde me da escalofríos entrar allí.

—¿Qué ha pasado? —Andrés se lo contó.

—Debería quedarse Andrea, enfrentarse con la realidad, rehabilitar la casa, hacer en definitiva lo que vino a hacer.

—¿Usted cree Rosario?

—¿Algo la retiene en su ciudad? ¿Dónde vive?

—En Valencia. La verdad es que ahora no tengo trabajo y dispongo de todo el tiempo del mundo. Ahora ya no tengo a ningún ser querido a mi lado, solo tengo algunos amigos y conocidos. No hay nada, ni nadie lo suficientemente importante que me ate allí.

—Piense en ello.

Sí, tenía que pensar en ello. Era algo que debía meditar con calma. Qué hacer con mi vida de ahora en adelante.

—Creo que les he robado mucho tiempo, debo irme.

—¿Seguro que se encuentra bien? Déjeme acompañarla —dijo Andrés.

—No hace falta, gracias.

Me acompañaron hasta la puerta y salí a la calle despidiéndome de padre e hijo. Hacía frío, la tarde se había vuelto desapacible. Una fina lluvia caía intermitentemente y corría un viento helado. Anduve a paso ligero hacia la pensión y me encerré en mi cuarto.

Me tumbé en la cama intentando asimilar el relato de Rosario. Llevaba en la mano el diario y aquellas cartas que esperaba arrojaran algo de luz sobre aquel asunto. ¿Cómo era posible que mi madre se enamorara de su hermano? La idea me resultaba repulsiva. Miré las cartas, era un fajo atado con un lazo rojo. Lo deshice y comencé a leer la primera de ellas. Eran cartas de amor.

Querida Esperanza:

Quiero que sepas que voy a casarme contigo, no sólo por amor a tu hermano. Somos personas especiales, que no podemos amar a una sola persona. Necesitamos de los dos sexos para sobrevivir. La primera vez que te vi, me quedé prendado de tu belleza y candidez. ¡Tu hermano me había hablado tantas veces de ti! ¡Y siempre hablaba maravillas! En estos meses que nos hemos ido conociendo poco a poco, un amor muy grande ha ido creciendo dentro de mí. Te amo como puedo amar a tu hermano y deseo con todas mis fuerzas ser tu marido. Sé que el nuestro no será un matrimonio convencional, pero el amor, no lo es, es un sentimiento puro que no atiende a razones. Espero que llegues a amarme como yo ya te amo a ti. Compartir tu lecho, es mi sueño, compartiros a ambos mi delirio.

Te ama sinceramente,

Antonio

Me quedé anonadada. ¡Entonces ella ya sabía a lo que se enfrentaba! Ya sabía que ambos eran amantes. Y pese a ello no se opuso a la boda. Entonces, ¿por qué razón los mató? Continué leyendo otra carta. Esta era de su hermano.

Mi queridísima hermana:

¡No sabes cuánto agradezco tu gesto! Que te cases con Antonio. Me vas a dar la mayor felicidad. Tú y él sois las personas que más quiero en este mundo. Teneros a los dos a mi lado me producirá una gran dicha. Estoy seguro que pronto aprenderás a quererle. Será un marido perfecto para ti, atento, cariñoso, y un amante delicioso. Espero que pronto podamos compartir los tres juntos vuestro lecho matrimonial. Será un gran deleite gozar de ambos al mismo tiempo. Te quiero mi vida, espero que pronto le ames a él tanto como me amas a mí.

Tu amante hermano,

Carlos.

Aquello ya me dejó sin palabras. O sea, ¿qué se acostaban los tres juntos? Aquello era el colmo de la depravación. Apoyé la cabeza sobre la almohada e intenté hacerme una idea de cómo podían esas tres personas amarse tanto.

Las siguientes cartas eran posteriores al matrimonio. Tanto Carlos como Antonio en sus cartas le decían cuánto la amaban y lo felices que eran con ella. Se referían a las noches pasadas juntos, al placer compartido con ella, al secreto que guardaban. Ese amor prohibido no debía conocerlo nadie. Pese a todo, se arriesgaban a ser descubiertos, noche tras noche, en la intimidad de la habitación matrimonial. Aquello me dejaba sin aliento. Aquellas cartas tan gráficas y llenas de amor, sin querer provocaron en mí una reacción inesperada. Sin querer me encontré a mí misma masturbándome, acariciándome imaginando a aquel trío compartiendo el mayor de los placeres: el del sexo. Hacía tanto que no hacía aquello, que había olvidado lo placentero que podía llegar a ser. Cuando alcancé el orgasmo me di plena cuenta de lo que había hecho y me sentí culpable.

Mi abuela me había educado en lo referente a los placeres de la carne de una forma muy estricta, ahora ya sabía por qué. Yo, pese a mis 32 años aún era virgen. Podía parecer extraño, pero así era. Había tenido un par de novios pero nunca llegué hasta el final, no estaba preparada. Hacía casi tres años de mi última relación. Y me juré a mí misma olvidar por un tiempo a los hombres porque aquella última relación me hizo mucho daño. Había desterrado el sexo de mi vida, incluso la masturbación. Procuraba darme duchas frías cuando llegaban esos terribles momentos e intentaba no pensar en ello. Pero en ocasiones era muy difícil no hacerlo. La sola imagen que me devolvía mi cerebro de cómo debieron amarse esas tres personas me excitaba enormemente. ¿Cómo era posible que sintiera aquello cuando realmente me parecía repugnante?

Dejé las cartas sobre la mesilla y me incorporé de la cama. Me quité la ropa y me puse delante del espejo completamente desnuda. Realmente tenía un cuerpo bonito, era de piel muy blanca, pero tenía los pechos firmes aunque no demasiado grandes. Y no estaba lo que se dice delgada, pero tenía un cuerpo con curvas muy sensual. A mí al menos me lo parecía. Me dejé el pelo suelto sobre los hombros e imaginé a un hombre detrás de mí, un hombre que me devorara con la mirada, un hombre varonil y apasionado. No sé por qué pero la persona que imaginé tenía la cara de Andrés y eso me asustó. Abrí los ojos y volví a mirarme en el espejo, ¿por qué había pensado precisamente en él?

Volví a vestirme y decidí guardar las cartas y el diario. Bajé a cenar y después regresé a la habitación dispuesta a ordenar mis pensamientos. Pero caí en la cama muerta de sueño.

CAPÍTULO 3

Esa mañana me levanté temprano porque quería hacerle una visita al párroco. Quería llegar a misa de nueve a ver si tenía suerte. No desayuné y salí corriendo en dirección a la iglesia. Cuando llegué la encontré medio vacía, parecía que los feligreses de aquella parroquia no habían acudido a su cita diaria con el Señor. Me senté en los últimos bancos y pude ver a Andrés arrodillado, en una esquina, rezando. No podía imaginarme que aquel hombre fuera tan devoto.

La noche anterior había estado pensando en él y en su hija. ¿La criatura no tenía madre? Lo cierto es que no lo pregunté, pero no parecía haber nadie más en la casa. Ya me enteraría. Apareció el párroco y nos incorporamos todos de nuestro asiento. La misa transcurrió tranquila, el Padre Jaime Luján era un gran orador. La homilía había sido muy interesante. Tras la misa recobré una sensación de paz y serenidad que hacía semanas que me faltaba. Después de la pérdida de mi abuela me sentía confundida y nerviosa por el futuro que me esperaba sin ella. Hacía años que no iba a la iglesia pero de veras resultaba reconfortante volver a hacerlo. Me levanté de mi asiento y decidí confesarme. Había visto al sacerdote entrar en el confesionario. Era mi oportunidad. Llegué hasta él y me arrodillé. Le confesé que hacía siglos que no asistía a la eucaristía y algún que otro peccadillo venial. Le pedí que necesitaba hablar con él y me dijo que lo esperara fuera. Así lo hice. Al salir me encontré con Andrés. Me había visto y quería preguntarme cómo estaba y qué había decidido. Lo cierto es que la noche anterior decidí quedarme, es lo que habría querido mi abuela, que conociera mi pasado para poder construir mi futuro. Y así se lo dije.

—Buenos días Andrea.

—Buenos días, no lo imaginaba tan devoto.

—Vengo a misa todos los días, me reconforta. ¿Y usted?

—La verdad es que hacía mucho que no pisaba una iglesia. Creo que es hora de hacer las paces con Dios.

—Siempre se está a tiempo.

—Claro.

—¿Qué ha decidido? ¿Va a quedarse?

—Sí, al final sí. Vine con el propósito de conocer mi pasado y La Casa Grande forma parte

de él. Estoy dispuesta a rehabilitarla y después ya veré qué hago. Por el momento me quedaré un tiempo, a ver qué pasa.

—Me alegro de que se quede. Este pueblo resulta un poco aburrido y usted es una novedad muy agradable.

—Hombre gracias —en ese instante salió el párroco del templo y Andrés se despidió.

—Hola Padre, ¿quiere que vayamos a algún sitio?

—Podemos dar un paseo si no le importa.

—Me parece estupendo.

—Veo que ya conoce a Andrés, el bibliotecario.

—Sí, nos conocimos ayer.

—Ándese con cuidado con él, no es un hombre muy recomendable.

—¿A qué se refiere? A mí me parece muy normal.

—Tiene fama de seductor.

—¿Ah sí?

—Son habladurías de la gente, de joven era un muchacho bastante juerguista. Iba con mujeres de moral dudosa, hasta que se casó con Carmen quién le llevó por buen camino. Sentó la cabeza. Pero hace 4 años se le declaró un cáncer y murió al poco tiempo. Desde entonces no es el mismo, tiene peor genio, y se comenta que a veces por las noches sube a Córdoba en busca de ya sabe usted qué.

—¿Prostitutas?

—Usted lo ha dicho —vamos, aquello me dejaba de piedra. Bueno, qué esperaba. Los hombres tienen sus necesidades, no iba a guardarle luto a su mujer para siempre. Y en aquel pueblo seguro que no iba a encontrar a ninguna mujer dispuesta a esos menesteres. No era ningún santo. Eso ya lo imaginaba. Solo había que mirarle a los ojos para descubrir el peligro que encerraban. Seguimos hablando de otros temas hasta que llegamos al que me interesaba.

—Padre, ¿usted conoció bien a mi madre?

—Sí, era una mujer muy devota. Acudía diariamente a misa y se confesaba habitualmente conmigo. —¿Estaban reñidos el placer y la devoción? ¿El pecado con la redención? ¿Era posible que mi madre tuviera un enorme sentimiento de culpa por lo que hacía?

—¿Alguna vez le contó algo fuera de lo normal?

—Andrea, eso es secreto de confesión, no puedo decirle nada. Además han pasado tantos años...

—¿Y conoció a mi tío?

—Sí, claro, pero él no era tan buena persona como su hermana.

—¿Qué quiere decir?

—Su hermano era un libertino.

—¿Un libertino, Padre?

—Sí, mantenía relaciones con hombres, ya me entiende —así que era un libertino. Claro para un Ministro del Señor aquel era un pecado mortal. Miré al párroco con detenimiento; de repente la expresión tranquila de su rostro desapareció y parecía algo tenso. Quizá le resultaba incómodo hablar de aquello.

—Era de dominio público.

—Ya lo sé, conozco la historia.

—Entonces será mejor no hablar de ello, es un tema que no me gusta abordar.

Continuamos hablando hasta llegar a una fuente que había al final de la calle y se despidió de mí alegando que tenía que visitar a una feligresa que estaba enferma.

Eran ya las diez y media y recordé que no había desayunado. Regresé a la pensión para hacerlo y tuve la oportunidad de charlar un rato con Antonio, el fotógrafo. Era un hombre muy agradable, simpático y educado. Cuando acabamos el desayuno me pidió que le esperara que tenía que enseñarme algo.

Había pensado volver a La Casa Grande para decidir de qué color pintar la fachada, revisar las ventanas rotas y todo aquello que necesitara una reparación. Le esperé en la puerta de la pensión y no tardó mucho en estar a mi lado de nuevo.

—Demos un paseo, la acompaño hasta la casa.

—¿Qué es lo que quiere mostrarme?

—No se lo va a creer, pero es que la otra noche estuve haciéndole unas fotos a su casa. Las he revelado y mire, ve las luces encendidas.

—Sí.

—Pero eso no es todo, mire esa ventana de ahí.

—¡Dios Mío! Parece una mujer.

Podía verse mirando por la ventana la figura de una mujer. Estaba un poco borrosa, pero desde luego no eran imaginaciones nuestras.

—Le aseguro que esa no soy yo.

—Lo sé, porque la hice la noche anterior a que llegara usted. Esa casa verdaderamente está encantada.

Nos miramos mutuamente. Le conté lo que me había pasado allá adentro la tarde anterior y me pidió por favor que estaba muy interesado en conocer la casa. Así que cuando llegamos le invité a entrar. Era de día, así que esperaba no tener ninguna sorpresa desagradable. Pero cuando íbamos subiendo la escalera la lámpara del vestíbulo comenzó a temblar y empezaron a abrirse y a cerrarse puertas haciendo un estruendo horroroso. Yo tuve que asirme a la barandilla para no salir corriendo.

—Andrea, da verdadero miedo. ¿De veras quiere quedarse aquí?

—No lo sé Antonio, siga subiendo y no haga caso.

¿Pero cómo no podíamos hacer caso? Estaba asustada. Las puertas seguían abriéndose y cerrándose y yo estaba lo que se dice aterrada. Antonio me cogió la mano y llegamos a arriba. Nos quedamos quietos viendo como todas las puertas del piso donde nos encontrábamos se abrían y cerraban una tras otra. Nos miramos y fue entonces cuándo la vimos. Una especie de espectro, parecía una mujer, que se acercaba a nosotros. Cuando llegó a nuestra altura se nos quedó mirando. Yo ya temblaba de tal manera que no era capaz de abrir la boca. Antonio me sujetó la mano con más fuerza. Nos quedamos inmóviles como si estuviéramos pegados al piso. Repentinamente aquella especie de espectro o lo que fuera me llamó por mi nombre. Aquello ya fue demasiado para mí. Repitió de nuevo mi nombre y después se evaporó. Se fue como vino, de improviso. Temblaba entera, aquello me sobrepasaba. Si me quedaba allí no sería capaz de pasar la noche en aquella casa llena de espíritus errantes. Me moriría de miedo.

—Andrea está temblando. Tranquilícese, ya se ha ido.

La casa se quedó en silencio. Ya no se oía ninguna puerta. Solo se escuchaban nuestras voces.

—Estoy asustada.

—Lo sé, no es para menos, creo que será mejor que salgamos de aquí.

—Sí vamos —bajamos la escalera y abrimos la puerta de entrada.

Salimos de la casa y nos quedamos absortos contemplándola desde afuera. Entonces fue cuando la vi, en la misma ventana de la fotografía, la misma figura, probablemente era mi madre. Aquello me aterraba, me daba escalofríos. No le dije nada a Antonio y le insté a que nos marcháramos de allí.

Estuvimos hablando por el camino de lo que habíamos presenciado y Antonio me recomendó que me fuera de la ciudad. Que aquel lugar no era un buen lugar para comenzar de nuevo, que regresara a Valencia y que me olvidara de todo. Él se iba ya a Córdoba esa misma mañana, ya había terminado su trabajo. Me apenó oírle decir eso porque era un hombre con el que se podía tener una conversación agradable y entretenida.

Ahora en la pensión solo estaría yo porque el viajante se había marchado el día anterior. Yo y Doña Marcela claro. Me despedí de él que ya había metido todas sus cosas en el coche y cuando llegamos a la pensión me estrechó la mano y me deseó buena suerte. Le vi marchar en su Renault Clio y me sentí de nuevo sola y desamparada. Pensé en ese momento en mi abuela. Abuela, ¿por qué has tenido que morirte? No estoy preparada para estar sola en la vida. Me haces mucha falta todavía. ¿Por qué no me contaste nada de todo esto? Ahora entendía la forma en la que me había educado, tan estricta. No me permitió salir con chicos hasta que cumplí la mayoría de edad. Y siempre me había dicho que tenía que llegar virtuosa al matrimonio. Ahora me encontraba en una situación en la que no sabía cómo actuar. Tenía la cabeza hecha un lío, ¿qué pensaba hacer allí?, ¿rehabilitar la casa?, ¿para qué? Si ni siquiera me atrevería a pasar una sola noche allí. ¿Qué pretendía descubrir? Ya había averiguado lo suficiente. ¿Por qué no me iba? ¿Qué me retenía en aquel pueblo solitario, silencioso y fúnebre? ¿Era la casa? ¿O era tal vez una persona en particular?

Tenía que reconocer que Andrés me había causado mucha impresión. No podría olvidar esa mirada, ni ese cuerpo, ni sus manos tan grandes. Era mayor que yo, pero eso no suponía un obstáculo para mí.

Era enormemente atractivo y realmente me atraía poderosamente. Pero, ¿qué es lo que quería? Hacía tiempo que no me sentía atraída por alguien. No es que fuera muy exigente pero había dejado el amor en un segundo plano desde mi última relación. Haber encontrado a mi novio en la cama con mi mejor amiga había sido la causa. Desde entonces no me había interesado por ningún hombre en especial, me dedicaba a mi trabajo, a cuidar de mi abuela y a pasar mi tiempo de ocio de la mejor manera posible.

Tenía treinta y dos años y ya no me quedaba nadie a quién amar. Mi abuela se había ido y aunque tenía algunos amigos mi vida estaba vacía. Mientras mi abuela vivía tenía al menos la alegría de saber que cuando regresara a casa ella estaría allí para contarle lo que me había pasado aquel día, para comentar los chismes del vecindario, para ir al cine, para tantas cosas... pero ahora si volvía al piso donde viviéramos juntas no encontraría a nadie, solo cuatro paredes y yo. Aquel lugar seguramente no era el mejor para empezar otra vez y aquel hombre probablemente tampoco, si es que él se llegaba a fijar en mí... pero no perdía nada quedándome una temporada. Quizás lograra conocer un poco más de mi madre a través de las personas que la conocieron y por supuesto de su diario. Estaba allí plantada, delante de la pensión y vi cómo Doña Marcela me observaba mientras tendía alguna ropa desde la ventana. La saludé con la mano pero no me

respondió. Aquella mujer era muy arisca. Resolví andar hacia la biblioteca. Seguramente Andrés no tendría mucho trabajo y podría hablar con él un rato. Cuando llegué entré y lo encontré charlando con una mujer que rondaría la cincuentena, rubia, de anchas caderas y de sonrisa dulce, y muy atractiva si tenía que ser sincera. Llevaba unos libros en la mano, parecía que esa había sido su elección.

—Pues mira me llevo estos, parecen muy entretenidos.

—Creo que te gustarán, tienes quince días para leerlos. Como siempre.

—Estupendo, pues anda, me voy que he dejado la panadería cerrada media hora y me voy a quedar sin clientes.

Así que era la dueña de la panadería. No se habían percatado de mi presencia ninguno de los dos. Tuve que saludar para que me vieran.

—Hola —los dos se giraron.

—Hola Andrea, ¿no se conocen verdad?

—No tengo el gusto —dijo ella.

—Andrea Herrera de La Casa Grande, Luisa Mira.

—Encantada —dije yo.

—Igualmente, usted es la hija de Esperanza ¿verdad?

—Sí —creía que me miraría aterrada como hizo Doña Marcela la primera vez que supo de mi identidad, pero no, parecía interesada en conocerme.

—Imagino que habrá venido para conocer el lugar donde nació.

—Sí, supone bien.

—¿Sabe qué? Tiene que venir un día a mi casa, una tarde, mi madre fue una gran amiga de la suya.

—¿En serio? Me encantaría conocerla, estoy intentando saber más de mis padres a través de la gente que los conoció. Será un placer aceptar su invitación.

—Me temo que mi madre ya no vive, pero yo puedo contarle muchas cosas. Vivimos encima de la panadería, venga cuando quiera.

—Muchas gracias. Y siento lo de su madre.

—No se preocupe, estaba delicada del corazón. Me voy que tengo prisa, les dejo, hasta luego —se fue y nos quedamos solos.

—¿Quería algún libro? —me preguntó Andrés.

—Bueno, no exactamente, pero creo que miraré alguno, no hay muchas cosas que hacer por

aquí.

—Mire los que quiera.

—Muy bien.

Lo dejé sentado tras una mesa tecleando en su ordenador. Llevaba puestas unas gafas de pasta negras que le daban un aire muy interesante. Me animé a buscar algún libro con el que entretener las horas muertas. Estuve hojeando algunos y encontré uno en la sección de esoterismo que me pareció curioso. Trataba sobre los espíritus que habitaban en casas. Me llamó la atención y lo cogí. No sabía si me serviría de algo, pero a lo mejor me daba alguna información sobre lo que pasaba en mi propia casa. Levanté la vista un momento, le miré y continuaba enfrascado en la pantalla del ordenador. Un rizo le caía por la frente y me fijé en que ya tenía algunas canas. Me quedé observándole; tenía una mano sobre el ratón, ¡qué mano!, grande y surcada de grandes venas azules. ¿Qué se debía sentir siendo acariciada por ella? Podía imaginarlo. ¿Serían delicadas o violentas aquellas manos? Cerré los ojos imaginándolas sobre mi cuerpo, y de pronto me percaté de que mis senos respondían a las imágenes de mi cerebro. Tenía los pezones erectos y una fuerte sensación de humedad entre las piernas. ¿Por qué me sentía así? ¿Por qué repentinamente mi cuerpo me gustaba aquella mala pasada? Empecé a sudar, a desear no estar allí, en ese momento. Hubiera deseado estar sola en mi habitación, pero estaba allí, a pocos metros de distancia de él. ¡Y él era el culpable de mis sensaciones!

Abrí los ojos y lo encontré con su mirada clavada en mí. Eso me terminó de avergonzar. Sentí mis mejillas arrojadas y no pude hacer otra cosa que disimular mi estado como pude.

—¿Ya ha elegido el libro? —me acerqué hasta donde él estaba y se lo entregué. Me miró con curiosidad.

—Una elección acertada en su caso.

—No es que crea que me vaya a ayudar mucho, pero tengo curiosidad.

—Ya veo, tengo que hacerle el carné de socia. ¿Me deja su DNI?

—Claro —rebusqué en el bolso para coger la cartera y cuando fui a sacarla algo cayó de él y fue a parar sobre la mesa. Cuando vi lo que era por poco sufro un infarto.

—Creo que esto es suyo —me dijo tendiéndome un preservativo. ¿Desde cuándo estaba aquello en mi bolso? Yo ya no compraba aquello, de hecho nunca llegué a utilizarlo. ¡Dios mío! Claro que el bolso que llevaba era bastante antiguo, regalo por cierto de mi ex novio y aquello llevaba allí siglos. Creí que iba a morirme. Me dirigió una mirada que por poco me desmayo, pícaro y lascivo. ¿O solo lo estaba imaginando? Lo cogí y en vez de meterlo de nuevo en el bolso, divisé una papelería a mi lado y lo tiré allí. Me miró sorprendido y me espetó:

—Nunca se sabe cuándo puede ser de utilidad, yo de usted no lo hubiera tirado.

—Ya, no creo que esté en condiciones, lleva siglos en mi bolso.

¿Por qué habría dicho aquello? Le acababa de insinuar que no tenía vida sexual, ¡anda que

era idiota!

—Bueno, ¿me da su DNI?

—Claro tome —esperé impaciente mientras me hacía una ficha.

—¿Tiene alguna foto?

—¿Tamaño carné?

—Sí.

—Me parece que llevo alguna en la cartera —la abrí otra vez y la encontré. Lo malo era que estaba horrenda en aquella foto. Pero daba igual, ¡qué más daba! no podía hacer el ridículo más ya.

—Tome —la cogió y la pegó en la ficha.

—Ya está, ya tiene el carné.

—Muy bien 15 días para devolverlo ¿no?

—Sí y puede renovarlo.

—Perfecto —me dio el libro y lo introduje en el bolso.

—Andrea.

—¿Sí?

—¿Qué tal su conversación con el Padre Jaime?

—Bien, aunque no ha sido muy útil.

—¿Le habló de mí?

—¿Por qué iba a hablarme de usted?

—En este pueblo no tengo muy buena fama.

—¡Ah ya!

—O sea que sí.

—Sí, pero no doy mucho crédito a las habladurías, además no me interesa lo que usted haga en su vida privada.

—¿Qué es lo que le ha contado?

—Preferiría no repetirlo.

—¿Por qué?

—Porque me resulta incómodo.

—No se haga una idea equivocada de mí.

—No me hago ninguna idea, no se preocupe, pero quizá lo que he tirado a la papelera le haga más falta a usted que a mí —¿por qué había dicho eso?, ¿estaba loca o qué? Pero las palabras me salieron así, espontáneamente.

—Veo que ya se ha formado una opinión de mí.

—Perdone, no quería decir eso.

—Pero lo ha dicho.

—Lo siento —no sabía cómo salir de aquella situación. Estaba avergonzadísima. ¿Cómo podía haber salido esa frase de mis labios? Se había levantado de la mesa y me miraba enfadado. Los ojos le echaban chispas. Tuve que bajar la vista y la centré en mis zapatos.

—Míreme —casi me ordenó. Levanté la mirada. Las venas de sus sienes parecían a punto de explotar.

—No sé si también le habrá contado lo mal que lo he pasado estos últimos años.

—Sí, me contó lo de su mujer, lo siento de verdad.

—Nada de lo que le haya contado ese cura puritano es cierto. Se cuenta que por las noches me voy de putas ¿no es eso lo que le ha contado?

—Sí —pude acertar a decir. Su tono de voz se iba haciendo progresivamente más amenazante.

—Pues no es eso lo que hago cuando voy a Córdoba. Voy al cine, al teatro, salgo con algunos amigos. Como verá este maldito pueblo no tiene muchas distracciones.

—Sí, lo sé. Perdone, no hace falta que se explique, no tiene que darme ninguna explicación sobre lo que hace o deja de hacer.

—No, pero es que quiero hacerlo. ¿Sabe lo que es que la vida te arrebate al ser que más quieres en este mundo? Mi mujer era muy joven, no tendría más años que usted cuando falleció. Estaba en la flor de la vida y me fue arrebatada. ¿Sabe lo que es criar una niña solo, sin una madre?

—Imagino que habrá sido duro. Yo también he perdido al ser que más he querido en este mundo, a mi abuela que ha sido la única madre que conocí. No tengo ningún familiar, nadie, sé lo que es crecer sin padres, puedo imaginar lo que siente.

—Toda la gente de este pueblo debería ocuparse de su propia vida en vez de ir cotilleando sobre la de los demás.

—¿Por qué sigue aquí?

—No sabría vivir en otro lugar, me crié aquí, tengo un empleo tranquilo que me deja mucho tiempo libre para hacer lo que realmente me gusta: escribir.

—¿Usted escribe?

—Sí, libros infantiles. Hay algunos míos publicados en esa estantería de ahí —me acerqué y los vi. Cogí uno del estante y leí el título: “El Jardín encantado” de Andrés Alcántara.

—¿Podría llevármelo?

—Claro, ¿le interesa?

—Me gustaría leerlo, no se conoce todos los días a un escritor, ¿hace mucho tiempo que

escribe?

—Ya algunos años, mi mejor crítico es mi hija y le gustan mucho.

—Seguro que son buenos —parecía que el ambiente se distendía un poco. Su expresión era algo más relajada.

—Andrea, siento haber sido tan brusco.

—No importa, yo tampoco he estado muy afortunada.

—No se preocupe.

Tras disculparnos mutuamente estuvimos largo rato hablando de literatura, afición que teníamos en común. Cuando llegó la hora de comer nos despedimos y yo regresé a la pensión. La conversación con Andrés, pese a todo, había sido muy interesante. Compartíamos el gusto por la lectura, éramos lectores voraces y nos apasionaba hablar de ello. Su afición por la escritura había sido toda una sorpresa, pero estaba segura, que en el fondo aquel hombre era pura sensibilidad y que tenía otros muchos talentos en su interior. Descubrir que habíamos leído los mismos libros, aunque no tuviéramos la misma opinión sobre ellos... y que nos brillaban los ojos de la misma manera cuando recitábamos los poemas de Bécquer...era muy reconfortante, porque teníamos gustos parecidos. Bécquer era mi poeta favorito aunque había tantos otros que también me habían hecho vibrar de emoción. Me había sorprendido mucho lo cultivado que era aquel hombre.

Me había dejado algunos libros a parte de aquel suyo, un poemario de Neruda y un par de novelas que prometían mucho. Tenía tiempo más que suficiente para leer.

Aquella tarde la pasé leyendo aquel cuento infantil. Tenía mucha gracia y seguro que haría las delicias de más de un niño. Pronto se hizo de noche y tuve que bajar a cenar. Esta vez solas, frente a frente, Doña Marcela y yo. Estuvo poco habladora como era natural en ella, así que tras tomar el postre me retiré a mi dormitorio. Aquella noche volví a dormirme pronto, no sé qué me ocurría, pero nunca había dormido tan bien como desde el día en que llegué allí. Dormía de un tirón, sin despertarme ni una sola vez y aquello me sorprendía. Nunca había tenido el sueño fácil y ahora era divino poder dormir así.

CAPÍTULO 4

Pasaron varios días que pasé haciendo un estudio a la casa. Pensando en cómo me gustaría arreglarla, en qué reparaciones debía hacer... Debía dar de nuevo la luz, el agua, el gas... y ver cómo funcionaban las tuberías. Después de tanto tiempo quizás hubiera que cambiarlas. Limpiar la casa a fondo, ya que el polvo estaba presente en todas partes. Estaba segura de no poder limpiarla yo sola así que contrataría a alguien que me ayudara a hacerlo. Decidí una mañana ir al pueblo de al lado que estaba a 20 kilómetros donde contraté una asistenta, unos pintores, también un albañil y un cristalero. Las obras empezarán el día diez. Estaba ansiosa por empezar pero esperaba que no salieran corriendo si hacía acto de presencia algún espíritu inoportuno.

La noche anterior al día nueve de noviembre no dormí bien. Tuve pesadillas y pasé la mayor parte de la noche despierta dando vueltas en la cama. Al despuntar el alba conseguí conciliar el sueño para despertarme sobre las once con el ruido de las campanas de la iglesia. Cuando fui consciente de lo que significaban aquellas campanadas me quedé atónita. Las campanas tañían por un difunto. El corazón me dio un vuelco. Salí disparada de la cama y empecé a vestirme precipitadamente. Bajé las escaleras corriendo y cuando llegué hasta la cocina vi a Doña Marcela sentada, con una taza de café en la mano y la mirada perdida.

—Buenos días Doña Marcela, ¿qué ha pasado? —pregunté temiendo la respuesta.

—Lo que tenía que pasar, hoy es el día y usted está aquí.

—¿Quién ha muerto?

—Rosario, el padre del bibliotecario, fue el médico del pueblo hasta que se jubiló.

Me quedé atontada. Pero eso no podía ser, no podía deberse a la maldición. Él era hijo de la gitana, tenía que ser una coincidencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido esta mañana, a primera hora. Fue a comprar el pan y le dio un infarto en la panadería. Mañana a las cuatro es el entierro. Ni se le ocurra aparecer por allí —sentenció.

—Pero este hombre era mayor, puede haber muerto porque era su hora, no creo que la maldición y el que yo esté aquí tengan nada que ver.

—Es día nueve y cada mes de noviembre sucede algo. Normalmente podían ser hasta cuatro o cinco personas el mismo día. Los últimos años solo una y el pasado no sucedió nada. Usted debe irse. No juegue con la maldición, la gente del pueblo no la mirará ni a la cara. Váyase.

Pensé en Andrés y en su hija. ¡Qué duro golpe para ambos! Pero estaba segura que él no podía pensar que yo hubiera acelerado los acontecimientos. Mi presencia de ninguna manera podía haber provocado su muerte. Salí de la cocina y me dirigí hasta su casa. Llamé a la puerta, quería presentarle mis respetos y darle el pésame. No había nadie. Debía estar en la funeraria. Paseé por el pueblo y por vez primera sentí las miradas acusadoras de aquella gente. Iba por la calle y la gente salía de sus casas a mirarme. Desde los balcones percibía cómo me señalaban, ¡nunca había visto tanta vida en aquel pueblo! Casi nunca veía gente en la calle. Vivían muy dentro de sus casas, y aquel día tuve la oportunidad de ver cómo el pueblo entero salía de su caparazón para señalarme como la única culpable de aquella desgracia.

Me sentí sola y llena de rabia ya que yo no había provocado nada. Yo era inocente y aquellas miradas transmitían tanto rencor que no podía más que sentir lástima por esa gente que me rechazaría aún más de ahora en adelante. Acabé refugiándome en el único lugar donde me sentía segura, al menos estaba fuera del alcance de la amenazadora mirada de todo el pueblo. Mi casa, La Casa Grande. Fui directamente a la biblioteca y me senté en un sillón. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Sentí de pronto una gran pesadez sobre mis párpados que querían cerrarse y un gran cansancio. No sé cómo pero me dormí. Cuando me desperté, creí estar soñando.

La casa estaba iluminada, sonaba música en algún tocadiscos y podía oír las voces animadas de gente charlando en el salón. Me asusté de veras, pero me incorporé para verlo con mis propios ojos. Abrí la puerta que daba al salón y pude verlos con toda claridad. A mis padres, hablando y besándose apasionadamente. Parecían de carne y hueso. Me quedé sin habla. No parecían advertir mi presencia. Continuaban diciéndose ternezas. Toda la habitación estaba decorada con motivos navideños. Estaban en Navidad. De pronto entró Antonio en escena. Se unió a ellos entregándoles sendas copas de champán. Brindaron. Se abrazaron y besaron entre ellos. Repentinamente entró en el salón otra persona que no pude reconocer porque llevaba un sombrero ladeado que le ocultaba la cara. Iba vestido de calle, con un abrigo. No dijo nada, solo les disparó a sangre fría a uno tras otro. Vi sangre por todas partes, las expresiones de horror de ellos mientras caían al suelo y las copas haciéndose añicos. De pronto todo desapareció y el salón continuaba vacío, en tinieblas y en silencio. No podía creer lo que había visto, era absolutamente real, como si estuviera en aquel entonces, como si hubiera presenciado sus muertes. No fue mi madre, ni ninguno de ellos, fue un desconocido que se cebó con ellos por algún motivo que desconocía.

Por eso estaba allí, para descubrir quién los había matado. Ellos me estaban dando pistas, de alguna manera mi madre quería limpiar su nombre. ¿Por qué todo el mundo pensaba que mi madre los había matado para posteriormente suicidarse? No lo sabía, quizás era la explicación más plausible. No pudieron imaginarse que pudiera haber otra persona decidida a quitarlos de en

medio, alguien que los odiara de tal forma que tomó la decisión equivocada. Pero, ¿quién sería? Estaba segura de que era un hombre. Vestía como tal pero además era demasiado alto para ser una mujer. No lo había pensado hasta el momento, acudir a la policía, averiguar quién llevó el caso entonces y si todavía vivía. Era una forma de descubrir al asesino. La policía sabría algo. Tendrían archivos, alguna cosa que pudiera ayudarme a conocer la identidad de aquel desconocido. Iría ahora mismo al cuartelillo del pueblo de al lado que era mucho más grande y que era el único municipio con cuartel de la Guardia Civil de la comarca. Fui a la pensión donde tenía aparcado mi coche y me puse en marcha pues el pueblo estaba a 20 kilómetros. En cuanto llegué a mi destino pregunté a una mujer que encontré por la calle paseando a su perro dónde estaba el cuartel. La buena señora, muy amable, me indicó cómo llegar.

El edificio en cuestión era un edificio de dos plantas, pintado de color beis y que parecía haber conocido mejores años. Se notaba que ya estaba un poco antiguo. Le hacía falta una mano de pintura. Saludé al sargento que estaba en la puerta y entré. Había una mujer morena ya entrada en años en el mostrador de la entrada y le pregunté si podía ayudarme. Me pidió que esperara y al cabo de diez minutos un hombre de mediana edad me salió al encuentro. De un metro setenta y cinco de estatura, cabello cano, ojos azules y una mirada perspicaz que me inducía a confiar en él. Iba de uniforme, cómo no.

—Buenos días señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

—Buenos días, me llamo Andrea Herrera.

—De La Casa Grande me figuro, de La Ciudad de las Viudas.

—Sí, la hija de Esperanza Herrera.

—Han pasado muchos años desde que ustedes se fueron.

—Sí 31 exactamente.

—¿Qué es lo que quiere pedirme?

—¿Recuerda la noche del 24 de diciembre del 74? ¿Llevó usted el caso?

—Sí, junto al entonces capitán Mejía. Yo era su ayudante. Estaba empezando en el cuerpo. Lo recuerdo perfectamente. Tuve que acudir a su casa a las dos de la madrugada, nos llamó su abuelo. Los había encontrado muertos a los tres en un gran charco de sangre. Era mi primer caso importante y el primero de asesinato.

—¿Qué es lo que encontró allí?

—A parte de tres cadáveres, cuando hicimos la autopsia encontramos las balas, los mató con un rifle de caza.

—¿Quién los mató?

—Todo el mundo sigue creyendo que fue su madre pero yo sigo pensando que no.

—¿Por qué?

—El arma homicida no estaba por ninguna parte y la trayectoria de las balas en el cuerpo de su madre no las hizo una suicida. Fueron disparos a quemarropa. Alguien los mató pero no pude averiguar nada, no encontré nada, ni una huella. Me harté de interrogar a todo el pueblo, a su familia, a sus abuelos que solo me dijeron que los habían encontrado así al llegar de una fiesta en casa de unos amigos. La criada esa noche libraba.

—¿Quién hizo la autopsia?

—Rosario Alcántara, supongo que se ha enterado.

—Sí, ha fallecido esta mañana, espero que no piense que es culpa mía. ¡Si que llegan rápido las noticias!

—Ha tenido que ir el médico de nuestro pueblo a certificar la defunción. Es lógico. Y por eso no se preocupe, en esta vida todo tiene una explicación, Rosario padecía del corazón. Ha sido algo natural, aunque ya sabe que allí la gente es muy supersticiosa.

—Lo sé —si la autopsia la había hecho Rosario él sabía que mi madre no podía haberlos matado. ¿Por qué me dijo que había sido ella? Ya no podría preguntárselo.

—¿Por qué le interesa algo que pasó hace tanto tiempo?

—Llegué a aquí hace unos días y me enteré del suceso. Mi abuela nunca quiso contarme cómo murieron mis padres. Cuando supe que mi madre era una asesina imagínese cómo me sentí.

—Ya, pues no puedo decirle nada más, solo que su madre no lo hizo, ni ellos tampoco. Alguien externo a la casa lo hizo, pero no me pregunte quién. Lo ignoro. Perdona creo que no me he presentado: Salvador Basteiro para servirla.

—Encantada, ¿le gustan los retos?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Estoy segura de que se quedó con las ganas de saber quién lo hizo.

—Pues sí.

—¿Le gustaría ayudarme a averiguarlo?

—¿Qué dice? Han pasado 31 años.

—Lo sé, pero yo no me iré de aquí hasta que descubra al asesino de mis padres.

—Tiene pinta de ser muy terca.

—¡No sabe usted cuánto!

—¿Qué me propone?

—Cuento con una forma de saber cosas sobre el pasado. Si le digo que esta mañana he presenciado el asesinato de mis padres, ¿me creería?

—¿Está usted loca?

—La casa está encantada y se me aparecen escenas del pasado. Vi el asesinato de mis padres en directo. Un hombre alto con un sombrero y un abrigo les disparó a bocajarro. No pude verle la

cara.

—¿Se está burlando de mí?

—No, nada más lejos de mi intención, lo que le cuento es totalmente cierto pero debe quedar entre usted y yo.

—Está bien. Creo que aún guardamos los archivos de entonces. Si me dice cómo iban vestidos empezaré a creer lo que dice.

—No hay problema.

—Acompáñeme —lo hice y subimos unas escaleras hasta la primera planta. Allí me llevó hasta una habitación llena de ficheros. Abrió uno y sacó una carpeta. La abrió y volvió a hacerme la misma pregunta.

—¿Cómo iban vestidos? —se los describí con tanta perfección que el hombre se quedó sin habla.

—Andrea es usted una bruja.

—No, es la casa. No soy yo. ¿Puedo ver lo que hay en la carpeta?

—Las fotografías no son muy agradables.

—No importa.

—Tome —me pasó el portafolios y los vi. Desde diferentes ángulos, las caras desencajadas, sangre por todas partes. Después leí las conclusiones de la autopsia. No saqué nada en claro, sólo un detalle no me pasó desapercibido y es que en un apunte de Salvador, leí que les dio sepultura el sacerdote del pueblo de al lado y no el Padre Luján.

—Salvador, ¿por qué no ofició el Padre Luján el entierro?

—Si quiere que le diga la verdad el Padre no podía ver ni a Carlos ni a Antonio. Todo el mundo sabía lo qué eran, maricones ya sabe, se negó en rotundo a darles sepultura aunque él sentía gran afecto por su madre.

—¿Mucho afecto?

—Bueno, ella iba mucho a la iglesia. Se les podía ver a menudo dando largos paseos por el pueblo, se llevaban muy bien.

—¿Qué años tenía entonces el Padre?

—Era muy joven, no tendría más de 30 años y muy apuesto por aquel entonces.

—¿Qué insinúa?

—No sé, ¿no le parece extraña una relación tan estrecha?

—Pues no sé.

—¿Dónde estuvo el Padre esa noche?

—Tuvo que darle la extremaunción a un anciano, recuerdo solo eso, pero mire, deben estar aquí las transcripciones de los interrogatorios que hice —echó mano de nuevo al fichero y sacó

otra carpeta, allí estaban, era genial, lo que yo necesitaba.

—Aquí tiene —me lo entregó. Pasé un sin fin de hojas hasta que encontré lo que buscaba. Tuvo que atender a las 12:30 a aquel anciano, el crimen se había cometido a la 1:30 según certificaba Rosario y según el sacerdote ya estaba en casa a esa hora. ¿Pero quién podía probar que realmente estaba en su casa en el momento del crimen? Nadie.

—Andrea, ¿de verdad cree que pudo haber sido él?

—¿Conoce usted a alguien en el pueblo que viviera por aquel entonces y midiera 1,90m por lo menos?

—Está el Padre, es el más alto y Rosario por supuesto —era cierto Rosario tenía una estatura parecida. Pero ¿qué motivos podrían tener para hacer aquello? ¿Se podía matar para después tener que realizar una autopsia? ¿Y el Padre por qué lo haría? ¿Podía haberse enamorado de mi madre? ¿Sabía él lo que pasaba en la casa? Odiaba a Antonio y a Carlos y era un puritano como lo había llamado Andrés. Aunque era normal siendo sacerdote. ¿Quizás quiso terminar con tanto pecado? Pero un cura predicaba el amor a Cristo, el amor a la vida, no a la muerte. Pero era un ser humano después de todo, susceptible de las mismas pasiones, de los mismos pecados que cualquier otra persona.

—Salvador ¿el Padre Jaime practicaba la caza?

—Casi todo el mundo por aquí. Podría encontrar una escopeta en cualquier casa.

—Tenemos dos sospechosos: Rosario y el padre Jaime. Ambos medían 1,90m y uno de ellos está muerto. ¿Podría llevarme las transcripciones? Se las devolveré mañana se lo prometo.

—Está bien, después de haberlo leído todo si saca alguna conclusión importante me mantendrá informado ¿verdad?

—Sí no se preocupe, muchas gracias.

Salí de allí muy contenta. Estaba segura que uno de aquellos dos hombres era el asesino. Pero parecía increíble. Había conocido a Rosario y me había parecido tan buena persona, y era médico, debía ayudar a curar, no a morir. Pero, ¿por qué si querían simular un suicidio no dejaron allí el arma homicida? No tenía sentido.

Aquella carpeta entre mis brazos me quemaba. Deseaba leer todas las transcripciones; una por una. Llegué a la pensión y comí rápidamente para echarles un vistazo. Pero se me hacía tarde, la tarde anterior había quedado con María Luisa la panadera para tomar un café en su casa. Desde que me dijera que su madre y la mía habían sido grandes amigas tenía curiosidad por conocerla. Quizás podría aportarme alguna información que me sirviera de ayuda para la investigación que estaba realizando. Me puse el anorak verde y una bufanda del mismo color y los guantes puesto que ese día hacía un frío que pelaba. Caminé calle abajo hacia la panadería que en ese momento estaba cerrada. Abría a las cinco y media. Eran las cuatro. Subí al piso de arriba donde vivía María Luisa con su hijo Alberto. Un muchacho de catorce años que tenía un pequeño retraso mental. Admiraba a su madre por cuidar de él y quererlo tanto tras un divorcio

un tanto difícil. El padre se había lavado las manos y no le pasaba ningún dinero y ni siquiera compartía la custodia porque no quería saber nada del chiquillo. Hay padres que son unos desnaturalizados pensaba yo en ese momento. Con lo dulce que era Alberto. Siempre con una sonrisa en la boca. Ayudaba a su madre en la panadería cuando no estaba en el colegio. Todo eso lo sabía yo por el Padre Luján que me lo había comentado el día anterior.

Llamé a la puerta y enseguida me abrió María Luisa. Una mujer que desplegaba todos sus encantos en cuanto abría la boca. Una sonrisa preciosa y un carácter afable y dulce. Se notaba a quien había salido el niño. Al mastuerzo de su padre no, seguro.

María Luisa me hizo pasar a un pequeño piso decorado con muebles rústicos pero con muy buen gusto. Se estaba calentito allí dentro. Llegaba de la chimenea el calorcito del hogar. Me hizo pasar a un pequeño saloncito donde ya estaba preparada una bandeja con el servicio de café. Las paredes estaban pintadas de color ocre y había un sofá beis que combinaba muy bien con la mesa de centro de madera de pino y unos sillones de orejas del mismo tono. Me invitó a sentarme y estuvimos hablando durante un largo rato sobre nuestras madres. Su madre y la mía habían sido amigas íntimas según lo que contaba ella. Mi madre se había sincerado con la suya y le había contado lo que sucedía en la casa. Sabía que los tres eran muy felices juntos y Catalina, la madre de María Luisa, se había escandalizado y había dejado de tener relación con mi madre por tal hecho. Le parecía una relación anti natura y habían dejado de verse y hablarse. Toda la vida se había arrepentido de ello después de lo que pasó. Cuando se enteró de la muerte de su mejor amiga se arrepintió de no haberse mostrado con ella más comprensiva. Y llevó esa espinita clavada en el alma hasta su muerte pues nunca llegó a tener otra amistad tan buena como la de mi madre. Pero según me contó esa tarde María Luisa, Catalina nunca había creído la verdad oficial de los hechos. Que hubiera sido mi madre la autora de aquel crimen. Se querían los tres. ¿Por qué habría de matar a los hombres que ella amaba? Aquello no casaba con la información que ella tenía. Fue interrogada por el Capitán Mejía y el entonces sargento Basteiro y les contó lo que sabía. Por eso Basteiro estaba tan seguro de que mi madre no los había asesinado.

Otra cosa que me dejó boquiabierta que María Luisa me contara esa tarde fue que mi madre se sentía muy culpable por lo que hacía, pues a pesar de todo era una mujer católica y sabía que lo que hacía no estaba bien. Además salió otro personaje a relucir que yo no conocía. Un primer novio de mi madre que había estado obsesionado con ella a raíz de que ella le dejara. Y lo mejor de todo es que ese primer novio era hermano de Andrés. Aquello ya me descolocó. Yo no tenía ni idea de que Andrés tuviera hermanos. Nunca había hecho mención de ello. También era verdad que apenas nos conocíamos.

Cuando le pregunté por la estatura de Alejo, el hermano de Andrés, y me dijo que andaba cerca de los dos metros ya tuve a mi tercer sospechoso. Era alto. Había salido con mi madre y estaba obsesionado con ella. Podía haberlo hecho él. Según María Luisa el hermano de Andrés era un poco raro, huraño y habían empezado a salir con ella porque Andrés le pidió el favor de

que ayudara a Alejo a aprender a leer. Nunca se le había dado bien la escuela. Y no le gustaba estudiar. Además tenía un problema: era disléxico. Por eso no se aclaraba con las letras. Como Rosario era un buen amigo de Don Francisco Herrera, el padre de Esperanza, le pidió a este si su hija podía darle clases particulares aquel verano. Lo que sucedió fue que Alejo se enamoró perdidamente de su maestra pues tenían una edad similar y mi madre debió de sentirse atraída por él, por su estatura, su robustez y porque probablemente sentía cierta ternura por aquel hombre que parecía tan adulto pero que al mismo tiempo era tan sensible como un niño. Según María Luisa el hermano de Andrés le escribía unas poesías muy dulces aunque se equivocaba muchas veces con las letras y eso a mi madre le hacía mucha gracia. Por lo visto el primer beso que recibió mi madre fue debajo de un árbol en un pinar que había a las afueras del pueblo. Empezaron a salir juntos una temporada, hasta que por lo visto mi madre se cansó de aquel chaval tímido, que le escribía poesías, al mantener las primeras relaciones carnales con su hermano.

Por lo visto Alejo a pesar del matrimonio de Esperanza, mi madre, siguió enamorado de ella y su estado civil no le arredró para que siguiera observándola y de vez en cuando abordándola por la calle. Esperanza se cansó de que continuamente le llevara flores a su casa y le dijera cuánto la quería, pero no conseguía quitárselo de encima, hasta que un día Antonio, su marido, entró en escena y tuvieron una escenita muy desagradable que fue comentada en todo el pueblo. Alejo le había llevado flores y el regalo fue observado por Antonio desde una ventana de la casa y este en un ataque de celos la emprendió con él a puñetazos. Desde entonces no se volvió a ver a Alejo rondar la casa. Toda esta información me dejó de piedra y cuando salí de su casa y me despedí de mi anfitriona, le di las gracias y le pedí que nos reuniéramos algún que otro día a tomar un café en el bar del pueblo.

Regresé a la pensión y estuve el resto de la tarde revisando los apuntes de las transcripciones del informe que el Teniente Basteiro me proporcionara, y dándole vueltas a si sería Alejo, el hermano de Andrés, el asesino de mis padres. El Padre Luján no me cuadraba. Y Rosario menos. Alejo parecía tener más motivos. Había tenido una relación sentimental previa con mi madre. Pero el Padre había tenido una estrecha amistad con mi madre, fruto seguramente de la culpabilidad que ella sentía por lo que estaba haciendo y fruto también de la educación religiosa que había recibido y de ser una feligresa muy devota.

El Padre era un muchacho apuesto por aquel entonces. ¿Pudieron haberse sentidos atraídos? No creo que fuera el caso de mi madre sino más bien al revés. ¿Sabría el Padre lo que pasaba en la casa? ¿Se lo habría confesado mi madre? Creía fervientemente que en el caso de que lo hubiera sabido el Padre habría rechazado volver a verse con mi madre. Parecía un hombre a la antigua usanza. No creía que tras conocer todo eso hubiera seguido en contacto con mi madre. ¿Y cómo se habían conocido mi madre y Antonio? Volví a las cartas y al diario de mi madre. En una de las entradas del diario mencionaba la tarde en que Antonio entró en su vida.

“Esta tarde viene un amigo de mi hermano a casa. Se conocieron en la universidad. Tiene mucho interés en que lo conozca. Dice que es muy simpático y que me caerá muy bien. No para de hablarme de él desde hace un tiempo. Siempre habla maravillas de él. Estoy un poco celosa.”

En otra página decía:

“Antonio es muy guapo. Casi más que Carlos. Es muy agradable y muy educado. Todo un caballero. Y además es muy culto. Estuvimos hablando toda la tarde de literatura. De hecho hubo un rato en que Carlos nos dejó solos en el salón con la excusa de que tenía que ayudar a nuestra madre en el jardín. Creo que quería que nos conociéramos mejor. Hay que ver cómo me miraba. Creo que le gusto. Y no sé qué pensar de eso. Se queda a pasar una semana en casa. Mis padres se van mañana a pasar unos días a casa de mi tía Agripina y nos quedaremos los tres solos. Me asusta lo que pueda pasar.”

Varias páginas después comentaba:

“Esta noche he ido al cuarto de Carlos aprovechando que mamá no está. Pero no estaba preparada para lo que encontré allí. Carlos y Antonio juntos, en la cama, besándose y haciendo cosas que estoy segura Dios no aprobaría. Aunque tampoco creo que aprobara lo nuestro. Cuando mi hermano se percató de mi presencia me pidió que me uniera a ellos. Salió de la cama y me tomó de las manos. Me dio un beso. Y yo le dije que no. Que aquello no estaba bien. Que eso que hacían era de invertidos. Antonio me miró de una manera inconfundible, lasciva. Salió de la cama y se puso tras de mí. Soltó mi pelo que estaba peinado en un moño y dejó mi cabello suelto alrededor de los hombros. Me besó en la mejilla. Luego en la nuca y después en los labios. Quise irme de allí, escapar, pero era como si mis pies estuvieran pegados al suelo. Sus caricias eran como una droga. Empezó a acariciarme por encima de la ropa. Sentí su aliento entrecortado sobre mi nuca y su sexo enhiesto pegado a mi trasero. Quise gritar. Escapar. Pero en el fondo me gustaba lo que me hacía sentir, estaba tan excitada que dejé que aquello pasara. Me despojó de mi ropa y me hizo el amor delante de mi hermano. Mi hermano nos miraba disfrutando de la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Me hizo suya. Y fue tan fantástico o más que con Carlos. Cuando creí que no podría soportar tanto placer, mi hermano se unió a nosotros en la cama y empezaron a besarse y a tocarse y ambos me tomaron uno detrás del otro.”

No podía creer que mi madre hubiera podido tener esa relación con ambos. Estaba alucinada y también escandalizada. Era increíble. Cerré el cuaderno porque me ponía en un estado que me repugnaba. Me había excitado y no pude evitar masturbarme de nuevo algo que odiaba pues mi abuela me enseñó que aquello estaba mal. Cuando hube terminado me metí en la ducha y me

restregué la piel con tal fruición como si estuviera sucia de veras. Odiaba necesitar aquello. Y más odiaba desear al hombre que me hacía sentir así, a Andrés. Ya que cuando lo hacía siempre era su cara la que imaginaba y siempre era su cuerpo el que yo acariciaba en mi mente. Siempre eran sus manos las que me hacían casi gritar de placer y su miembro el que me penetraba. ¡Ojalá nunca hubiera ido allí! Todo lo que estaba conociendo sobre mi familia era repulsivo y anti natura. Era normal que mi abuela me hubiera sacado de aquel pueblo enseguida. Yo hubiera hecho lo mismo. Cuando conseguí relajarme bajé a cenar y cené con rapidez pues no me apetecía mantener conversación alguna con Doña Marcela dado lo que había acontecido ese día. Al día siguiente por la tarde era el entierro y el funeral de Rosario. Temblaba de pensar cómo me mirarían en la iglesia, como la culpable, la causante de aquella desgracia. Pero tenía que ir. Por Rosario, por Andrés y por la niña. Me acosté temprano y cuando me levanté la mañana siguiente dediqué toda ella a llamar al personal que necesitaría para la reforma de mi casa. Apenas probé bocado porque estaba muy nerviosa por el funeral. Cuando se hicieron las 15.30 me vestí de negro con un traje chaqueta pantalón y unas botas de piel del mismo color y tras enfundarme el abrigo azul marino salí de la pensión con los nervios a punto de hacerme vomitar.

Cuando llegué allí respiré profundamente y entré en el templo. El Padre Jaime oficiaba el funeral y el difunto estaba de cuerpo presente; el ataúd abierto, mostrando a un Rosario tranquilo y muy apuesto, lo habían dejado hecho un figurín. Llevaba un traje azul marino, con una camisa blanca y una corbata granate.

Todo el mundo se dio la vuelta y me miró. Quería que me tragara la tierra. Pero les devolví la mirada, la cabeza alta, estaba dispuesta a dar mucha guerra. Andrés estaba en la primera fila con su hija. No comprendía cómo la había llevado allí, era demasiado pequeña.

La misa transcurrió rápida. La costumbre en aquel lugar era despedirse del difunto. Acercarse al ataúd y darle un beso en la frente. No sabía si sería capaz de hacerlo. Tuve que hacer una larga cola hasta que me encontré delante del féretro. En vez de besarle en la frente puse mi mano en su regazo, rocé sus manos con las mías, su piel estaba tan fría como un témpano. De pronto sentí un escalofrío que me estremeció de arriba a abajo, una imagen vino a mi mente, él, en la mesa de la autopsia, besando a mi madre en los labios. Fue como un rayo, como vino desapareció, pero me quedé anonadada, petrificada, sin poder alejar mis manos de las suyas. El mismo Andrés se acercó para apartarme de allí.

Salí de la iglesia casi sin percatarme, aquella imagen me la había transmitido Rosario, pero ¿cómo era posible? solo tocándolo. Era gitano y debía tener algo de su madre. ¿Estaba enamorado de mi madre? En aquellos momentos mi mente era pura confusión, no sabía qué pensar. No fui capaz siquiera de darle el pésame a Andrés. La comitiva funeraria se alejó hacia el cementerio pero yo no fui tras ellos. Me quedé parada a la salida de la iglesia, como atontada. Cuando conseguí pensar con claridad regresé a la pensión. Doña Marcela estaba en el sepelio. Subí a mi cuarto pero no podía permanecer allí de brazos cruzados y decidí darme una vuelta por

el pueblo. Resolví esperar a Andrés en su casa, quería darle el pésame. Esperé sentada en los escalones de la entrada. Tuve que esperar un buen rato. Casi una hora. Cuando los vi aparecer, a él y a la niña, la cabeza baja, la niña hecha un mar de lágrimas, pensé que quizás no era un buen momento. Pero ya que estaba allí aprovecharía la ocasión.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó cuando llegó a mi lado.

—Solo quería darte el pésame, en la iglesia he sido incapaz de dártelo. Siento mucho lo de tu padre.

—Gracias.

—¿Cómo estás?

—No demasiado bien, ha sido algo muy repentino.

—Padecía del corazón me han dicho.

—Sí.

—Creo que no debías haberla llevado al funeral es demasiado pequeña.

—¿Me vas a decir lo que debo o no hacer con mi hija?

—Perdona, no soy quién para dar consejos...

—Tú lo has dicho.

—Si necesitas algo no dudes en pedírmelo.

—Gracias.

—Andrea —era la niña.

—Sí cariño dime.

—El abuelo no va a volver ¿verdad?

—Me temo que no preciosa, pero está en un lugar muy bonito, está en el cielo —saqué un pañuelo de mi bolso y le sequé las lágrimas. ¡Pobre chiquilla!

—Se ha ido como mamá.

—Sí cielo.

—Andrea —esta vez era el padre—. ¿Quieres entrar? Me harías un favor si hablas con ella.

—Por supuesto, no tengo nada que hacer esta tarde.

Entré con ellos en la casa y Andrés se dispuso a preparar una cafetera. Yo me senté con la niña en el sofá, intentando explicarle a dónde iban los muertos e intentando acallar su llanto. Aquella chiquilla era preciosa y se parecía tanto a su padre. Que tuviera que sufrir otra pérdida de un ser querido tan joven era una verdadera pena. Finalmente dejó de llorar y se abrazó a mí. ¡Qué ternura me daba! La acuné entre mis brazos y allí se quedó, muy quieta, la cabeza apoyada en mi pecho y los ojos cerrados.

—¿Se ha dormido? —llegaba Andrés con el café.

—No creo, está descansando solamente. Necesita mucho cariño ahora, ahora es cuando más te necesita.

—Lo sé, y cuando más necesita una madre —dejó las tazas sobre la mesa y se sentó a mi lado.

—¿Sabes que hacéis muy buena pareja tú y Ana?

—Es una niña preciosa.

—Tú serías una buena madre.

—Algún día puede ser, si me caso.

—¿Acaso lo dudas?

—Hace tiempo que no me llevo bien con los hombres.

—Y ¿eso por qué?

—El último con el que estuve me engañó con mi mejor amiga, hace ya tres años.

—No sabe lo que se ha perdido.

—Gracias, ¿y tú por qué no te has vuelto a casar?

—No he encontrado a la mujer adecuada, aunque por aquí no hay mucho donde escoger. Busco también una madre, no solo una esposa.

—Espero que la encuentres.

—Yo también lo espero.

—Andrea cuando estabas en la iglesia, junto a mi padre, ¿qué te ha pasado? Estabas como petrificada.

—Me ha pasado una cosa muy extraña, he tenido una visión.

—Una visión, ¿de qué tipo?

—Fue como si tu padre me la transmitiera. Vi a mi madre en la mesa de la autopsia, tu padre estaba a su lado.

—Ya, bueno, él era médico. Él le practicó la autopsia.

—Sí pero es que la besó en los labios.

—¿Qué insinúas?

—Tu madre, ¿cuándo murió?

—Mi madre vive, se separaron cuando yo tenía 12 años. Vive en Sevilla, se volvió a casar.

—¿Por qué se separaron?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué es lo que maquina tu cabecita?

—Estoy investigando la muerte de mis padres.

—¿Qué?

—No creo que mi madre lo hiciera, de hecho estoy segura.

—Tu madre los mató, todo el mundo lo sabe.

—Eso es lo que todo el mundo cree.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En que yo misma he presenciado el asesinato de mis padres.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo?

—Tu mismo me dijiste que creías que la casa estaba encantada, pues de veras lo está. Ayer tuve una visión de lo que sucedió aquella noche y no fue ella, un hombre entró en la casa y los disparó a los tres.

—¿Y pudiste reconocerle? —me preguntó con sorna.

—No, llevaba un sombrero, pero era muy alto.

—No puedo creer lo que dices, es de locos, estás muy obsesionada con este asunto, lo habrás soñado.

—No, yo sé lo que vi, no lo he soñado, y solo hay tres personas en este pueblo que pudieron hacerlo.

—¿Qué coño estás insinuando?

—Que tengo tres sospechosos.

—Y por supuesto uno de ellos es mi padre ¿verdad? Estás yendo demasiado lejos, ¿estás diciendo que mi padre los mató?, ¿es eso lo que quieres decir?

—Andrés ya sé que no es el mejor momento para contarte mis sospechas. No puedo asegurarlo, pero no me baso en la visión. Estuve hablando con el inspector de la Guardia Civil que llevó el caso entonces. He visto el informe forense, el mismo que redactó tu padre. La trayectoria de la bala que atravesó el cerebro de mi madre no fue la de un suicida. Tu propio padre certifica que la mataron. El inspector tiene eso muy claro, solo que como no pudo averiguar quién lo hizo la solución más plausible era un crimen pasional. Por lo que sé, todo el mundo sabía que Antonio y Carlos eran amantes e imaginaron que ella los descubrió y se sintió traicionada. Esa es la historia que todo el mundo conoce pero no es la verdadera.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque ella lo supo todo siempre, desde antes de casarse con Antonio. Ella lo sabía y llegó a amar tanto a Antonio como a su propio hermano, los tres eran amantes.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que tu madre se acostaba con los dos?

—Que los tres se acostaban juntos, lo leí en las cartas y en el diario de ella habla de ello como una relación sumamente maravillosa. Los tres se querían, aunque ella se sentía culpable porque sabía que lo que hacían no estaba bien.

—¡Joder con tu madre!

—Ojo con lo que dices.

—Perdona, entonces ¿cuáles son tus sospechosos?

—Tu padre y el Padre Jaime Luján y bueno tu hermano Alejo —se quedó lívido al oír el nombre de su hermano.

—¿Dónde has oído su nombre?

—Me lo ha contado María Luisa. Que salieron una temporada juntos, mi madre y tu hermano y que él seguía enamorado de ella y a pesar de que lo dejara y se casara estaba obsesionado con ella. Le llevaba flores a casa. Hasta hubo una pelea entre Antonio y tu hermano.

—Mira Andrea, creo que esto no tiene ni pies ni cabeza ¿qué motivo podría tener alguno de los tres para hacerlo?

—Estoy convencida que tu padre amaba en secreto a mi madre.

—No digas tonterías, mis padres se querían, aunque un año después se separaron.

—Ahí lo tienes.

—Andrea tu madre era una chiquilla, mi padre tenía al menos 42 ó 43 años.

—¿Y eso qué tiene que ver? Mi madre era muy guapa, cualquier hombre podía sentirse atraído por ella.

—Mira no creo ninguna de tus conjeturas, desvarías.

—No desvarío, el Padre Jaime tenía una relación muy estrecha con ella. Siempre se confesaba con él, pudiera ser que él lo supiera todo y quisiera acabar con tanto...

—¿Pecado? Mira Andrea que no estamos en la época de la Inquisición.

—O quizás estaba enamorado de ella y no pudiera soportar lo que pasaba en esa casa, sabiendo que su marido y su hermano...

—¿Se la follaban? ¿Eso es lo que ibas a decir?

—No te permito esa falta de respeto, ya veo que no crees una palabra de lo que te digo, que te lo estás tomando a cachondeo. Mira mejor me voy, siento haberte molestado con mis sandeces.

Me incorporé del sofá e hice ademán de marcharme pero él me retuvo cogiéndome del brazo.

—Espera, siento haber hecho ese comentario, veo que estás dispuesta a llegar al final de esta historia.

—Lo estoy, no me iré de aquí sin saber quién lo hizo. Ellos tres eran los hombres más altos del pueblo. Quien lo hiciera tenía una estatura superior al metro ochenta, a lo mejor me equivoqué pero hay que empezar por algún sitio.

—Andrea mi padre no era ningún asesino. Jamás hubiera sido capaz de tal cosa, era una buena persona. Y mi hermano tampoco. Puede que estuviera algo obsesionado con tu madre pero no era un asesino. Te lo juro.

—Lo sé, tu padre me pareció una buena persona pero nunca se sabe.

—La duda ofende...

—Lo siento. Me voy. Mañana tengo que levantarme temprano, empiezo la rehabilitación de la casa. He contratado albañiles y pintores, me esperan días de mucho trabajo.

—Eres muy terca ¿verdad?

—¡No sabes cuánto! Te dejo y una vez más siento lo de tu padre, si necesitas alguna cosa ya sabes dónde encontrarme.

—Andrea, sí que necesito algo.

—Qué.

—Me gustaría mucho que te quedaras un rato más, ha sido un día duro y no me apetece estar solo.

—Pero...

—Son solo las siete y media.

—Está bien.

—No volvamos a hablar más de este asunto ¿quieres? Hablemos de cosas más agradables.

—Vale, como quieras —volví a sentarme y él hizo lo mismo. Nos quedamos callados por espacio de un minuto y me fijé en cómo me miraba. Directamente a los ojos, sin pestañear; su mirada era noble, cálida, no ocultaba nada y al mismo tiempo parecía ocultarlo todo. Andrés me parecía un hombre muy misterioso, enigmático, y quizás por esa razón me parecía tan atractivo. No solo su físico me atraía como un imán, sino su personalidad, su modo de ser, de comportarse, su manera de decir mi nombre... me estremecía cada vez que lo decía. Rompió él el silencio haciéndome una pregunta que no esperaba y que me pilló indefensa y desprevenida.

—Andrea, ¿hace cuánto tiempo que no haces el amor? —cuando escuché esas palabras creí que el corazón se me iba a salir del pecho. Le miré y su mirada me dio miedo. No sabía qué contestarle, ni cómo hacerlo, ni si debía hacerlo.

—Creo que eso no es de tu incumbencia.

—No esperaba una respuesta distinta —sonrió y se acercó un poco hacia mí, esa cercanía me hizo estremecer de miedo, porque sabía lo que pretendía, lo leía en sus ojos. De repente aquellos ojos negros que hacia un instante me habían parecido cálidos eran ahora puro fuego, una hoguera encendida que necesitaba ser apagada.

—Tienes la piel más suave que haya tocado nunca y tan blanca... —rozó levemente con el pulgar mi muñeca izquierda y ese ligero roce me hizo saltar como un resorte del sofá.

—Creo que no es una buena idea que me quede —acerté a decir balbuceante.

—¿De qué tienes miedo? —me preguntó. No contesté, solo intenté salir de aquella habitación

lo más rápido que pude, pero no lo conseguí. Cuando iba a abrir la puerta de la calle él me lo impidió.

—¿A dónde crees que vas? —en ese momento supe que aquel hombre era de aquellos que conseguía todo lo que quería. No me dejaría escapar, sería suya aquella misma noche y eso me hizo temblar de emoción al tiempo que de miedo. Yo también le deseaba pero no sabía si estaba preparada para ello. Para entregarme a aquel hombre que seguramente no sentía nada por mí, sino solamente una ligera atracción. Cerró la puerta antes de que yo pudiera entreabrir la y le dio la vuelta a la llave. Le miré y sus ojos expresaban una tremenda decisión, no había marcha atrás. Él estaba a mi lado, de pie, me miraba de un modo que no me gustaba, o a lo mejor sí, de arriba abajo, posando su mirada primero en mi boca, luego en mis pechos, para por último posarse en mi sexo. Después volvió a mirarme a los ojos.

—Ven aquí —me dijo con el tono más cálido que jamás le había oído pronunciar, aunque sin embargo debajo de esa calidez imperaba una orden.

—¿Quieres jugar? Pues jugaremos, si no vienes por voluntad propia no tengo otra elección que...

—¿Qué? —le pregunté altanera y vacilante.

—No me obligues a tomarte por la fuerza, yo no quiero hacerte daño. Leo en tus ojos miedo y deseo a la vez, déjate llevar, te prometo que no te vas a arrepentir.

—Si me quieres tendrás que tomarme por la fuerza, no voy a dejar que me toques sin oponer resistencia —aquella situación era horrible. Andrés se había vuelto una amenaza. No era aquel hombre amable de unos minutos antes, era una bestia, un animal en celo que no cejaría hasta poseerme. Lo vi avanzar hacia mí, pero no tuve los reflejos suficientes como para retroceder a la misma velocidad y en unos segundos me tuvo aplastada contra su cuerpo y me besaba en la boca como nadie lo había hecho antes. Me mordió los labios e introdujo su lengua en mi boca hasta encontrarse con la mía; su lengua era puro fuego y supe entonces que no opondría resistencia, que si besaba así ¡Dios mío! ¿Cómo acariciaría? Necesitaba aquellas manos sobre mi cuerpo, aquella boca, aquella lengua, su aliento... Cuando separó su boca de la mía me miró un momento y supo que ya era suya, que había ganado la partida. Yo estaba temblando. Me tenía agarrada por la cintura, me apartó el pelo de la cara, me acarició la mejilla y entonces volvió a atraerme hacia sí para besarme. Esta vez fue distinto, aquel beso fue largo, lento, tierno y delirante. Me apreté más contra él y puse mis brazos alrededor de su cuello. Le devolví cada beso que me daba, me dejé llevar y en menos de diez minutos ya estaba en su cama, desnuda, observando como él se quitaba la ropa y me miraba con un descaro sumamente excitante. Cuando se puso sobre mí, desnudo, sentí el calor de aquel cuerpo tan varonil, sus manos acariciándome despacio, expertas, sus dedos deleitándose en mis pechos, en mis pezones, su boca mordiendo el fruto de aquellos pechos pequeños, pero firmes, llenándome de un placer inconmensurable; su mano buscando mi sexo, palpándolo primero con suavidad, luego con más violencia, hasta hacerme perder el control. Mis gemidos eran tan intensos que él tuvo que acallarme varias veces besándome en la boca. Besó mi vientre con suavidad, lo lamió, sopló sobre mi ombligo hasta hacerme estremecer. Volvió a besarme, luego le llegó el turno a mis orejas, a mi cuello, a mi clavícula, mis axilas, a mi espalda, a mi trasero... Jamás creí que pudiera experimentar un placer tan inmenso, que alguien pudiera hacerme sentir así y me abandoné a aquellas sensaciones al tiempo que le

devolvía cada caricia. Después lamíó mi sexo como un perro en celo y cuando le pareció que estaba suficientemente lubricada me abrió las piernas, metió uno de sus dedos en la vagina y sin casi darme cuenta introdujo su miembro en mi interior. Cuando sentí aquel dolor punzante que me atravesaba entera quise chillar, gritarle que no podía soportarlo, que me dejara, que me hacía daño, pero solo pude arañarle la espalda y llorar; empezó a moverse dentro de mí, primero muy lentamente, después más rítmicamente, embistiéndome con toda la fuerza que le permitía la pasión desbordada que sentía en ese instante, y aunque me hacía mucho daño no conseguí emitir ningún sonido, deseaba que me dejara estar, no soportaba el dolor insostenible que sentía a cada movimiento suyo, no conseguía relajarme y empezaba a darme cuenta que aquel acto que yo había soñado maravilloso en la intimidad de mi habitación, no era más que algo primario y salvaje más propio de animales que de seres humanos. Cuando parecía que estaba llegando al final me embistió varias veces con mucha fuerza y terminó de jadear. Salió de mí, se incorporó y se puso de pie. No sé por qué pero al verlo allí, de pie, junto a la cama, mirándome, me sentí sucia, estaba temblando aún y sentía una terrible desazón en mi interior. Cogió una cajetilla de tabaco de la mesilla de noche y encendió uno. Seguía observándome, dando una calada y otra al cigarro cuando me habló.

—¿Por qué no me habías dicho que eras virgen?

—Tú no lo preguntaste.

—¿Te he hecho mucho daño?

—Un poco —las lágrimas todavía resbalaban por mis mejillas cuando se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Yo permanecía tumbada, era incapaz de moverme, sentía una gran debilidad en las piernas y una sensación de absoluta vergüenza y suciedad que no era capaz de dominar ni quitarme de la cabeza. Apagó el cigarro sobre un cenicero y atrapó con sus dedos una lágrima que brotaba de mis ojos verdes.

—No llores, las lágrimas te restan belleza. No te he dicho que eres preciosa ¿verdad?

—No.

—Pues lo eres, preciosa y conmovedora. Tienes la melena más bonita que he visto nunca, tu pelo pelirrojo es tan...

—¿Tan qué?

—No sabría definirlo, pero es muy bonito y tus pecas y el color de tu piel y lo suave que es, hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir así.

—¿Así cómo?

—Tan vulnerable, te miro y veo una muchacha que me mira con miedo y sorpresa. Una mujer en todos los sentidos que me ha hecho gozar de un modo que hacía tiempo que no sentía. En algo has salido a tu madre...

—¿Qué has querido decir con eso? —le pregunté. Sentí repugnancia, tuve la sensación de que me estaba llamando puta.

—Nada malo, no es lo que piensas.

—¿Me estás llamando puta?

—Andrea, tú no eres una puta. Eres una mujer que siempre ha tenido miedo de dejarse llevar, miedo de sus propios deseos. Ahora mismo te sientes sucia y culpable por lo que ha sucedido, cuando hace unos instantes gozabas sin ningún tipo de pudor. El sexo es algo maravilloso. Tu madre supo gozar aun sintiéndose culpable, no te prives de algo que necesitas. He leído en tus ojos el deseo desde el día en que te conocí. Sabía que me deseabas, y yo también te he deseado desde entonces. Era algo que tenía que pasar y ha pasado ¿te ha gustado? —no le contesté y eso le enfureció.

—¿No vas contestarme? —me preguntó en un tono dominante.

—Sí.

—Dime cuánto te ha gustado.

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho? —me preguntó mientras deslizaba su dedo índice desde mis pechos hasta mi vientre.

—Mucho, me has hecho perder el control.

—Lo sé, pensabas que podrías dominarte, pero no lo has hecho. Ha habido un momento que creí que despertarías a Ana, ¡cómo gemías! Dime ¿quieres darte un baño?

—Sí.

—Vale, te lo preparo, espera.

Se marchó y yo me quedé a solas con mis pensamientos. Me sentía mal porque él dominaba la situación. Él sabía cómo me sentía por dentro, sabía de mis temores, de mis emociones; con solo una mirada podía conseguir de mí lo que quería. Regresó al cabo de unos minutos y me ayudó a incorporarme. Vi sangre entonces en la sábana y me sentí de nuevo avergonzada.

—No te preocupes por la sábana, se lava y ya está.

Me acompañó al baño y pensaba que iba a dejarme sola, para que pudiera bañarme en la intimidad de aquellas cuatro paredes, pero no, me cogió de la mano y me ayudó a meterme en la bañera para después meterse él. Me lavó él mismo, yo insistí en que me dejara sola, que necesitaba de esa intimidad, pero no quiso escucharme.

—Quiero hacerlo yo —no tuve más remedio que dejarle hacer, pero yo estaba sumamente incómoda y nerviosa. Me enjabonó con cuidado. Mi cuerpo entero sintió otra vez las caricias de aquellas manos expertas. Consiguió excitarme y eso me puso de mal humor. Porque yo deseaba irme a casa, deseaba salir corriendo, alejarme de aquel hombre que solo me haría daño, porque estaba segura que acabaría enamorándome de él. Estaba convencida de que le querría tanto que no podría vivir sin su compañía y él probablemente solo estuviera utilizándome para su propio placer y diversión. Cuando terminó me pidió que hiciera lo mismo con él, yo estaba ya histérica,

no podía, tocarle así, no, ahora no, con su mirada lo decía todo. Era una orden, no una súplica. Lo hice, intentando no provocarle ningún tipo de sensación para no calentarlo de nuevo. Pero observaba cada reacción después de pasar mis manos enjabonadas por su piel y veía como estaba consiguiendo el efecto contrario. Cuando hube acabado me tomó de la barbilla y me besó; fue un beso dulce, cálido, delicado y lleno de ternura. Salimos de la bañera y me envolvió en una toalla. Me atrajo hacia sí y me abrazó. Aquel abrazo duró unos minutos, yo temblaba entre sus brazos, pero no quería deshacer aquel abrazo que me estaba transportando al cielo. Mientras tanto me besaba el pelo, lo olisqueaba y aspiraba el olor que desprendía mi piel.

—Andrea eres maravillosa, estoy seguro que serías una madre increíble para Ana y una esposa deliciosa para mí. ¡No sabes cómo te deseo! Mírame —me obligó a hacerlo—. ¿Me deseas?

—Sí.

—Quiero volver a hacerte el amor.

—No Andrés, por favor, te lo suplico, no puedo, quiero irme, necesito estar sola, necesito...

Me atrajo hacia sí y me miró de un modo tan dulce...

—Pues yo no quiero que te vayas, quiero que pases la noche aquí, conmigo, que durmamos juntos.

—No, quiero irme, tengo que irme —me soltó bruscamente y se apartó de mí.

—Si tantas ganas tienes de irte, vete —me dijo enfadado.

Salí corriendo del baño, recogí mi ropa, me la puse y me marché de allí sin mirar atrás no fuera a cambiar de opinión. Cuando llegué a la pensión fui incapaz de cenar. Eran ya las diez de la noche y me fui directamente a la cama. No dormí bien porque el recuerdo de sus besos, de sus caricias, me abrasaba entera.

Al día siguiente me levanté cansada y de mal humor. Acudí a La Casa Grande donde ya estaban esperándome los pintores, los albañiles, el cristalero y la asistenta. Así que después de explicarles lo que quería cada uno se puso manos a la obra mientras yo ayudaba a la asistenta a limpiar. Empezamos por la planta baja y nos tiramos tres días enteros limpiando para dejar la casa decente. Estuve casi cinco días sin ver a Andrés, procuraba esquivarle si lo veía aparecer ya que después de lo que había pasado entre nosotros estaba segura de que no sería capaz de mirarle de nuevo a la cara.

Cinco días después salía yo de La Casa Grande donde no había tenido lugar ningún suceso paranormal, cosa que agradecía porque sino mis empleados saldrían disparados de allí y me quedaría tirada con la reforma. Ese día había llevado mis maletas a La Casa Grande. Había

decidido mudarme allí, necesitaba intimidad, estar sola y hacer averiguaciones. Había escogido la habitación de matrimonio de mi madre para instalarme, seguramente tendrían lugar allí más visiones, apariciones o lo que fuera. Necesitaba que me dieran más pistas porque solamente con la información que me diera Salvador no había llegado a ninguna conclusión definitiva. Fue cuando salía de la casa a las siete de la tarde, cuando hacía ya una hora que se habían marchado mis trabajadores, cuando tropecé con Andrés. Casi me da un ataque porque no esperaba encontrármelo así, tan de sopetón frente a mi casa.

—Hola —me dijo muy serio.

—Hola.

—Ya veo que has empezado con la rehabilitación.

—Sí, ya he limpiado la casa y me he instalado hoy aquí.

—¿No te da miedo?

—No, de mi madre no tengo miedo.

—En cambio de mí sí ¿verdad? Te dan menos miedo los muertos que los vivos, eres un poquito rara.

—Piensa lo que quieras —se estaba poniendo borde, estaba molesto conmigo.

—¿A dónde ibas ahora?

—Iba a tirar una carta.

—¿Se puede saber para quién?

—Para un amigo.

—¿Y es muy íntimo ese amigo? —se estaba empezando a poner impertinente.

—Eso no te importa.

—Te equivocas, me importa y mucho.

—No veo por qué habría de importarte.

—Quiero saber con quién tengo que competir —así mismo me lo soltó. Se estaba burlando de mí, no había duda, era un cabrón.

—No tienes que competir con nadie. Y ahora si no te importa me voy a echar esto al correo —estaba nerviosa, su cercanía me ponía en guardia, no quería que notara que me flojeaban las piernas, que el corazón me latía con más fuerza, que estaba loca por un beso suyo.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—No me importa, te acompaño. No te he visto en cinco días, has estado muy atareada por lo que veo.

—Pues sí, con la reforma y todo eso, casi no he salido de la casa. ¿Cómo está Ana?

—Mejor, parece que ya lo va asimilando.

—¿Y tú?

—Bien gracias, me cuesta un poco acostumbrarme a no ver en casa a mi padre, pero imagino que me haré a la idea poco a poco.

—Claro.

—Ana ha preguntado por ti, podrías venir a casa a verla.

—No, lo siento, si quiere verme que venga ella a mi casa, o sino iré a verla al colegio.

—¿De qué tienes miedo? ¿De estar a solas conmigo en un espacio cerrado? ¿Crees que voy a violarte?

—Se puede decir que ya lo has hecho.

—¿Qué has dicho? —se paró en seco y me obligó a detenerme. Me miró con furia, sus ojos echaban chispas.

—¿Cómo puedes decir que te he violado? ¿A los gemidos de placer que salían de tu garganta les llamas violación? ¡Disfrutabas como una maldita perra!

Me quedé retratada al oír eso. Cómo podía ser tan grosero, tan animal, tan hijo de puta, llamarme perra a mí.... No pude controlarme y le arreé un guantazo tremendo.

—No vuelvas a llamarme perra ¿has oído? ¡Y no vuelvas a dirigirme la palabra! —eché a correr en dirección al buzón de la plaza mayor. Eché la carta y miré atrás. Gracias a Dios no estaba allí, no me había seguido. Volví a mi casa pero siempre mirando aquí y allá por si aparecía por alguna esquina. Cómo había podido llamarme así, eso era para él, una puta, nada más que eso. No iba a dirigirle la palabra nunca más, era un miserable.

Cuando llegué a mi casa, me creí a salvo, pero no lo estaba, me esperaba dentro. Cerré la puerta, no sé cómo había entrado, creí que estaba sola, yo y mis fantasmas. Entré en la cocina e intenté calmarme pero no podía, me eché a llorar como una tonta, cómo podía decirme eso, me hacía sentirme sucia y culpable. Y yo no era culpable de nada, solo de haberme fijado en él, que era muy atractivo, pero al fin y al cabo era gitano y como muchos de ellos un machista de tomo y lomo. No iba a volver a mirarle a la cara nunca más.

Subí a mi dormitorio, la que antaño fuera de mis padres, a por un calmante, me había hecho perder los estribos, la compostura, había conseguido lo que quería, hacerme daño de verdad, me sentía utilizada, como un trapo, la ternura que a ratos me había dispensado no era ya más que un recuerdo lejano que quería borrar. Entré y encendí la luz. Me quedé muerta al verlo allí sentado, frente a mí, sobre el sillón que había al lado de mi cama.

—¿Cómo has entrado? ¡Vete de aquí, vete, no quiero verte, no quiero saber nada de ti, te odio! —se levantó muy parsimoniosamente, yo estaba fatal, llorando, totalmente descompuesta, si volvía a tocarme me juré que lo mataría.

—No te acerques a mí, ni lo intentes, ¡lárgate por dónde has venido! —se acercó a mí y yo retrocedí asustada.

—No voy a hacerte daño, solo quería disculparme por lo que dije antes. No estuve muy acertado, no quise ofenderte en ningún momento.

—Bien pues ya te has disculpado, vete, ¡largo! —le grité. Pero continuó acercándose. Yo estaba aterrada, no deseaba que me tocara, y entonces agarré de la mesilla de noche el abrecartas, lo cogí y cuando hizo el ademán de tocarme estuve a punto de clavárselo en el pecho. La punta del abrecartas no llegó a rozar su pecho, tan solo el tejido de la camisa que lo cubría. Él fue más rápido que yo y me desarmó al tiempo que caíamos sobre la cama, él encima y yo debajo de él.

Yo estaba de espaldas. Él encima, asustada de lo que había estado a punto de hacer y asustada de nuevo al tener su cuerpo sobre mí, estaba a su merced. Me aprisionó bajo su cuerpo, me obligó a mirarle a la cara, y me besó, con furia, con urgencia, con desesperación. Quise hacerle daño, morderle, pero aquella boca era deliciosa, alimentaba mi sed de él y era incapaz de escapar a su control. Cuando se separó de mi boca hundió su cabeza en mi cuello y me habló al oído.

—Admite que me deseas tanto como yo a ti, ¿por qué me haces sufrir?, ¿por qué te haces sufrir a ti misma?, ¿crees que te haría daño? Jamás te lo haría, eres la última persona a quien se lo haría, Andrea ¿no te das cuenta?, ¿por qué crees que nos hemos conocido? No ha sido por casualidad, tú y yo estamos predestinados él uno para el otro, para acabar con la maldición.

Le miré, no sabía si me estaba tomando el pelo. Me miraba serio, sus ojos negros clavados en los míos expresaban una ternura que me desarmaba por completo.

—Te estás burlando de mí.

—No, eso jamás. Desde que te conocí hace tan solo unos días me tienes loco, no hago más que pensar en ti. Y desde que hicimos el amor tu imagen me persigue cada noche en la cama. No puedo más. Yo solo quiero que me des una oportunidad, que nos conozcamos mejor, porque presiento que tú eres la mujer que estaba esperando.

Le miré incrédula, no sabía qué pensar.

—¿Qué sientes tú? —me preguntó.

—Yo también pienso mucho en ti y te deseo de un modo que me da vergüenza confesar.

—Estaba seguro. Lo que sentimos la otra noche fue lo más maravilloso que me ha ocurrido en años. Desde la muerte de mi esposa yo no había sentido algo tan fuerte por otra persona.

—Júrame que no me harás daño y que no te burlas de mí, de lo que siento...

—No podría hacerte daño aunque quisiera, soy sincero, no te miento.

Iba a abrazarle cuando de repente vi plantado ante la puerta a mi propio padre, casi muero de la impresión. Debí quedarme blanca porque Andrés se dio la vuelta y vio lo mismo que yo, lo vi en sus ojos. Se incorporó de encima de mí, me cogió de la mano y nos quedamos los dos sentados sobre la cama mirando a mi padre que nos atravesaba con la mirada.

—Joder esto es increíble.

—Estoy aterrada.

—No te preocupes, no pasará nada, ya verás cómo se irá igual que ha venido.

Pero el caso es que avanzó hacia nosotros y posó su mano sobre mi rostro, acariciándome una mejilla. Yo estaba temblando de tal modo que era incapaz de controlarme. Luego de acariciarme se dirigió a Andrés, lo miró queriendo fulminarlo con la mirada y después le indicó que nos tumbáramos. Nos señaló el lecho y entonces vimos una visión que me dejó perpleja.

Él, con Antonio y mi madre, desnudos, haciendo el amor. Estaban los tres besándose, acariciándose, gimiendo aunque no podía escucharlos, pero el movimiento de sus cuerpos hacía que me imaginara aquello. Aquello era escandaloso. No podía creer lo que acababa de ver. De súbito desapareció la imagen y nos indicó que nos echáramos, lo entendí perfectamente. Quería que hiciéramos el amor, allí, delante de él. Yo me iba a volver loca.

—Andrés.

—Quiere que hagamos el amor delante de él, será voyeur.

—No te burles, estoy muy asustada.

—No te hará daño. Solo quiere mirar.

—Pues no me hace gracia.

—Venga anda, quítate la ropa.

—Parece que estés disfrutando con esta situación, pues yo estoy aterrada.

—Tranquila, no va a pasar nada. Túmbate.

Me tumbé, pero antes de que él pudiera echarse a mi lado mi padre se acercó a la cama. Era

como verlo en blanco y negro, no podía tocarle, era transparente, pero sí podía sentir el contacto de su piel cuando me acarició la mejilla. Lo que hizo después casi me provoca un desmayo, se sentó a mi lado, y empezó a desabrocharme la blusa. Lo cierto era que mi padre era muy guapo, sus ojos verdes me tenían hipnotizada. Tras separar los dos lados de la blusa se apartó y condujo a Andrés hasta mí. Verdaderamente estuve a punto de creer que mi propio padre iba a hacerme el amor pero gracias a Dios no fue así. Él se quedó en una esquina de la habitación, mirándonos, observando como Andrés me besaba, me acariciaba, pero yo no podía sentir ningún placer, estaba tensa, mirándole asustada y temblorosa, pensando que aquello debía ser una pesadilla, que estaba soñando, que al poco rato me despertaría y me daría cuenta que todo había sido un mal sueño.

Andrés intentaba por todos los medios que yo me relajara, me decía palabras cariñosas al oído, pero no podía responder a sus caricias, estaba paralizada, horrorizada de puro miedo.

—Andrea, mi vida, relájate, no le mires. Piensa que no está ahí, cierra los ojos y concéntrate en mis caricias, en lo que sientes, sin temor, no te va a tocar más, solo quiere que aprendas a admitir tu propio placer, nada más, tranquilízate, venga...

—Andrés no puedo, no puedo.

—Sí puedes, mírame. Imagina que estamos solos, tú y yo, no hay nadie más en la habitación, estamos solos.

—Sigue ahí mirando.

—¿Vas a preferir que te lo haga él?, ¿quieres que sea él el que lo haga? Porque si no te calmas, no puedo hacer nada, ¡estás tensísima!

—Andrés por favor dile que se vaya.

—Que te crees que me va a hacer caso.

—Inténtalo.

Se levantó y se dirigió a él. Le llamó por su nombre y le pidió que se marchara. Cuando escuché la voz de mi padre respondiéndole comencé a sudar.

—No me iré hasta que ella se entregue, tiene que admitir que es como su madre, hasta que no acepte su propia sensualidad no será feliz.

—Ya has oído a tu padre —parecía que se estaba divirtiendo con la situación, no parecía estar impresionado ni sentir miedo. Estaba tan campante. Volvió a la cama conmigo, se desnudó y se puso sobre mí.

—Vas a relajarte y a contentar a tu padre ¿vale?

—No puedo creer que estés disfrutando con esta situación —me sonrió de un modo que supe que estaba deseando cumplir con aquella obligación. Me concentré en sus besos, en él, procuré no mirar a mi padre, solo a Andrés. Intenté disfrutar sus mimos, su ternura, y poco a poco

empecé a sentirme cómoda, a desinhibirme y a gozar de mi propio cuerpo. Llegué a olvidar que él estaba allí, observándonos, porque Andrés me transportó al cielo sin necesidad de volar. Repentinamente empecé a escuchar mis gemidos, y los de él, esta vez no tardó tanto tiempo en penetrarme, lo hizo enseguida, con urgencia. Todo fue muy rápido pero el placer que sentí no lo había experimentado nunca. Sus embestidas eran fuertes y rítmicas. Me produjo dolor y al mismo tiempo un placer indescriptible. Cuando todo acabó me besó muy suavemente en la boca y me acarició el cabello. No era capaz de mirar a ningún otro sitio que a sus ojos negros llenos de dulzura, y a su boca, tenía unos labios tan carnosos y sensuales... Me sonrió y yo le devolví la sonrisa. De súbito recordé que otra vez habíamos olvidado tomar precauciones, esperaba no quedarme embarazada. Miré hacia donde creía que todavía se encontraba mi padre pero ya no estaba allí. No sé en qué momento desapareció. No fui consciente de su marcha. Estaba demasiado ocupada en sentir y gozar todas aquellas sensaciones que me provocaba Andrés con cada una de sus caricias.

—Andrea.

—¿Sí?

—Tengo que irme, se ha hecho tarde, mi hija está sola en casa.

—Claro —en ese instante eché de menos que se quedara, que me abrazara, que me dijera cuánto le había gustado, que durmiera a mi lado..., pero no me atreví a decírselo porque sentía que hacerlo sería como reconocer que le necesitaba y no quería que lo pensara. Se incorporó tras darme otro beso y se puso la ropa.

—Andrés, ¿qué piensas de todo lo que has visto?

—No me hace mucha gracia. Da miedo Andrea, ¿estás segura que quieres quedarte aquí esta noche? Estabas muy asustada antes.

—Es mi casa.

—Lo sé pero da miedo, si pasa algo llámame, tienes mi número ¿verdad?

—Sí.

—Que pases buena noche entonces.

—Adiós.

Se fue y me dejó sola. Me incorporé de la cama y me puse el pijama. Lo que aquel hombre me hacía sentir no se podía describir con palabras. Ya eran casi las ocho y media. Bajé a cenar algo, me había entrado hambre de repente. No podía dejar de pensar en Andrés, y en la escena vivida momentos antes en mi habitación. Mi padre tocándome, era de locos. Deseaba tener una noche tranquila porque tenía miedo de enfrentarme sola a cualquiera de los habitantes de aquella casa. Me hice un sándwich y me fui a ver la tele. Había dado de alta la luz, el gas y el agua y había comprado un pequeño televisor para que me hiciese compañía por las noches. Lo encendí y decidí ver el telediario. Me senté en el sillón de la salita de estar y terminé mi cena después de tomarme una pieza de fruta. Estuve viendo un buen rato la tele hasta que me venció el sueño y decidí irme a la cama, tenía sueño y necesitaba descansar. Cuando me metí entre las mantas volví

a pensar en los sucesos del día y, como cuando era pequeña, cerré los ojos y me tapé hasta la cabeza. No tardé en conciliar el sueño y la noche transcurrió sin mayores sobresaltos.

CAPÍTULO 5

Estuve toda la mañana ocupada dando instrucciones a mis trabajadores y ordenando algunas cosas. Cuando pude me escapé y fui al colegio a ver a Ana. La pillé justito saliendo para ir a casa así que la acompañé hasta su destino.

—Hola cariño, ¿cómo estás? —le di un beso en la mejilla y ella me recibió con un abrazo.

—Bien, quería verte, últimamente estás muy ocupada.

—Lo sé, me lo dijo tu padre, por eso he venido. Te acompaño a casa.

Estuvimos hablando por el camino de sus clases, sus amiguitos, y de lo triste que estaba todavía por la muerte de su abuelo. Aquella niña era una ricura, parecía mayor de lo que era. Hablaba de una forma como si fuera más madura y parecía muy responsable. Me preguntó qué tal se me daban las matemáticas y le contesté que bien, y me pidió que le diera clases, que le estaba costando entender los problemas que ponía el profesor, y que necesitaba ayuda extra. Acepté encantada, era una oportunidad estupenda para conocerla mejor y de paso pasar más tiempo con su padre. Cuando llegamos a la puerta de su casa Andrés nos salió al encuentro. Estaba regando las plantas.

—¿Qué tal? Ya veo que has ido a ver a mi hija.

—Sí.

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Tranquila, sin sobresaltos.

—Me alegro. ¿Quieres quedarte a comer?

—Está bien, ¿qué es lo que hay?

—Sopa de cebolla y pollo asado con patatas.

—Mis platos favoritos.

—Entonces entra —entramos en la casa y ayudé a la niña a poner la mesa. La niña iba a enseñarme su cuaderno de matemáticas en el preciso instante en que sonó mi móvil. Hacía días que nadie me llamaba y me sorprendió aquel sonido que tardé en identificar.

—Creo que es tu móvil —me dijo Andrés.

—Sí —abrí el bolso y lo saqué, miré el número y me alegré mucho de la llamada. Era mi mejor amigo.

—Dime.

—Hola preciosa, ¿qué tal por Andalucía?

—Muy bien Carmelo, estoy reformando la casa.

—Y qué, ¿has conocido a alguien interesante?

—Sí.

—Me alegro, ¿podría gustarme a mí?

—Estoy convencida.

—Eso es que es muy guapo.

—Sí, ¿qué quieres cielo? —Andrés levantó una ceja al oír ese cielo.

—Quería ir a verte, estoy de vacaciones y no soporto estar tanto tiempo sin mi mejor amiga ¿tendrías sitio para mí en tu casa?

—Claro, aquí hay sitio de sobra, será genial verte, ¿cuándo piensas venir?

—Pues en unos días me planto allí, estoy deseando cambiar de aires.

—Pues tendré preparada una habitación.

—Eres un sol.

—Tú sí que eres un sol.

—Tú más.

—¿Te traes el perro?

—Sí, ¿te molesta?

—En absoluto, será una buena compañía, ¿sabrás llegar?

—Claro mujer, no hay problema.

—Entonces te espero, abrígate que por aquí hace un frío que pela.

—Descuida, lo haré. Te mando un beso enorme.

—Y yo otro.

—Te quiero cariño.

—Yo también te quiero. Un beso, adiós.

Corté la comunicación y miré a Andrés que me miraba con una mala leche difícil de disimular.

—¿Quién era? —no consiguió evitar preguntármelo.

—Mi mejor amigo, que viene a verme.

—Parece que sois íntimos.

—Lo somos, lo sabe todo de mí.

Me fijé en su reacción, llevaba en la mano una lata de cerveza y la apretó con tal fuerza que casi la hace puré. Estaba celoso y eso me encantaba.

—Ya veo —entró en la cocina y sacó la sopera a la mesa. Nos dijo que nos sentáramos y nos sirvió la sopa. De repente pareció enmudecer, se puso muy serio y casi no habló durante toda la comida. Eso me entristeció porque deseaba charlar con él, deseaba oír aquella voz que podía ser tan cálida cuando quería.

—Todo está muy bueno—le dije al terminar la comida.

—Gracias.

—Te apañas muy bien en la cocina, creo que hasta mejor que yo.

—No será para tanto...

—Que sí, en serio, por cierto tu hija me ha pedido que le dé clases de mates.

—Sí, no se le dan muy bien. ¿Qué días crees que puedes venir?

—Cuando no esté ocupada con la reforma, por las tardes puedo pasarme.

—Creo que se cobran a 1300 pesetas la hora o así.

—Andrés no pienso cobrártelas, lo haré gratis, tu hija es una delicia.

—Pues si quieres puedes empezar hoy mismo.

—Genial —quitamos la mesa y Ana puso su mochila sobre ella. Sacó el libro y un cuaderno y me mostró los deberes que tenía que hacer. Me puse manos a la obra mientras su padre leía el periódico y nos observaba con el rabillo del ojo.

Estuvimos un rato con los problemas hasta que llegó un vecino amigo de la niña para jugar y salió a la calle, eran ya casi las cinco. Me quedé con Andrés a solas. Me ofreció asiento en el sofá, junto a él.

—Se te da bien enseñar.

—Bueno, estudié magisterio antes de dedicarme a restaurar casas antiguas.

—¿Cómo es que no enseñas?

—No es mi vocación, me gusta más restaurar edificios. Estudié también arquitectura técnica.

—Tienes dos carreras.

—Sí, aunque no creas que restaurar edificios da para mucho. Carmelo y yo estuvimos un tiempo trabajando juntos. Él tiene una constructora, bueno es de su padre, hasta que me cansé y empecé a trabajar por mi cuenta. Soy un culo de mal asiento en ese sentido.

—¿Y ese Carmelo es muy guapo? —me quedé asombrada con la pregunta. Sí que estaba celoso. Estaba tanteando el terreno, quería saber quién y cómo era su competidor.

—Sí, es rubio, de ojos azules, es muy dulce y cariñoso —insinué para ver su reacción. Sus manos se crisparon sobre su regazo, no conseguía dominar bien sus emociones y eso me complacía, saber que tenía tanto poder sobre él.

—¿Es de tu edad?

—Sí, 32 años. Por cierto, ¿puedo preguntarte tu edad?

—Claro, cumpliré 40 el mes que viene.

—40 ya, ya se te notan algunas canas —lo estaba probando, poniéndome borde para ver si se molestaba y funcionó.

—Bueno, sí pero tengo pocas y creo que no aparento la edad que tengo.

—Pues yo te echaba más o menos 40.

—¿Me estás llamando viejo? —preguntó visiblemente molesto.

—Andrés, qué va, pero si 40 son muy pocos. Eres un padre joven. Además muchos hombres ganan con la edad, y tú eres uno de ellos, cuantos más cumplas estarás más atractivo.

Me miró con ganas de estrangularme y yo elegí ese momento para levantarme del sofá. Me acerqué a él y pasé mi dedo índice por su boca, la abrió y lo mordió hasta hacerme daño.

—Me has hecho daño.

—No haber puesto el dedo —me enfadé. No esperaba esa respuesta, esperaba que lo lamiera o algo así, pero no que lo mordiera de aquella forma. Decidí irme, ya lo había provocado bastante y no sabía que otra sorpresa me tenía preparada.

—Me voy —dije.

—Muy bien, hasta luego —creí que me besaría o quizás me abrazaría pero me dejó marchar. Y partí de su casa con el orgullo herido deseando con ansiedad sentir de nuevo su aliento en mi boca y su lengua quemando la mía.

Volví a mi casa en el momento preciso en que se iban mis empleados. Comprobé el trabajo realizado y quedé muy satisfecha. Entré en la casa y me cambié de ropa. Andrés se había molestado sobremanera con mis comentarios y no había conseguido de él ni una sola muestra de cariño. Eso me dolía pero yo me lo había buscado. Me puse un chándal y decidí salir a correr un

rato. Necesitaba estirar las piernas, desahogarme, porque el deseo me consumía y no sería capaz de aliviarlo. No iba a masturbarme, ni a darme una ducha fría, todo eso no funcionaría. Porque yo le deseaba a él, necesitaba sus besos, sus abrazos, yo sola no podía calmar la inquietud que me corroía por dentro. Salí de la casa y me dirigí corriendo hasta el parque que había detrás de la iglesia. Llegué corriendo. No tardé más de diez minutos pero tuve que detenerme porque me asfixiaba, hacía tanto tiempo que no practicaba algún deporte que el cuerpo no me respondía. Me senté en un banco. Ya era de noche y hacía frío, pero yo tenía la frente perlada de sudor. Súbitamente empezó a llover, primero una fina lluvia para más tarde convertirse en un chaparrón. No me moví de allí, no podía, necesitaba calmar aquel fuego que me abrasaba entera. La lluvia lo haría, aliviaría aquella ansiedad, aquella ansiedad de tenerle solo para mí. Me calé hasta los huesos, pero no me importó y cuando estaba ya tiritando sobre aquel banco, abrazada a mis rodillas, llorando porque me daba cuenta que cada día que pasaba le necesitaba más, escuché una voz a mi espalda.

—Andrea va a coger una pulmonía —me di la vuelta y vi al Padre Luján que me protegía con un paraguas.

—¿Qué hace aquí?, ¿estaba llorando?

—Padre.

—Venga conmigo a la sacristía, si no se abriga enseguida puede coger algo.

Lo seguí como un perrillo faldero hasta la iglesia y allí me guió hasta la sacristía. Allí tenía un pequeño despacho y una máquina de café. Me invitó a entrar y después de rebuscar en un armario me entregó una manta de cuadros escoceses, de esas que se usan para ponerse en el regazo cuando estás en el sofá mirando la televisión y me la eché por los hombros a modo de chal. Me sirvió un café y me instó a sentarme frente a él.

—¿Qué hacía ahí sobre ese banco? Estaba temblando y creo que lloraba.

—Sí, no se equivoca Padre, lloraba.

—Puede hablar conmigo si lo necesita.

—Hoy he tenido uno de esos días en que la moral se viene abajo y lloraba porque echo mucho de menos a mi abuela.

—¿Está segura de que lloraba por eso?

—¿Qué quiere decir, acaso lo duda?

—Andrea no me ha pasado desapercibido que usted y Andrés se ven a menudo. Y creo que se está tomando muy en serio algo que no es más que un flirteo para él, por decirlo de un modo suave.

—Padre no creo que eso sea de su incumbencia.

—Solo le hago una advertencia, si pretende quedarse aquí a vivir y que la respeten, debe ir

con más cuidado.

—¿Qué me respeten?, ¿qué ha querido insinuar?

—Solo que Andrés no es buena compañía para usted, usted no es la primera con la que...

—Sí, ya me dijo que va de putas.

—No es eso, ya tuvo algo con M^a Luisa, la panadera, y no sé si ha terminado.

—Mire Padre le agradezco sus recomendaciones pero no soy ninguna niña y puedo cuidar de mí misma.

—¿Quiere que todo el mundo piense que es una cualquiera como su madre?

—¿Qué ha dicho? Acaba usted de insultar la memoria de mi madre, no voy a permitir que siga insultándome, muchas gracias por el café.

Me levanté de la silla, le tendí la manta, y cuando iba a cruzar la puerta me dijo:

—Su madre era una mujer buena, pero la pervirtieron, se convirtió en una vulgar mujerzuela por consumir cada noche el mayor de los pecados: el incesto.

Le miré y quise contestarle pero no tenía ganas de continuar en aquel lugar, estaba incómoda, nerviosa, y sus ojos azules me miraban de un modo que me asustó. Parecía como ido, tenía los ojos inyectados en sangre y me dio miedo. Opté por marcharme lo más rápido que pude y eso hice. Cuando salí de nuevo a la calle me topé otra vez con la lluvia que arreciaba cada vez más fuerte y comencé a correr hacia La Casa Grande. Cuando llegué me di una ducha y me puse el pijama y la bata. Me sequé el pelo y empecé a darle vueltas a lo que me había dicho el Padre. O sea, que yo estaba en boca de todo el pueblo porque me veía con Andrés. Y que había tenido un lío con la panadera y que a lo mejor no se había terminado. Eso me puso furiosa, ¿sería verdad lo que me había dicho?, ¿podría ser que estuviera con las dos a la vez? Eso no se lo perdonaría. Y lo de mi madre, todo el mundo la consideraba una cualquiera, todos sabían lo que sucedía. Me entró dolor de cabeza de repente y me tomé un paracetamol y decidí marcharme a dormir porque estaba agotada y tenía frío y temía coger un buen constipado después de estar tanto rato bajo la lluvia. Necesitaba descanso y me dormí enseguida.

Aquel día era sábado y por lo tanto mis trabajadores no acudirían. Apoyé la cabeza en la almohada, unos tímidos rayos de sol se filtraban por la ventana, señal de que serían casi las diez. Había dormido de un tirón aquella noche como me sucedía desde que llegara al pueblo. Entonces escuché el timbre de la puerta. Me levanté y me eché la bata por encima porque solo llevaba un camisón. ¿Quién sería? Deseaba que no fuera Andrés, pero efectivamente lo era.

—Buenos días.

—Buenos días —en ese instante recordé que no me había peinado y que debía llevar una pinta... pero no podía hacer nada ya.

—¿Te he despertado?

—No, ya estaba despierta.

—¿Has desayunado ya?

—No.

—Traigo el desayuno, chocolate con churros ¿te hace?

—¡Qué buenos! Pasa, ven a la cocina —lo hice pasar a la cocina.

—Siéntate, ahora vuelvo, voy a vestirme. —Pero me siguió por las escaleras hasta el dormitorio.

—Andrea no quiero que sigas viviendo sola en esta casa —me dijo.

—¿Perdona

—Da miedo. Quiero que te vengas a vivir conmigo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, ahora luego empaquetas tus cosas y te vienes a casa.

—¿Y qué va a pensar la gente?

—Que piense lo que le dé la gana.

—Pues a mí no me resbala ¿sabes? Ayer mismo el Padre Luján ¿sabes lo que me dijo?

—¿Qué te dijo ese puritano?

—Que tuviese cuidado contigo si no quería convertirme en una cualquiera.

—A ese tío lo mato, ¿cómo se atrevió?

—Y que no soy la primera con la que te lías, que antes estuviste con la panadera y que aún estás con ella.

—¿Y tú le crees? Es cierto que tuvimos una aventura, pero de eso hace ya un año, no duró mucho, un mes o así, te juro que no hay nada entre ella y yo.

—¿Tengo que creerte?

—Mírame Andrea, no soy un mentiroso. Ahora mismo solo me importas tú.

—¿Seguro?

—Me gustas mucho Andrea...

—Tú también me gustas, pero creo que será mejor que vuelva a la pensión. Tu casa no es un buen lugar. ¡Qué pensaría la niña! Y luego está Carmelo que llega mañana.

—Llámale y dile que no venga.

—¿Y cómo le digo eso?, ¿qué excusa le pongo?

—Lo que sea, no quiero cerca de ti ningún hombre que no sea yo.

—¿Vendrás a casa?

—No Andrés, no está bien que vaya. Me quedo en mi casa.

—No puedo hacer nada para que cambies de opinión ¿verdad?

—No.

—Está bien pero no quiero que venga ese amigo tuyo, no lo quiero aquí. En eso no transijo.

—Andrés mi amigo vendrá te guste o no, tengo ganas de verlo, lo echo en falta y por mucho que me gustes no voy a dejar de lado a mis amistades.

—Entonces no te gusto lo suficiente, ¿qué soy para ti, un juguete?

—No, claro que no.

—Porque a mí me vuelves loco, te deseo con locura, quiero estar contigo a todas horas. No quiero a nadie cerca de ti, por muy amigo tuyo que sea, tú eres mía.

—¿Que has dicho?

—Lo que has oído. Me perteneces. Me estoy enamorando de ti, eres la mujer que llevo tiempo esperando y no voy a dejar que ningún hombre me quite lo que es mío.

—¿Tan inseguro eres? Yo quiero estar con alguien que confíe en mí, no con un hombre celoso y posesivo que me aparte de mis amigos.

—¿Eso piensas, que soy inseguro? Pensaba que te conocía, pero por lo visto no queremos lo mismo. Yo busco una compañera de vida, con la que compartir mi vida y tal vez tener hijos, por lo visto no buscamos lo mismo.

—Yo busco lo mismo que tú pero no voy a consentir que me digas con quién puedo mantener una amistad y con quién no. Eso lo decido yo.

—Está bien, pues será mejor que lo dejemos aquí, pero antes quiero un polvo de despedida.

—¿De qué hablas? ¿Crees que vas a salir de mi vida y encima te voy a dejar que me folles? ¡Estás loco! No eres el hombre que creía Andrés, me has decepcionado.

—Soy solo un gitano, ¿no? Tú no quieres tener una relación seria conmigo Andrea, solo quieres una aventura. No soy lo suficientemente bueno para ti ¿verdad?

—¿Pero qué dices, de qué estás hablando? ¡A mí no me importa que seas gitano! Me gustas, siento algo muy fuerte por ti pero no voy a consentir esa actitud machista conmigo. Soy una mujer del siglo XXI y nadie va a decidir quiénes son mis amigos y si no lo entiendes peor para ti. —Me miró con ira y después se dio la vuelta para marcharse pero se lo pensó mejor y se encaró conmigo estrechándome entre sus brazos con fuerza y besándome con una furia desmedida. Antes de que pudiera reaccionar me empujó sobre la cama y se puso sobre mí arrancándome de cuajo el camisón y bajándose como pudo los pantalones y yo supe que iba a tomarme por la fuerza. Intenté deshacerme de la presión de sus manos sobre mis brazos, le dije que no quería hacerlo, que me dejara en paz, grité, y fue entonces cuando horrorizado de lo que estaba a punto de hacer se incorporó, se subió los pantalones y avergonzado me pidió perdón, que no quería hacerme daño, que no sabía que le había pasado para reaccionar así, y yo solo pude que gritarle que se largara, que habíamos terminado, que no se le ocurriera dirigirme la palabra y que me olvidara de una vez y para siempre. Me miró por última vez y salió del dormitorio sin decir palabra. Una vez hube escuchado el golpe de la puerta de la calle pude respirar tranquila. Había

pasado verdadero pánico, creía que realmente iba a violarme y no podría perdonarle aquello, lo nuestro se había acabado. Aunque le amara, aunque le echara de menos, aquello era imperdonable y no estaba dispuesta a estar con un hombre celoso y posesivo que quisiera controlarme la vida a cada momento y marcarme con quién debía relacionarme o no. Iba a costarme no echarle de menos, pero en cuanto pudiera me iría del pueblo y ya no tendría que volver a verlo, sería solamente un capítulo más de mi vida, uno que quería olvidar cuanto antes.

CAPÍTULO 6

Aquel sábado no pude de dejar de pensar en lo que había ocurrido, poco a poco fui sintiéndome más desanimada. Creía que aquel hombre y yo podríamos haber tenido un futuro, pero lo que había sucedido me impedía volver a pensar en continuar mi relación con él. A pesar de mi orgullo, sabía que continuaría queriéndole porque me había enamorado como una colegiala, me hacía arder de pasión y deseo y deseaba como nunca lo había hecho tener por fin una pareja estable y poder formar una familia. Ahora volvía a estar sola. Pasé un fin de semana horroroso, decaída, llorando por lo que podría haber sido y ya nunca sería y a cada día que pasaba me sentía más desanimada.

Tuve que llamar a mis empleados, les pedí que esa semana no vinieran, que estaba enferma. Carmelo llegó esa mañana. Era lunes. Me encontró en la cama hecha un asco. Después de contarle todas las cosas que habían ocurrido durante mi estancia en la ciudad y de explicarle cómo me había enamorado de un hombre que me había estado a punto de violarme dos días antes, me preparó el desayuno y me dejó tomándomelo sobre la cama. Se puso el abrigo y tras preguntarme que dónde vivía aquel hijo de puta, salió con un cabreo de aquí te espero de la casa y no volvió hasta una hora después. Cuando vi llegar a aquel hombre rubio de metro ochenta y ojos azules con un ojo a la funerata, sangre en la boca y en la nariz, salté de la cama nerviosa imaginando que se habían enzarzado en una pelea. Le pregunté los detalles del encuentro y me dijo que si él estaba así, que no podía ni imaginarme cómo estaba Andrés que había salido peor parado. No en balde Carmelo practicaba boxeo y estaba más en forma. Me preocupé durante un breve instante por él pero luego recordé lo que había estado a punto de hacerme, el daño que me había infligido, ya que no sabía si podría confiar en un hombre que podía ser violento y por eso mi relación con él había terminado. Al pensar eso me alegré de que mi amigo lo hubiera dejado hecho puré. Carmelo no se separó de mí en toda la semana que pudo estar conmigo. Estuvo atendiéndome en todo momento. Me animaba a salir pero yo no me encontraba con fuerzas. No quería encontrármelo. Me daba miedo. Cuando Carmelo me dijo que tenía que irse lo llevé muy mal. Me había hecho a su compañía. En toda la semana mis fantasmas no habían hecho acto de presencia. Y ahora volvería a estar sola en aquella casa. Pensé en Andrés él no tenía excusa para lo que me había hecho. No podría perdonarle. No quería verlo. Y salir suponía que podría encontrármelo en cualquier esquina. No salí de casa en una semana hasta el sábado siguiente. Y el primer lugar al que acudí fue a la iglesia, a escuchar misa, necesitaba escuchar la palabra de Dios, sentir su consuelo y su abrazo. Tenía muy mal aspecto aquella tarde en misa de siete. Se me notaban unas grandes ojeras y estaba aún más pálida que de costumbre. Encontré allí a Doña Marcela que me preguntó qué tal me encontraba y le dije que había estado enferma, con gripe,

para disculpar mi aspecto. Me concentré en la misa, bebí cada palabra que salía de los labios del Padre, me sentí reconfortada y en paz. Cuando acabó la misa y estaba saliendo por la puerta, lo vi a mi lado, tenía muy mal aspecto. Tenía un ojo medio cerrado, la nariz hinchada al igual que la boca, producto de la pelea con Carmelo. Me miraba angustiado, y sentí un terror profundo, me aparté de él, me puse a hablar con doña Marcela para que no se me acercara. No podía soportar su mirada, su presencia tan cercana, sus ojos de halcón acechándome.

No tuvo más remedio que alejarse porque yo no le iba a dar la oportunidad de hablarme. Acompañé a Doña Marcela hasta la pensión y allí me despedí de ella para continuar hacia mi casa. Cuando pasé por la suya que me pillaba de camino, lo vi en la entrada, mirándome. Sentí pavor. Aceleré el paso pero la niña venía del parque de jugar con unos niños y escuché su llamada. Me gritó —Andrea, Andrea —no podía detenerme, que la niña pensara lo que quisiera, no podía, aunque ella no tuviera la culpa de nada. Pero ella corrió tras de mí y me obligó a parar.

—Andrea, ¿no me oyes, qué te pasa?

—Perdona cariño, es que tengo prisa, espero una llamada.

—No te he visto en toda la semana.

—Es que he estado enferma.

—Tienes mala cara.

—Lo sé, aún no estoy bien del todo.

—Necesitas que te cuiden —me dijo—. ¿Por qué no te quedas en casa esta noche y cenas con nosotros?

—Gracias cariño, pero no, no creo que fuera buena compañía, estoy muy cansada.

—Por favor, no te he visto en toda la semana, quédate un rato...

—No, Ana, de verdad, no puedo.

—Ana no molestes más a Andrea, ya te ha dicho que no —se acercó a nosotras y noté como mi corazón empezaba a latir violentamente. Le miré a los ojos y sentí miedo, miedo de ceder, no quería ceder, no quería darle la satisfacción de que me hiciera sentir humillada de nuevo, porque lo que me había hecho no tenía disculpa ni perdón. Aunque le amara con todas mis fuerzas porque me había enamorado de él como una idiota no podía echarme de nuevo en sus brazos, mi orgullo era más fuerte que eso, mi dignidad si aún me quedaba alguna estaba en juego.

—Pero papá en esa casa está sola, no la cuida nadie, nosotros podemos... —eso fue lo último que escuché porque según me enteré después caí desmayada sobre la acera, aunque gracias a Dios, Andrés tuvo los reflejos suficientes para recogerme antes de que cayera sobre el suelo y me desnucara.

Cuando me desperté varias horas después, estaba en una habitación que no era la mía. Abrí los ojos y me encontré con Andrés que estaba sentado sobre un sillón cercano a la cama.

Estábamos en su dormitorio. El pulso se me aceleró otra vez, estaba a su merced. Se dio cuenta enseguida de que me había despertado y se incorporó del asiento para acercarse a la cama. Se sentó a mi lado y me miró a los ojos con mucha calidez. Su mirada transmitía preocupación.

—¿Cómo te encuentras? Te desmayaste.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Cerca de una hora, estaba preocupado. ¿Has comido hoy?

—Apenas.

—Puede haber sido eso. Tienes mal aspecto. No te estás cuidando nada.

—He estado enferma, gripe.

—Ya veo, tienes un poco de fiebre —me puso la mano en la frente.

—No me toques por favor —le dije asustada.

—No voy a hacerte daño si eso es lo que temes, jamás volveré a hacerte daño.

—¡No quiero que me toques!

—Está bien, creo que es mejor que pases la noche aquí. Ahora te traeré la cena, necesitas comer y descansar —me dejó sola y me relajé un poco. Su sola presencia me inquietaba y desquiciaba mis nervios. Deseaba que no me tocara. Su contacto me estremecía. Me hacía sentir indefensa, me gustaba y me repelía al mismo tiempo. Al cabo de unos minutos volvió con un plato de sopa y una tortilla. Me lo comí todo con ansiedad puesto que tenía mucho apetito. Cuando terminé de cenar me retiró la bandeja y la dejó sobre la mesilla de noche.

—¿Quieres algo de fruta o tal vez un yogur?

—Un yogur está bien, ¿y Ana?

—Viendo la tele. Le he dicho que no te moleste, que estás muy cansada.

—Bien.

—Ahora te traigo el yogur.

Se fue a la cocina y regresó con el postre. Se quedó mirándome, sentado en la cama viendo cómo me lo tomaba. Me observaba con suma calma, posando su mirada en cada uno de mis movimientos. La mano que sostenía la cuchara me temblaba. Me odiaba a mí misma por ser tan débil. Que él se estuviera dando cuenta de lo que me hacía sentir... le odiaba también por ello, por provocarme aquellas sensaciones de las que no podía escapar. Miedo, tensión, deseos de echarme en sus brazos al mismo tiempo y olvidarme de todo... ¡Qué refugio sus brazos!, sentirme mecida como un niño entre aquellos brazos varoniles... deseaba tanto y temía a la vez tanto sentirlos alrededor de mi cuerpo... que no podía evitar que mi mano me delatara, ¿por qué no podía disimular todas aquellas emociones que me hacían sentir tan impotente ante él?, ¿por qué tampoco podía odiarle por lo que había estado a punto de hacerme? Jamás había sentido por nadie lo que por él sentía, era una pasión desatada que no podía controlar.

En todos aquellos días no había pasado uno en que no le recordara, pero no solo para maldecirle por la violencia con la que me había tratado, sino para recordar el tacto de su piel, su fragancia, el sabor de sus besos, el calor de sus abrazos. No verle me consumía, pero sabía que debía evitarlo después de aquello, aunque era consciente que en el pueblo me lo tenía que encontrar alguna vez y aquella tarde había sucedido. Me terminé el yogur y se lo tendí. Lo cogió y se lo llevó de vuelta a la cocina. Me acurruqué entre las sábanas, hacía frío y me subí la manta hasta la barbilla. Regresó para desearme buenas noches y se marchó.

Me quedé sola y no tardé mucho en dormirme pues estaba cansada. La cabeza me daba vueltas y tantas emociones aquella tarde habían acabado conmigo.

Aquella noche tuve una pesadilla. Me desperté sobresaltada en mitad de la noche. La frente perlada de sudor. Parece ser que había gritado porque Andrés llegó hasta mi cama asustado para ver qué me sucedía.

—Mi vida, ¿qué tienes? —me preguntó.

—Nada, solo ha sido un mal sueño.

—Has gritado. ¿Qué has soñado?

—He soñado que tú matabas a mis padres.

—¿Qué? ¡Pero qué tonterías estás diciendo! ¡Yo solo tenía doce años entonces!

—En el sueño eras mayor.

—Es solo un sueño, ¿o es que ahora tus sueños son premonitorios?

—No estoy acusándote de nada.

—Ha sido un sueño, nada más. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

—Débil.

—Debes descansar.

—Lo sé.

—Mírame —le miré.

—Vas a quedarte unos días aquí, hasta que te encuentres mejor. ¿Vale? —No podía negarme. Necesitaba que me cuidaran, aquella semana había sido un infierno. Casi no había comido, pese al empeño que había puesto Carmelo en darme de comer, pero no tenía ganas de nada y saber que allí me cuidarían, que no tendría que preocuparme de nada me aliviaba mucho.

—Te vamos a cuidar mucho.

—Gracias —solo acerté a decir. En ese instante me acarició la mejilla y me miró de una forma que me desarmó por completo. Su mirada era cálida y tierna. Me miraba como si mirara a una niña desvalida a la que hay que cuidar. Me acarició el cabello y después me besó en la mejilla. Me deseó buenas noches de nuevo y se marchó. Me dormí enseguida y a la mañana

siguiente tardé mucho en despertar. Eran las dos de la tarde cuando Ana entró en el dormitorio y recorrió las cortinas para que entrara la luz del sol.

—Buenos días Andrea.

—Buenos días cariño, ¿qué hora es?

—Son las dos.

—¿Es tan tarde ya?

—Sí, papá no me ha dejado llamarte antes. Dijo que necesitabas dormir. Vamos a comer dentro de un rato. ¿Comerás con nosotros verdad?

—Claro cariño.

—Por cierto, papá estuvo esta mañana en tu casa y trajo algo de ropa. Ponte esto, hace frío.

—Gracias —me destapé y me incorporé de la cama para despojarme del pijama que llevaba puesto que era de Andrés. Me puse unos pantalones de pana y un jersey grueso de lana verde que hacía conjunto y me miré al espejo. Continuaba teniendo muy mal aspecto. Unas profundas ojeras surcaban mi rostro, y mi cabello anaranjado acentuaba aún más si cabe la palidez de mi piel. Pasé al cuarto de baño para asearme un poco y cuando me hube lavado la cara y cepillado el pelo salí al encuentro de mi anfitrión. Estaba poniendo la mesa. Llevaba unos vaqueros y una camisa de cuadros de franela. Estaba muy atractivo a mi pesar.

—Buenos días —dije.

—Buenos días mi vida, ¿cómo estás?

—Mejor que ayer, necesitaba dormir.

—Me alegro —se acercó y me besó ligeramente en los labios. Por primera vez no intenté separarme de él, ni evitarlo, recibí aquel beso con toda la naturalidad de la que fui capaz.

—Cariño, siéntate. Anita sentaos las dos.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer. Le miré y me odié a mí misma por ser tan débil. Sentir sus labios sobre los míos aunque fuera durante breves segundos me dio nuevos ánimos. Y eso me hacía sentir mal. Me había hecho daño. ¿Por qué le deseaba tanto? ¿Por qué necesitaba tanto su cariño? Odiaba necesitarle así. Nos dispusimos a comer y mantuvimos los tres una conversación animada por la niña. Cuando terminamos la niña se sentó en el sofá a ver la tele mientras su padre y yo fregábamos los platos. Durante un buen rato permanecimos en silencio hasta que él se decidió a romperlo súbitamente.

—Andrea.

—¿Sí?

—Esta semana ha sido un infierno para mí, no hacía más que recriminarme el daño que te hice y que no merecías. Solo quería tenerte entre mis brazos y tratarte con cariño, y no paraba de pensar en lo mal que lo estarías pasando. No sé qué me pasó Andrea, pero me trastornó lo que me dijiste, soy un hombre muy dominante, no puedo negarlo y que me plantes cara me solivianta y al mismo tiempo me encanta porque no estoy acostumbrado a eso. Mi esposa siempre hacía lo

que yo decía, era muy dócil de carácter. Quise demostrarte por la fuerza que eres mía, aunque Dios sabe lo mucho que me tortura cada día mi comportamiento hacia ti. Sé que no tengo disculpa, pero de verdad lo siento tanto... Andrea, yo, estoy loco por ti, te juro que estoy siendo del todo sincero, te necesito y te quiero.

Cuando escuché aquella declaración me quedé sin habla. Me había dicho que me amaba. Nos quedamos en silencio unos minutos. Le miré a los ojos que me suplicaban una contestación. Necesitaba oírme decir lo que él acababa de confesar, que le quería, que le perdonaba todo, que le necesitaba tanto como él a mí.

—¿No dices nada? —me espetó.

—Me hiciste mucho daño, el solo hecho de que intentaras violarme ha hecho que pierda toda confianza en ti, y ¿si no hubieras parado? ¿Cómo puedo confiar en que no volverás a hacerlo? He pasado la peor semana de mi vida.

—Lo sé y quiero enmendarlo. Necesito que me perdones, solo quiero hacerte feliz. Dime al menos que me darás una segunda oportunidad.

—No sé si la mereces. Me trataste con violencia, como si fuera una propiedad, como si pudieras hacer lo que quisieras conmigo y yo no soy de tu propiedad. Soy una mujer independiente, que quiere un hombre que sea su compañero, su complemento. No sé si puedo volver a confiar en ti. Podría ir a la policía y denunciarte por lo que me hiciste.

—Hazlo si crees que lo merezco, y yo mismo creo que sí. Sé que me porté como un animal, que te hice daño, no sabes la semana que he pasado. Me he recriminado a mí mismo una y mil veces lo que te hice. Ni siquiera sé cómo fui capaz de pensar que podía forzarte a tener sexo conmigo aunque tú no consintieras. No volverá a suceder te lo prometo, jamás. Sé que me he portado muy mal contigo pero no puedo renunciar a ti. Eres lo que llevo tanto tiempo esperando. Mi segunda oportunidad en la vida y es posible que no vuelva a tener otra, y no quiero a cualquier otra mujer, te quiero a ti —aquella frase terminó de ablandarme y no pude esperar más para decirle que le quería y que no podía vivir sin él. A pesar de sentir que no debía perdonarle, lo hice. Tan enamorada estaba.

—Andrés, yo también te quiero a pesar de todo, no puedo estar lejos de ti —no pude acabar la frase porque se abalanzó sobre mí y me besó con una ternura inesperada.

—Te quiero cariño. Cuando te vi aparecer en la biblioteca por vez primera, con tu melena pelirroja presentí que ibas a ser muy importante en mi vida. Y después de acostarnos juntos supe que no podría vivir sin tenerte a mi lado. Lo que me hacías sentir era tan intenso, me hacías sentirme vivo de nuevo.

—Andrés yo nunca he sentido esto, me sobrepasa.

—Lo sé porque a mí me pasa lo mismo.

Nos miramos a los ojos intensamente y volvimos a besarnos. Después nos quedamos largo

tiempo abrazados sin decir nada, escuchando tan solo los compases de nuestros corazones que latían apresuradamente. No podía creer lo que acababa de suceder. Me había dicho que me amaba, aquel hombre que pensaba que solo me estaba utilizando para aliviar su propio deseo, sentía algo más fuerte por mí que una simple atracción sexual. Y yo, estaba loca por él a pesar de lo que me había hecho. ¿Por qué no podía separarme de él? ¿Por qué le quería tanto? Sabía que no se merecía mi perdón, pero si no le daba una segunda oportunidad nunca sabría si aquello que sucedió fue producto de la impresión de saber que me estaba perdiendo solo por su propia inseguridad, sus celos y su carácter controlador o que era un hombre de natural violento. Esperaba no arrepentirme, porque si volvía a hacerme daño juraba que no volvería a verme el pelo.

—¿Te quedarás aquí en el pueblo?

—Sí Andrés, aquí está mi vida, aquí nací y murieron mis padres. Estoy dispuesta a quedarme para averiguar quién los mató. Y si tu quieres para pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Te amo Andrea, y sí por Dios quiero pasar toda mi vida a tu lado.

Pasamos aquella tarde hablando y haciéndonos toda clase de carantoñas y caricias, dejando para la noche lo que nos pedía el cuerpo; que era unirnos de nuevo, piel con piel, labio con labio, sintiendo la voluptuosidad de nuestros cuerpos, la ansiedad del deseo agujoneando nuestros sexos, la mirada del otro encendida por la pasión, los besos humedeciendo cada rincón de nuestro ser, inflamando nuestros adentros, hasta alcanzar ese estado de embriaguez y locura que es siempre el orgasmo. La noche fue larga y deliciosa, nuestros cuerpos se buscaron, nuestras bocas se encontraron una y mil veces, nuestras gargantas se llenaron de gemidos y sollozos, nuestros sexos se incendiaron provocando un mar de sensaciones, derramando la humedad de nuestro deseo sobre aquellas sábanas blancas, mudos testigos de aquella unión brutal y tierna, de aquel encuentro entre dos personas que se amaban con toda la desesperación del mundo, con toda la ansiedad que provoca el sufrimiento padecido de estar separados durante toda una semana que nos había parecido una eternidad.

CAPÍTULO 7

Me desperté con las fuerzas renovadas. Cuando abrí los ojos vi los suyos mirándome fijamente. Su mirada expresaba la gratitud por la noche pasada, las emociones sentidas, la pasión desbordada. Aquellos ojos negros me cautivaban, me hechizaban, me daban ganas de sumergirme en ellos, y quedarme allí atrapada para siempre. Él estaba sentado en el borde de la cama, ya vestido y yo permanecía tumbada de lado, con mi larga melena deshilachada sobre la almohada, muy quieta, mientras él enredaba sus dedos entre mis cabellos en una prolongada caricia. Sólo nos mirábamos, sin decirnos nada, sus dedos se deslizaban lentamente por mi cuello, por mi hombro desnudo, hasta llegar a la sábana que fue resbalando por mi piel para dejar al descubierto mi desnudez. Su mirada se posó en cada una de mis formas, sugerente, insolente, cálida, ávida de deseo. No tardó ni un minuto en despojarse de la ropa, en cubrir mi cuerpo con el suyo, en hacerme suya de nuevo. Sus manos podían ser tan suaves cuando quería... Solo él conseguía hacerme estremecer de pies a cabeza con una mirada, y si me tocaba ya perdía el control; como aquella mañana, como la noche anterior, como haría en sucesivas ocasiones, me haría conocer el placer con mayúsculas y me entregaría el amor más puro, un amor dulce, que pese a las dudas que albergaba en ese momento se haría más intenso y sólido cada día que pasábamos juntos.

Andrés aquel día me suplicó que me quedara ya para siempre a vivir con él y con Anita, pero yo no podía ceder en ese aspecto, necesitaba continuar habitando La Casa grande; mi familia me daría pistas sobre el pasado, allí estaba la verdad, la verdad sobre aquel asesinato que yo estaba dispuesta a esclarecer. Sabía que Andrés pensaba que estaba obsesionada con aquel asunto, era una asignatura pendiente, era mi deber para con mis padres. Ellos habían guiado mis pasos hasta mi lugar de nacimiento, donde le había conocido y gracias a ellos había dejado atrás los tabúes, había reconocido mi sexualidad, la necesidad de sentirme deseada, la necesidad de dar rienda suelta a mis fantasías, de sentir la violencia y la ternura de un hombre sobre mi piel, la urgencia del deseo, la miel de su consumación... Era mi deber, sólo así dejaría limpio el nombre de mi madre, porque ella, solo era culpable de una cosa: de ser una mujer especialmente bella y de haber conocido el amor más libre y clandestino, el amor entre hermanos que iba más allá de lo fraternal, un amor apasionado y destructivo que le hizo saborear el mayor de los placeres, el placer de lo prohibido, aun sabiendo que ese amor era antinatural.

Pasamos la tarde en casa. Después de comer comenzó a llover y el tiempo se tornó desapacible. Anita y Andrés estuvieron jugando juntos mientras yo repasaba el diario de mi

madre. Ya había leído sus cartas muchas veces pero solo había leído algunos pasajes del diario. El diario empezaba en 1972, el año en que se casaron ella y Antonio. Hablaba de sus recuerdos de años anteriores, de cómo se inició su relación con su hermano a los diecinueve años. El desván había sido el escenario de sus encuentros. Su primer encuentro tuvo lugar una noche de lluvia. A mi madre le aterraban los truenos y tenía la costumbre de dormir con mi abuela las noches de tormenta. Mis abuelos dormían en cuartos separados. Aquella noche mis abuelos no se encontraban en la casa, estaban en una fiesta, en casa de unos vecinos. Así que mi madre acudió al dormitorio de su hermano. Él estaba leyendo en su cama cuando ella hizo su aparición.

“Aquella noche acudí al cuarto de Carlos. Tenía miedo. Mis padres no estaban en casa. Cuando entré en su habitación lo encontré leyendo. Me invitó a entrar y a meterme en su cama. Apagó la luz. Estuvimos un rato hablando y cada vez que escuchaba un trueno me estremecía de pies a cabeza y me acurrucaba entre sus brazos. Él me abrazaba y me acariciaba el cabello. Me dijo que estuviera tranquila, que mientras estuviéramos juntos nada malo podría pasarme. De repente sentí sus dedos acariciándome los pechos, intenté apartarme, le pedí que cesara de tocarme así, que no estaba bien, que éramos hermanos. No cejó en su empeño, continuó sus caricias, me dijo que era preciosa, que llevaba mucho tiempo deseando hacer aquello, que me quería muchísimo y no pude resistirme. Yo adoraba a mi hermano, y me encontraba en la edad en la que el cuerpo empieza a despertar. Solo había salido con un chico del pueblo, el único que me había besado hasta entonces. Pero Carlos lo hacía mucho mejor. Me hacía sentir, en cambio el otro muchacho no era tan diestro y me acariciaba de una manera más brusca. Pero Carlos no era así, era tierno y dulce, sus caricias eran lentas, sin prisas y conseguía que mi cuerpo se despojara de todo pudor. Poco a poco mi garganta emitía sonidos que eran familiares para mí, gemidos que solo me había permitido emitir en la soledad de mi habitación. Sus manos se deslizaban entre mis piernas, me desprendían de mi camisón y me dejaban completamente desnuda. Él también se deshizo de su pijama y se tumbó sobre mí. Aquella noche fue la primera vez; él fue el primer hombre para mí y le siguieron otras muchas noches. Pero tuvimos que tomar nuestras precauciones para que nadie advirtiera nuestros encuentros. El desván era un lugar idóneo para vernos. Había algunos muebles, una cama, una mesita, un secreter, algunos muebles viejos que se habían dejado allí olvidados hacía tiempo.

Me encargué de limpiarlo y como estaba en la parte de la casa más alejada de la vivienda no había peligro de que nos escucharan. Tres noches a la semana nos encontrábamos allí. Mi hermano era el mejor amante, tenía paciencia, me enseñaba cómo debía acariciarle, cómo debía complacerle. Era mi maestro.”

Justo en ese momento abandoné mi lectura porque sonó mi móvil. Me sorprendió escuchar al otro lado del hilo telefónico la voz del Teniente Basteiro. Hacía cosa de un mes que no habíamos vuelto a hablar, desde el día en que le devolviera las transcripciones que por cierto no me habían

servido de mucho. Solo me aportaron algunos detalles de los interrogatorios, la autopsia, pero nada realmente importante que me ayudara en mi investigación. Seguía ignorando el nombre del asesino.

—Andrea, buenas noches, siento molestarla.

—No me molesta, al contrario.

—La llamaba porque pensé que lo que voy a decirle podría interesarle.

—¿De qué se trata Teniente?

—He estado pensando sobre la noche del suceso, bueno, he recordado algo.

—Dígame.

—En aquella época había otra persona, no sé cómo no lo he recordado antes, Alejo el hermano mayor de Andrés Alcántara.

—¿Qué dice?

—Andrés tenía un hermano mayor, falleció, se suicidó.

—Cuénteme la historia con más detalle por favor. Sí, se de él por María Luisa la panadera. Lo que no sabía es que se suicidara.

—Pues ya lo sabe. Se lo digo porque él también era muy alto. Tendría por entonces unos treinta años, fue una desgracia para la familia.

—Ya entiendo, ¿y cuándo murió?

—Varios meses después de la noche del asesinato. Se tomó un tubo de somníferos.

—¿Cree usted de veras...?

—Tenía un motivo.

—¿Cuál?

—Carlos y Alejo se odiaban a muerte, todo el mundo lo sabía.

—¿Por qué?

—Alejo fue novio de su madre durante un tiempo, cuando ella tendría dieciocho años. Fue el único novio conocido antes de Antonio. Carlos al cabo de un tiempo le prohibió que continuara llamándola después que ella le dijera que no quería volver a salir con él. Tuvieron una pelea, Alejo le juró que le mataría. Tardó cinco años en hacer realidad su promesa si es que fue él.

—Pero, ¿por qué querría matarla también a ella?

—Puede que supiera todo lo que sucedía en la casa y que considerara que su madre... bueno ya me entiende.

—Le entiendo perfectamente.

—No sé si le habrá resultado de utilidad la información que acabo de facilitarle.

—Muchas gracias, me ha sido muy útil.

—Me alegro, por cierto Andrea, tengo algo más que decirle, pero prefiero hacerlo en persona, ¿podría acercarse mañana al cuartelillo?

—Claro, ¿no puede adelantarme algo?

—No, es mejor que se lo diga en persona, tengo que darle algo.

—Está bien, como quiera. Nos vemos mañana entonces.

—Claro, buenas noches.

—Buenas noches Teniente.

Cuando colgué el teléfono no pude evitar mirar de reojo a Andrés. El día que le mencioné a su hermano apenas me contó nada de él. No había visto ninguna fotografía suya en la casa y para colmo había sido el primer novio de mi madre. Probablemente era el chico al que se refería en el diario. Cuánto odio debía guardar aquel hombre en su interior para matarlos de aquella forma. Odiaba a Carlos por haberle robado a la mujer que amaba, pero matarlos después de todo ese tiempo parecía algo premeditado, calculado, aunque quizás lo hiciera en un raptó de locura, en un momento de enajenación mental... y en Nochebuena. Andrés iba a darme explicaciones inmediatamente. ¿Por qué me habría ocultado esa información? Estaba claro, no quería que lo supiera, si ya sospechaba de él por su estatura si encima me contaba que se había suicidado poco tiempo después del asesinato estaba más que claro quién era el asesino. ¿Y que sería aquello que tenía que darme el Teniente? ¿Qué tendría que decirme? No sabía si podría esperar hasta el día siguiente para averiguarlo.

Miré a Andrés, estaba jugando con Anita, no le iba amargar la tarde con malas noticias, cuando estuviéramos solos, por la noche, en la cama, se lo comentaría. Continué leyendo el diario de mi madre hasta que se hizo la hora de cenar. Después de cenar acostamos a Anita y fue entonces cuando aproveché la ocasión para interpellarle sobre el tema. Estábamos en el salón cuando me dirigí a él.

—Andrés, tengo que hablar contigo de algo, ¿por qué no me habías dicho que tu hermano se suicidó? —se me quedó mirando con cara de pocos amigos.

—¿Quién te ha contado eso?

—El Teniente Basteiro.

—Ahora me dirás que es tu único sospechoso, ¿no?

—Pues sí, tenía sus motivos, fue novio de mi madre, odiaba a Carlos y se suicidó.

—No quiero hablar de eso, fue algo horrible.

—¿Qué otra razón podía tener para suicidarse?

—Si quieres que te diga la verdad no lo sé, mi hermano era muy extraño, no era muy

sociable. Los últimos meses de su vida se volvió más huraño si cabe, le afectó mucho lo que pasó en La Casa Grande, la muerte de tu madre fue un hachazo para él, la quería con locura.

—¿Tienes alguna foto suya de la época?

—Sí, pero dejemos esta conversación para mañana no tengo humor a estas horas para discutir.

Me callé, si intentaba continuar se enfadaría estaba segura. Me deseó buenas noches y se marchó a la cama dejándome plantada en el salón. Esperé un tiempo prudencial para acostarme. Quería que él se hubiera tranquilizado un poco. Cuando me metí en la cama ya estaba dormido. Me acurruqué a su lado haciendo el menor ruido posible y pronto sucumbí a los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 8

Me desperté temprano y me levanté sin hacer ruido. Andrés aún dormía y la casa estaba en silencio. Desayuné frugalmente en la cocina y me dirigí a ver al Teniente Basteiro. Cogí las llaves de mi Ford y subí a él dispuesta a enfrentarme a aquello fuera lo que fuera que tuviera que contarme el Teniente. El trayecto fue corto, apenas quince minutos en coche. Después de aparcar delante del Cuartel me dirigí hacia el interior del edificio. Cuando me recibió en su pequeño despacho me ofreció un café que no decliné porque esa mañana se había presentado fría.

—Buenos días ¿cómo está Andrea?

—Bien, Salvador ¿y usted?

—Algo aburrido, no pasan muchas cosas por aquí.

—Me lo imagino.

—Pero ayer sucedió algo. No quise contárselo por teléfono. Recibí un sobre certificado con una información muy interesante que seguro le gustará conocer. Además uno de los sobres que había dentro va dirigido a usted.

—Ah, sí? ¿Quién es el remitente?

—¿No lo adivina?

—Pues no.

—Rosario Alcántara. Debió mandar el sobre hace tiempo y se ha extraviado porque el matasellos es del día de antes de su fallecimiento. Y llegó ayer. Una carta va dirigida a mí explicándome lo que hace tiempo yo estaba empezando a sospechar pero que nunca pude probar. Y otra es suya —abrió un cajón de su escritorio y extrajo un sobre pequeño, de color crema y me lo tendió junto a un cuaderno azul. Lo abrí. Era un diario. En la primera página ponía: diario de Alejo Alcántara.

—¿Necesita intimidad para leer la carta?

—No por favor, no se vaya, se lo leeré. No creo que ponga algo distinto a la suya.

Abrí el sobre muy nerviosa imaginando que allí estaba la solución. Rosario sabía quién había matado a mis padres y no quiso irse de este mundo sin dármelo a conocer. Por fin conseguí abrirlo aunque con los nervios desgarré un poco el sobre. Saqué una cuartilla de color blanco,

con el membrete que ponía Rosario Alcántara médico. Tenía una letra preciosa, redondeada y muy clara. La carta decía así:

Querida Andrea:

Sé que viniste a este lugar por algo más que por hacerte cargo de una herencia. Querías encontrar tus orígenes. Saber más de tus padres, averiguar cómo murieron y por qué, y sobre todo saber quién fue el asesino. Durante muchos años he tenido que vivir con este secreto y con un sentimiento de culpa muy grande. En aquel momento mi instinto de protección, como padre que soy, provocó que me comportara como cómplice de asesinato. Sé que a estas alturas tienes ya unos cuantos sospechosos pero no la certeza de quién lo hizo realmente. Aquella noche horrible había tormenta. Era veinticuatro de diciembre. Habíamos terminado de cenar. Era Nochebuena. Mi hijo mayor se marchó alegando que había quedado con alguien. En ese instante no pude imaginar la locura que iba a cometer. Mi hijo Alejo estaba locamente enamorado de tu madre, fue su primer novio, pero ella lo dejó al poco tiempo. Mi hijo estaba obsesionado con ella. Juró que mataría a Carlos, tu tío y verdadero padre, porque sabía lo que sucedía cada noche en aquel desván. Si te preguntas cómo lo sé te contestaré que tu madre se confesó conmigo una vez en la consulta. Vino por un problema de salud. Y se derrumbó. Los quería a los dos, pero se sentía culpable.

El caso es que cuando volvió a las dos de la madrugada con el abrigo manchado de sangre supe que había hecho una locura. Lo confesó todo. Y yo, como su padre, quise protegerlo y oculté lo que sabía. Me convertí en su cómplice y esto, ocultar la verdad, me ha pesado como una losa toda la vida. Ahora necesito contárselo a alguien, y quién mejor que tú que eres la hija de Esperanza. Aquí tienes la verdad. Los mató a tiros con mi escopeta de caza. Yo la enterré en el jardín detrás de un seto. Pero eso no es todo. Me confesó que aquel asesinato era un encargo. Que alguien le había pagado para que los matara. No voy a decirte quién lo hizo. Eso podrás averiguarlo leyendo el diario de mi hijo. Es mejor así.

Tras confesarme lo que había hecho quemé su abrigo. Y cuando Basteiro me interrogó dije que no sabía nada. ¡Valiente mentira! La culpabilidad me ha perseguido hasta el día de mi muerte. Porque me muero Andrea, lo sé, sé que mañana voy a morir. Mi corazón cada día late más débil. Espero que no me odies por esto y que esto no afecte a tu relación con Andrés. Sé que estáis hechos el uno para el otro. No desperdicies tu oportunidad de ser feliz. Un abrazo muy fuerte, te deseo todo lo mejor.

Rosario.

Aquella carta me impactó. La leí en voz alta. Todavía no acababa de asimilar su contenido. Fue Alejo el asesino. Él había matado a mis padres. ¿Lo sabría Andrés y me lo había ocultado todo este tiempo? ¿Y quién le había pagado para cometer el homicidio? Rosario había tenido un último pensamiento para mí, para descargar todo aquel sentimiento de culpabilidad que le había amargado toda su vida. Guardar ese secreto durante tantos años era muy duro. Debió ser un hombre de gran entereza o eso me pareció a mí al conocerlo.

Podía entender el comportamiento de Rosario queriendo proteger a su hijo. Él mismo se encargó de pagar por lo que había hecho. Se había quitado la vida, seguramente porque le acosaban los remordimientos.

Entendía la reacción de Rosario. Y la disculpaba. ¿Pero sabía Andrés todo aquello? Lo que no iba a disculparle era que si lo sabía hubiera estado permitiendo que yo hiciera conjeturas de todo tipo cuando él podía saber la verdad y habérmela contado. El Teniente Basteiro llevaba un buen rato mirándome después de que yo terminara de leer la carta. Me había quedado pensativa. Y no me había dado cuenta de que me miraba con insistencia.

—¿Qué piensa de lo que ha leído?

—Ya sospechaba de Alejo. Era el que más motivos tenía para matarlos. Pero, ¿quién le contrató para hacerlo?, ¿quién le pagó? Esa persona fuera quien fuera me dejó huérfana. No culpo a Alejo de lo que hizo, hay una mano negra detrás. ¿Quién fue Teniente? Usted ya lo sabe, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé. Y crea que me ha sorprendido mucho. Pero es mejor que lo descubra usted misma. Bueno, ya sabe lo que pasó. ¿Piensa quedarse aquí?

—Solo hasta que sepa quién pagó al hermano de Andrés. Vine para hacerme cargo de una herencia, pero también para saber cuáles eran mis orígenes. En cuanto lo sepa me iré. No creo que pueda vivir aquí, y menos en la casa. Da miedo. Teniente, ha sido un placer conocerle, y creo que al menos se jubilará sabiendo quién fue el culpable de aquella tragedia.

—Lo crea o no me ha estado obsesionando toda la vida.

—Lo imagino.

—Cuídese Andrea, le deseo lo mejor.

—Y yo a usted. Cuídese usted también —nos estrechamos la mano y tras cerrar la puerta de su despacho salí a la calle impelida por una necesidad imperiosa de respirar aire fresco. Caminé hasta mi coche y me subí a él. Dejé la carta y el diario sobre el asiento del copiloto y respiré profundamente mientras apoyaba mi cabeza sobre el reposacabezas de mi asiento. Quería llegar a casa. Pedirle explicaciones a Andrés. Que me contara si lo había sabido todo ese tiempo. Si me había ocultado la verdad. ¿Qué haría yo si así hubiera sido? ¿Le perdonaría esa mentira? ¿Haberme ocultado esa información? No lo sabía. Lo único que sabía es que en cuanto descubriera quién había ordenado la muerte de mis padres a Alejo me iría de aquel pueblo maldito. Vendería la casa si podía y me marcharía de nuevo a mi tierra. La que me vio crecer: Valencia. Y buscaría trabajo e intentaría olvidar todo lo vivido en esa casa teñida de sangre, de la

sangre de mis padres y de Antonio. Cuando llegué aparqué detrás de la iglesia.

Iba caminando por la calle mayor en el momento en que divisé desde la esquina de la iglesia de lejos la casa de Andrés. Él estaba en la entrada cuidando el jardín. ¿Qué me diría cuando le contara lo que había averiguado, cuando le enseñara la carta de su padre? ¿Lo habría sabido todo este tiempo? Poco a poco me iba acercando a la casa y él que me vio me saludó con la mano. Cuando llegué hasta él me recibió con un gran beso.

—¿De dónde vienes? Te has ido muy temprano.

—He estado hablando con el Teniente.

—Otra vez con lo mismo.

—Toma, lee esto.

—¿Qué es?

—Una carta, de tu padre —me miró levantando una ceja extrañado.

—¿De dónde la has sacado?

—La envió tu padre el día antes de fallecer, junto con otra carta para el Teniente, esta iba dirigida a mí. Además me envió el diario de tu hermano.

—Vamos dentro.

—Sí, será mejor —entramos dentro. Pasamos a la cocina donde Andrés me ofreció una taza de café con leche. No la rechacé. Me había entrado frío de repente. Sentía que todo mi mundo estaba a punto de derrumbarse. No sabía cuál iba a ser su reacción si no conocía la verdad y en el caso de que la supiera cómo se iba a tomar mi decisión de marcharme. De olvidar aquel lugar para siempre. De dejar el pasado atrás incluido a él si me había mentido. Porque no sabía si podría perdonarle eso. Que todo el mundo creyera que mi madre era una asesina cuando el verdadero homicida había sido su hermano. Me senté en la mesa de la cocina esperando a que leyera la carta. Observé cada uno de sus gestos, pero la inexpresividad de su cara era total. No pareció sorprenderse. Lo único que alcancé a notar fue la crispación de sus manos sobre la cuartilla y una breve emoción en sus ojos que brillaban como si estuviera a punto de derramar unas cuantas lágrimas. Cuando terminó de leer la carta se sentó a mi lado ya que él había permanecido de pie todo el rato apoyado sobre el banco de la cocina. Me miró esperando una respuesta por mi parte. Supongo que le sorprendía mi silencio.

—¿Qué piensas de lo que has leído? —fue su pregunta.

—No siento rabia hacia tu hermano si eso es lo que imaginas. Siento una enorme pena por él y por la carga que ha sobrellevado tu padre todos estos años. Pero sí quiero saber quién le encargó el asesinato a tu hermano. Y su nombre está en este diario. Pero antes debo saber si sabías que fue tu hermano el que disparó.

—Yo lo sabía Andrea. Lo he sabido siempre. Estaba allí, en la escalera, mirando a mi hermano y a mi padre discutir por lo que había hecho. Mi padre nunca supo que yo lo sabía.

Estaba escondido. Sé que fue Alejo, lo he sabido siempre.

—No sé por qué pero imaginaba que lo sabías. Lo has sabido siempre y no has tenido el valor de decírmelo. Eres un cínico Andrés, dejándome hacer conjeturas todo este tiempo —en ese instante sí que sentí rabia, coraje porque él no había sido sincero conmigo.

—Yo tenía nueve años.

—Mi hermano llegó con el abrigo manchado de sangre. Sudoroso cuando hacía un frío de muerte, con una mirada febril que daba miedo. Mi padre no quiso denunciarlo, entiéndelo, era su hijo, ¿qué hubieras hecho tú en su lugar? Asistimos al entierro, mi padre nos obligó a ir a los dos. Varios meses después encontré a mi hermano muerto en su cama. Se había tomado un tubo de pastillas para dormir. Fue el momento más terrible que me ha tocado vivir junto a la muerte de mi esposa. Era un niño. Tuve pesadillas durante mucho tiempo. Se mató. Dejó una nota, que no podía seguir viviendo con lo que había hecho. La culpa lo acosaba cada día desde que se levantaba hasta que se acostaba y no le dejaba dormir.

—¿Cómo has podido vivir todo este tiempo sabiendo esto y dejando que todo el mundo pensara que había sido mi madre?

—Ya no podía hacerle daño a nadie, estaba muerta.

—Sí, ¿verdad? ¡Fue tu maldito hermano el que lo hizo y todo el mundo creerá de por vida que fue mi madre!

—¿Y qué importancia tiene eso ahora? ¡Está muerta!

—Para ti es muy fácil, tú no tienes que vivir con el temor de que la gente te señale por la calle.

—En este pueblo yo soy la comidilla. Todo el mundo cree que soy un crápula, ¿sabes? Pero no me importa, me da igual lo que la gente diga. A mí solo me importa lo que opines tú.

—Pues opino que eres un cabrón, ¿cómo has podido ocultármelo?

—Esto no puede cambiar las cosas entre nosotros, estamos hechos el uno para el otro, tú lo sabes.

—¿Cómo puedo vivir con alguien que es el hermano del asesino de mis padres?

—Andrea, eso ocurrió hace tanto tiempo... Tú y yo nos merecemos una oportunidad. Mi hermano ya pagó con su vida.

—¡Ojalá nunca hubiera venido aquí ni te hubiera conocido!

—¿Cómo puedes decir eso? Sabes que esto ha sido cosa del destino, sabes que te quiero y que nada podrá separarme de ti.

—Ya no sé que hago aquí, ahora mismo solo sé que deseo irme lo más lejos posible de este maldito pueblo.

—Pues tendrás que llevarme contigo, porque no voy a dejarte ir sin mí.

Le miré y apreté entre mis dedos el dichoso cuaderno que quemaba mis manos. Saber que

Andrés lo había sabido todo el tiempo me puso de muy mal humor. ¿Cómo podía estar con él? Era el hermano del asesino de mis padres. Aquello no estaba bien. ¿A dónde nos llevaba aquella relación? Él era mucho mayor que yo. Tenía una hija de otro matrimonio. ¿Qué sabía yo de niños? ¿Cómo podía unir mi destino al de ese hombre? No pude evitarlo y salí de su casa corriendo. Andrés gritaba mi nombre e intentó detenerme pero yo le dije que me soltara. Que no podía seguir con aquello. Que necesitaba pensar. Leer aquel cuaderno y terminar el diario de mi madre. Estaba segura que en aquellas páginas iba a encontrar todo aquello que aún no sabía. Y que probablemente lo que encontrara no iba a gustarme nada. No sabía por qué. Pero temía que algún miembro de mi familia estuviera implicado en la muerte de mis padres. ¿Si no por qué Basteiro no había querido decirme su nombre? Corrí lo más que pude en dirección a La Casa Grande. Entré por la puerta y encendí las luces del vestíbulo. Había amanecido nublado y la casa estaba muy oscura. Subí a mi cuarto y cogí de la mesilla de noche el diario de mi madre que aún no había terminado de leer. Y bajé con los dos cuadernos a la biblioteca. Encendí la lamparilla que había al lado del sofá de color verde esmeralda, y me acurruqué con una manta a leer las páginas que me dirían la verdad que necesitaba conocer. ¿Quién había ordenado la muerte de mis padres? ¿Quién? Empecé por el diario de mi madre. Seguramente me contaría muchas cosas que todavía desconocía de mi familia y entonces podría entender mejor qué pasó en esas fechas.

“Una noche de 1969 ocurrió lo inevitable. Nuestro padre nos descubrió. A mí y a Carlos en la buhardilla. Haciendo el amor. Mi padre la emprendió a insultos conmigo. Me llamó puta. Mujerzuela. Ramera. Pero Carlos lo pasó peor que yo. Lo sacó de la habitación y lo llevó a su despacho. Se enfrentaron. Mi padre por aquel entonces tenía 60 años. Cogió el cinturón que llevaba puesto y la emprendió a correazos con Carlos. Carlos no pudo defenderse. Aunque yo creo que más bien no quiso hacerlo. Nuestro padre era mayor. No quería hacerle daño. Y soportó el dolor físico porque sabía que se merecía aquello. Mi padre lo acusó de haberme pervertido. Que yo era una dulce chiquilla y él me había seducido y llevado por el mal camino. Mi padre era muy religioso. Todos lo éramos en aquella casa, excepto Carlos. Él no creía en Dios. Cuando nos despertamos al día siguiente mi hermano no tenía buen aspecto y mi madre que estaba al tanto de lo que había sucedido estaba absolutamente escandalizada. Mi padre tomó una decisión. Enviarlo a la universidad. No había querido acabar sus estudios pero mi padre le obligó a volver y terminar su carrera de Ingeniero Agrónomo para llevar las propiedades de la familia. Era la única manera de separarnos. Para que no volviéramos a cometer un pecado tan terrible. Lo pasé muy mal. Mi padre dejó de hablarme. Mi madre hizo lo propio. Me hablaba por obligación y cuando era necesario. Yo me refugié en el Padre Luján. Era el único con el que podía hablar. Y en María Luisa pero cuando le conté a ella lo que había pasado nuestra relación dejó de ser tan estrecha. El día que me confesé al Padre se quedó mudo de asombro y absolutamente escandalizado. Creí que no volvería a hablarme nunca más. Pero al cabo de un tiempo volvimos a mantener aquellas charlas tan agradables por las tardes y gracias a él no me volví loca en aquella casa todo el tiempo que Carlos estuvo fuera. Lo echaba tanto de menos. No pude ni escribirle porque me controlaban el correo. Ni recibir sus misivas pues me las interceptaban. Nuestro amor estaba destinado a morir, pues no era natural. Era un pecado como bien

se encargaba de recordarme mi padre día tras día obligándome a rezar el rosario y a leer la Biblia.”

Me quedé muda al leer aquellas líneas. Mi abuelo los descubrió y los separó. Pero ¿cómo fue que él volvió a casa con Antonio? Se conocerían seguramente en la Universidad y allí se convertirían en amantes. Seguí leyendo.

“Dos años más tarde Carlos regresó de la Universidad un verano con Antonio. Fue la primera vez que lo vi en dos años. Le permitieron regresar. Carlos hizo ver a mi padre que se había reformado. Que era otro. Y así lo creyó mi padre. Antonio y yo nos sentimos inmediatamente atraídos. Era tan caballero. Una noche que mis padres estaban fuera me hizo su amante. Fue la noche en que los tres nos convertimos en amantes. Fue una noche maravillosa a pesar de la culpa que sentía. Volver a sentir las manos y la boca de mi hermano por todas partes y las de Antonio me transportaron al cielo. Sabía que aquello estaba mal. Pero no podía luchar contra lo que sentía. Aquella atracción, aquel placer que ambos me hacían sentir. Y el amor que sentía por Carlos no había disminuido ni un ápice. Luego llegó el amor por Antonio. Fue algo más lento pero igual de maravilloso. Cuando Carlos me propuso que ambos nos casáramos me pareció que estábamos jugando con fuego. Viviríamos los tres en la misma casa con mis padres. ¿Cómo no iban a descubrirnos? Aquello no podría funcionar. Pero ambos me persuadieron y di mi consentimiento. De cara a mis padres Carlos se comportaba como un hermano modelo y Antonio era el perfecto pretendiente. Educado, culto y amable. Mi padre bendijo mi matrimonio sin saber lo que había detrás de él.

Nos casamos en 1972 y pronto me quedé embarazada. No sabía de cuál de los dos. Lo supimos cuando nació nuestra hija. Era la imagen exacta de Carlos cuando era pequeño. Demasiado iguales. Y mi padre dejó de tragarse la fantasía matrimonial que le habíamos vendido. Nos convocó a los tres a su despacho. Y nos preguntó quién era el padre de Andrea. Yo le dije Antonio papá, quién va a ser. Él me pegó una bofetada. Me llamó puta y a pesar de que Antonio saliera en mi defensa y Carlos también no me libré de la sarta de improperios que me soltó. Prefiero no repetirlos. Fueron demasiado dolorosos para mí. Estábamos ya casi en Navidad. Faltaba una semana. Mi padre nos dijo que nos daba hasta después de navidad para abandonar la casa. Que tras las fiestas debíamos de dejar la casa familiar. Que nos las apañáramos cómo pudiéramos, que aquella casa ya no era la nuestra.

Cuando salimos de aquel despacho mantuvimos una seria conversación y acordamos marcharnos después de navidad. Nos iríamos antes de la fecha acordada

con mi padre. La noche de Nochebuena no cenamos con mis padres. Ellos fueron a cenar a casa de unos vecinos que celebraban una fiesta. Cenamos solos los tres. Y estuvimos terminando de hacer las maletas para marcharnos al día siguiente. No pasaríamos el día de Navidad en la casa familiar.”

Ahí terminaba el diario. Mi madre no sabía qué triste final iba a tener. Mi abuelo fallecería un mes después de un infarto según me había contado mi abuela. Y tras su fallecimiento mi abuela determinó abandonar la casa que tanta desgracia había contemplado. Conmigo, sus maletas y un billete de tren a Valencia. Y allí fue donde se estableció y vivió conmigo de algunas propiedades que había vendido (tierras en su mayor parte) y yo crecí en aquel horizonte levantino azul y límpido con aquel mar que tanto echaba de menos. Me levanté del sofá y me serví una copa del mueble bar que estaba en la esquina de la biblioteca. Un día se me ocurrió comprar whisky y lo tenía intacto. Era la ocasión de beber una copa. Me serví medio vaso y me lo bebí de un trago. Yo no solía beber pero lo había comprado para Andrés por si venía alguna vez de visita. Pero ¿quién había ordenado las muertes de mis padres y Antonio? ¿Quién? Me volví a sentar y cogí el cuaderno azul. En ese instante sonó mi móvil. Era Andrés. No quería cogérselo pero lo hice. Le dije que necesitaba tiempo. Que necesitaba pensar, que no sabía si estaba preparada para una relación seria. Que el hecho de que fuera hermano del hombre que había asesinado a mis padres me impedía imaginar un futuro juntos. Andrés me suplicó y me pidió que al menos lo meditara. Que no tomara una decisión precipitada. Que le avisara cuando llegara el momento de mi marcha. Así lo acordamos. Colgué y me sentí deshecha. Quería a aquel hombre, pero tener la certeza de que su hermano había matado a mis padres cambiaba las cosas. Era muy duro. Aunque él no tuviera culpa de nada. Pero era un recordatorio diario de aquel hecho. Su sola presencia me resultaría incómoda, me traería a la cabeza la escena tan desagradable que mis padres quisieron que contemplara: su propia muerte. Volví a tomar otro sorbo de aquel whisky escocés que me quemó la garganta. Al menos me ayudaría a pasar aquel mal trago.

Retorné a mi lectura para no pensar en Andrés. Se me abrían las entrañas de pensar en dejarle. De imaginar que no volvería a verle, a sentirle dentro de mí. Que no volvería a sentir sus caricias y sus besos, sus abrazos, su cariño. De imaginar que no me vería reflejada en sus ojos nunca más. En aquellos ojos negros como el café que me hacían sentir escalofríos cuando recorrían mi cuerpo. Tuve que dejar el vaso sobre la mesita de cristal que había al lado del sofá porque a punto estuvo de resbalármelo el vaso y hacerse añicos. “Concéntrate en la lectura” me dijo a mí misma. “No pienses en él.” Y al menos lo logré mientras comenzaba aquel diario que era un poco difícil de leer por la dislexia de Alejo. Confundía letras y a veces tampoco era fácil entender su caligrafía.

Contaba cómo empezaron a dar clases mi madre y él y cómo se había enamorado de su maestra. Cómo habían empezado a salir. Su relación duró solo 6 meses pero a pesar de eso habían practicado algo más que besos por lo que contaba él. Estaba profundamente enamorado de ella. “Era tan sensual. Tan tierna. Cariñosa conmigo. Sabía hacerme feliz. La tarde que en el pinar me tomó con su boca creí morir y estar en el cielo. Deseaba hacerla mía pero ella insistía

en esperar. En que no debía hacer aquello si no estábamos casados. Y respeté su decisión. Aunque eso no nos impidió darnos placer de otros modos. Mis labios probaron cada centímetro de su piel. Mis dedos acariciaron cada rincón de aquel cuerpo bello y deliciosamente carnal. La hice gemir y gritar hasta la extenuación. Y ella provocó en mí las mismas sensaciones.

Mi madre tenía 18 años en aquella época. Estaba en pleno resurgir sexual. Era normal que deseara probar todo aquello que era nuevo para ella y que solo había soñado en la intimidad de su habitación. Me preguntaba cómo era Alejo físicamente. Tenía que haberle pedido a Andrés que me enseñara una foto suya. Debía de ser medianamente atractivo para que mi madre se fijara en él. Durante varias páginas describía varias escenas de contenido sexual muy gráficas. De los momentos compartidos con ella. En otras contaba lo que le hubiera gustado hacer con ella. Sus fantasías. Aquel hombre era muy activo sexualmente por lo que parecía. Pero era normal. Tenía 18 años. Estaba en la edad. Tenía las hormonas a flor de piel. Ya sabía a quién se parecía Andrés. Por lo visto todos los hombres de esa familia eran muy viriles.

En otro pasaje contaba cómo mi madre cortaba la relación. Él se sintió desconsolado. Pasó mucho tiempo hasta que logró superarlo. Y en ese ínterin la llenó de flores, la abordaba por el pueblo, en su casa, hasta que Don Francisco, su padre, discutió con él y le prohibió volver por allí. Cuando se enteró que iban a casarse ella y Antonio casi se volvió loco. Pero después del matrimonio parecía que iba olvidándose de ella. La causa fue una chica del servicio de casa de mis padres que empezó una relación con él. Ella era la nueva cocinera. Era algo mayor que él. Era viuda. Pero parecía que la relación había prosperado y que eran muy felices juntos. Llevaban la relación en secreto por miedo a que alguien en La Casa Grande se enterara de que ella mantenía relaciones con él y la despidieran. Ella tenía un hijo pequeño de tres años. Fruto de su primer matrimonio. Describía páginas y páginas de sexo muy gráfico. Hicieron planes. Querían casarse. Pero necesitaban dinero.

“Íbamos a casarnos Carmen y yo. Ella había ahorrado un dinero y yo también de lo que me daban en la finca de los Prado, los terratenientes de el pueblo colindante, trabajando en el campo. Queríamos salir del pueblo. Irnos lo suficientemente lejos y empezar una vida nueva en otro lugar. Y una tarde, el Señor Herrera padre me mandó llamar. Nos reunimos en el pinar donde Esperanza y yo compartimos tantos momentos de pasión. No entendía que quería de mí aquel hombre. Me mandó una misiva a través del cartero. Que me reuniera con él una tarde determinada. Me lo pensé mucho. No quería ir. No le dije nada a Carmen. Cuando tuve a Don Francisco Herrera delante de mí me pidió discreción y me ofreció una suma de dinero muy importante. Pero a cambio debía hacerle un favor. Cuando le pregunté de qué se trataba me quedé mudo de horror. Matar a su hija, a su marido y a Carlos. Le dije que no podía hacerlo. Que eso no estaba bien. Me ofreció más dinero. Lo rechacé hasta que la cuantía llegó a ser desorbitante. Era el dinero que Carmen y yo necesitábamos para empezar de nuevo. Tendríamos de sobra para pasar unos cuantos años. Hasta para montar un negocio. Le dije que lo pensaría. Se lo conté a Carmen. Y ella solo vio el dinero. Me dijo que

estaba harta de penurias. Que podríamos hacer una nueva vida. Me convenció. Lo hablé con Don Francisco y le dije que sí. Me dio una gran suma de dinero. Pero yo no la tenía todas conmigo. El homicidio sería el 24 de diciembre por la noche. Estarían solos en la casa, porque los padres iban a casa de unos amigos a cenar.

La noche del 24 de diciembre, después de cenar, salí de casa y acudí a La Casa Grande. Estaban en la biblioteca. Bebiendo champán. Riendo. Besándose entre ellos. Los tres eran amantes. No me sorprendió. Esperanza siempre había sido muy fogosa. No tenía suficiente con un hombre. Ahora entendía porque su padre quería matarlos. No es que me pareciera bien. Asesinar era un pecado, un delito. Pero Don Francisco era un hombre muy religioso. Todo el mundo lo sabía. De misa diaria. Y probablemente no podía soportar lo que pasaba en la casa. Yo llevaba la escopeta en la mano. Hacía mucho frío pero yo no dejaba de sudar. No sabía cómo iba a ser capaz de matar a tres personas. Y una de ellas mi primer amor. Carmen me decía piensa en el dinero. Lo intentaba. Pero no creía que la relación que mantenían entre ellos justificara el asesinato. Era consentida. Me desagradaba. Por supuesto que sí. Pero si se querían no era problema mío. No cuando yo ya había encontrado a una mujer que me amaba y un niño que bebía los vientos por mí. Había encontrado un nuevo padre en mí. ¿Valía la pena matar por dinero? ¿Podría vivir con la culpa de lo que hiciera? Empezaron a bailar. Chocaron las copas. Pensé en el dinero. En la vida que podría ofrecerles a Carmen y a Toñito, su hijo. Lo hice sin más. Entré en la casa. Estaba muy nervioso. Llegué hasta la biblioteca. Entreabrí la puerta y escuché la música que salía del tocadiscos. Jamás podré olvidar aquella canción. Aquella melodía. Entré y se quedaron mirándome asombrados. Sus caras pasaron del asombro al miedo al ver la escopeta que llevaba en la mano. No lo pensé más. Lo hacía por mi nueva vida. Uno a uno les disparé. Los vi caer al suelo. En un enorme charco de sangre. Horrorizado salí de aquella casa que solo me había traído sufrimiento.

Mi padre me sorprendió al llegar a casa. Manchado de la sangre que me había salpicado de sus heridas. Yo estaba en estado de shock. Mi padre se ocupó de todo. Varios días después Carmen me dijo que guardaría ella parte del dinero. Yo no sospeché nada. Le di la mitad de la suma que me diera Don Francisco. Pasaron los días y los meses. Yo no podía dormir por el sentimiento de culpa que tenía. Iba a volverme loco a causa del insomnio. La Guardia Civil finalmente cerró el caso acusando a Esperanza de ser la mano homicida. Estábamos libres. Ya podíamos irnos sin que nadie sospechara de nosotros. Carmen y yo quedamos en irnos una mañana de junio. Cuando llegué al lugar donde habíamos quedado estuve esperándola una eternidad. No apareció. Volví a mi casa y pregunté por el pueblo si alguien la había visto. Desapareció como por ensalmo. Días después recibí una carta. Se había ido con otro. Y encima con el dinero. Me sumí en una depresión. Yo amaba a aquella mujer. Y que me hubiera mentado, que me hubiera engañado con otro hombre y para más inri, se hubiera largado con el dinero manchado de sangre y que había costado la vida de tres personas, fue lo que colmó el vaso. Estuve pensándolo durante meses. No concebía

mi vida sin ella. Pero lo peor no era eso. Era la culpa de haber matado a tres seres humanos lo que no me dejaba dormir. El desánimo hizo mella en mí. Mi propio padre, médico, me recetó unos antidepresivos. Estuve una temporada tomándolos y parecía que mejoraba mi ánimo. Pero hoy 13 de agosto he decidido acabar con mi vida. Le he dejado una nota a mi padre. En unos minutos dejaré de sufrir. No puedo más. Ellos no se merecían la muerte y yo no puedo ir a la cárcel ni vivir con el recuerdo de lo que hice. Es un tormento. Papá espero que lo comprendas. Te quiero”.

¡Mi propio abuelo había ordenado el asesinato de mis padres y de Antonio! ¿Cómo pudo hacer tal cosa? ¿Cómo? Ya les había dicho que se marcharan de la casa. ¿Acaso no era suficiente eso? ¿Tenía que quitarles la vida? ¿Por qué? No pude evitar las lágrimas. Afloraron imaginando la situación a la que se había tenido que enfrentar Alejo. Él no quería hacerlo. Se arrepintió siempre. Pero, ¿y mi abuelo?, ¿qué sintió al saber que sus hijos habían muerto?, ¿qué él de manera indirecta los había matado? Nada más tuve ese pensamiento la cabeza empezó a darme vueltas y cuando me desperté ya no estaba en la biblioteca sino en el despacho de mi abuelo. Sentada con la nuca apoyada sobre el respaldo del sillón de orejas que mi abuelo tenía en una esquina de color marrón claro. Me fui despertando poco a poco y cuando enfoqué la vista vi a alguien sentado detrás del escritorio. ¡Era una de esas visiones! ¡Aquel era mi abuelo! ¡Aquel hombre de rictus severo y barba blanca recortada era mi abuelo! Estaba escribiendo una carta. Repentinamente entraron por la puerta tres personas. Mis padres y Antonio. Cuando mi abuelo los vio se le fue el color del semblante, se llevó una mano al brazo izquierdo y cayó fulminado sobre la mesa. Vi sus caras. Mi madre lloraba. Ellos le provocaron el infarto. ¡Se le aparecieron después de muertos! Me miraron a mí. Y uno tras otro se fueron acercando al sillón donde estaba sentada. Me asusté. Esperaba que no me tocaran. No lo hicieron. Solo mi padre acercó su boca a mi oído y me dijo:” Ahora ya lo sabes todo. Ahora podemos irnos. Pero antes tienes que hacernos una promesa”. Yo pregunté “¿Qué promesa?” con un hilo de voz. Me asustaba tenerlos tan cerca después de lo que había sucedido la última vez cuando se me apareció mi padre. “Vas a casarte con Andrés. Para acabar con la maldición. Solo tú puedes hacerlo.” Tragué saliva y les prometí que lo haría. Aunque estaba muy confusa y no sabía si podría unir mi vida a la suya después de saber todo lo que sabía. Cuando volví a despertar estaba de nuevo en la biblioteca. Tumbada en posición fetal. ¿Lo habría soñado? No era posible. Parecía absolutamente real. El diario de Alejo me había resbalado hasta caer al suelo y estaba abierto por una página en concreto donde se podía leer: “Tu destino está marcado. Debes casarte con él.” Estaba escrito en tinta roja y no era la letra de Alejo. Había sido real. Mis padres me recordaban que había hecho una promesa y que debía cumplirla. Las manos me temblaban sobre el diario. Llamé enseguida a Andrés que se presentó raudo en la casa. Cuando escuché el timbre iba envuelta en la manta de cuadros escoceses con la que me habían tapado mis padres mientras dormía. Había llorado pensando en la triste historia de todas aquellas personas: Alejo, mis padres, Antonio, mi abuelo...vivieron unas circunstancias muy tristes y la muerte de mi abuelo había sido una venganza perpetrada por la injusticia cometida contra ellos. Cuando Andrés atravesó el umbral de la casa me eché en sus brazos. Las huellas del llanto aún estaban presentes en mi rostro.

—¿Qué ha ocurrido mi amor?, ¿estás bien? —me preguntaba preocupado. Se lo expliqué

todo. Iba a enseñarle la página con la frase que me habían dejado mis padres y... ¡No podía ser! ¡Ya no estaba! Juraba que había visto esas líneas escritas con tinta roja. ¡No había sido un sueño!

—Andrés te juro que estaba escrito aquí.

—Te creo cariño, han sido ellos. No te preocupes.

—Me hicieron prometer que me casaría contigo, para acabar con la maldición.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —me miraba divertido y con una ternura mal disimulada en la mirada.

—Qué engreído eres... como si yo quisiera cargar contigo...

—Tontita, sabes que haría cualquier cosa por tenerte toda la vida a mi lado.

—No sé si quiero casarme contigo, todo lo que pasó... Es demasiado. Tu hermano los mató. Mi abuelo ordenó su muerte. Es de locos. ¿Y tú y yo estamos destinados a acabar con la maldición? Parece una broma.

—Estamos destinados y lo sabes, no sé si para acabar con la maldición pero sí estamos destinados a amarnos. Y eso no me lo puedes discutir.

—No, creo que no. Te amo a pesar de todo.

—Y yo a ti cariño.

Le miré, era cierto, yo también le quería y no podría dejarle. Él no tenía la culpa de lo que había sucedido en el pasado, solo me lo había ocultado por temor a perderme.

—Te amo —me repitió.

—Y yo también —me eché en sus brazos y él me estrechó con fuerza. Estaba tan confundida. Le quería, pero su hermano había matado a mis padres. De todos modos él era solo un niño cuando ocurrieron los hechos. No podía culparle de nada. Si me lo había ocultado todo era por miedo a perderme, solo eso. Nos miramos a los ojos y nos besamos.

—Siento no habértelo dicho antes, pero no podía.

—Lo sé. Sigo sin poderme creer que mi abuelo pagara a tu hermano para matarlos. Cuando leas el diario... No vas a creerlo.

—Lo leeré más adelante. ¿Y ahora qué? ¿Qué quieres hacer? Decide tú.

—Creo que no puedo quedarme aquí. Creo que venderé la casa y me iré.

—¿A dónde quieres que vayamos?

—A Valencia, ¿vendrías conmigo?

—Sabes que sí.

—Dentro de un mes o así. Podemos alquilar algo allí. Y cuando venda la casa ya pensaremos en comprar una.

—Está bien, se lo diré a Anita.

—¿Estás seguro de que quieres dejar esto?

—Sí, necesitamos un lugar donde empezar de nuevo, un hogar que no nos traiga malos recuerdos.

—Gracias.

—Gracias a ti por venir a mí, te he estado esperando tanto tiempo...

EPÍLOGO

Enseguida puse en venta la casa y observé que estaba tranquila. Ya no se me aparecían mis fantasmas, ni se encendían luces, ya no sucedía nada extraño en ella. Se debía quizá a que yo ya había descubierto al asesino. Al menos sabía que mi madre no había cometido aquel crimen. Y eso era lo que ellos deseaban. Que yo conociera su historia, aunque me escandalizara, y que aprendiera a vivir con ella y con la parte que me tocaba.

Había heredado de mi madre una tremenda sensualidad. Descubrí que me encantaba el sexo. Hacerlo con Andrés era una verdadera delicia, y me hacía sentir tan viva cada vez que nos amábamos. Quería creer que habíamos acabado con la maldición, porque al año siguiente no sucedió nada digno de mención el día 9 de noviembre. Tan solo que nos casamos, y eso sí nos casamos en el pueblo y fue el Padre Luján el que ofició la ceremonia. Fue una ceremonia íntima, con unos cuantos amigos y vecinos y tras la boda nos marchamos de viaje de novios a Roma con Anita. A la vuelta del viaje nos establecimos definitivamente en Valencia, en un piso del centro de la capital. Andrés continuó dedicándose a escribir cuentos infantiles y yo volví a trabajar con mi amigo Carmelo en la empresa de su padre. A pesar de que a Andrés y a mí nos separaban 8 años no era difícil vivir con él; era un hombre pacífico, apacible, siempre que no se le llevara demasiado la contraria, era un poco dominante todo había que decirlo. Me acostumbré pronto a él y él a mí. Me convertí en madre de una criatura de 9 años. Esa era quizá la parte más difícil. Pero con su ayuda los tres vivíamos felices y en armonía. La mejor parte era sin duda despertarme cada mañana entre sus brazos y observarle dormir. Aquel era el hombre que el destino me tenía preparado. Y estaba completamente segura de que era el hombre de mi vida. No era perfecto: era apasionado, terco, irritante en ocasiones pero el hombre que yo amaba al fin y al cabo y eso era lo único que importaba.

El amor había llamado a mi puerta, y aunque no lo esperaba había entrado en mi corazón como un vendaval, sin pedir permiso. Había arrasado con todo. Ahora tenía una familia, ya no estaba sola y nunca más volvería a estarlo. Mirando atrás, La Ciudad de las Viudas me parecía un sueño, pero era real, no el producto de un cuento infantil. Allí estaba mi origen y allí, sin ni siquiera imaginarlo, había encontrado mi destino.

Agradecimientos

Como autora indie gracias querido lector por haber elegido mi novela entre tantas otras que hay en el mercado editorial y haber llegado al final de su lectura. Solo os pido por favor que me dejéis una valoración en Amazon y me comentéis lo que más os ha gustado. Para mí es muy importante saber vuestra opinión y así poder mejorar con vuestras críticas constructivas. Gracias de todo corazón por leerme. Como habréis podido ver esta vez he cambiado de registro y espero que os haya gustado tanto como mis anteriores novelas. ¡¡¡Muchas gracias!!!

Podéis seguirme en las redes sociales:

Facebook: Paloma Sanchez Cortes/ Paloma Sánchez Cortés

Twitter: Paloma S. Cortés @PasancorS

Página web: www.palomasanchezcortes.com

Instagram: Paloma Sanchez Cortes

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[EPÍLOGO](#)

[Agradecimientos](#)